



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

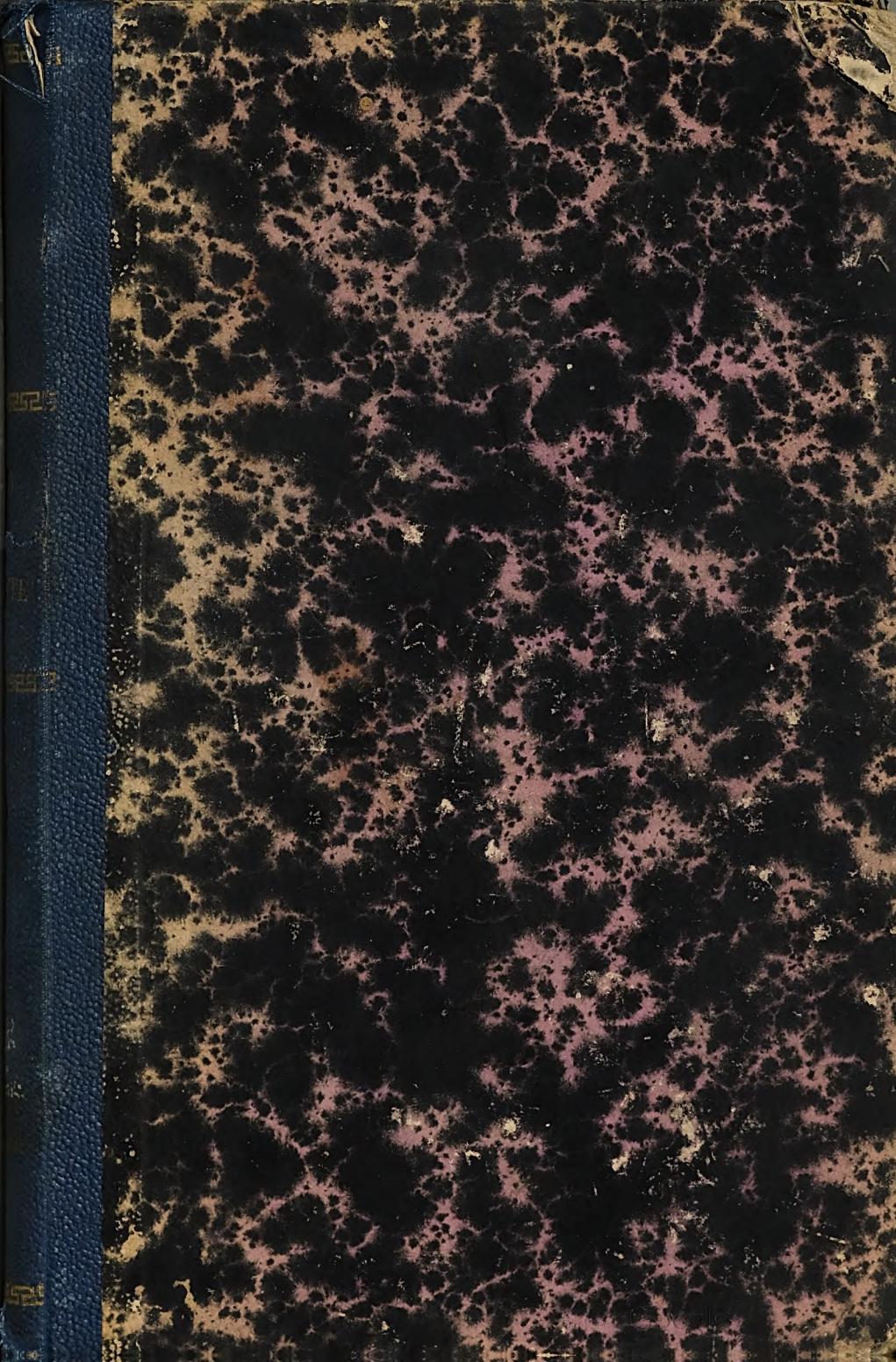
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

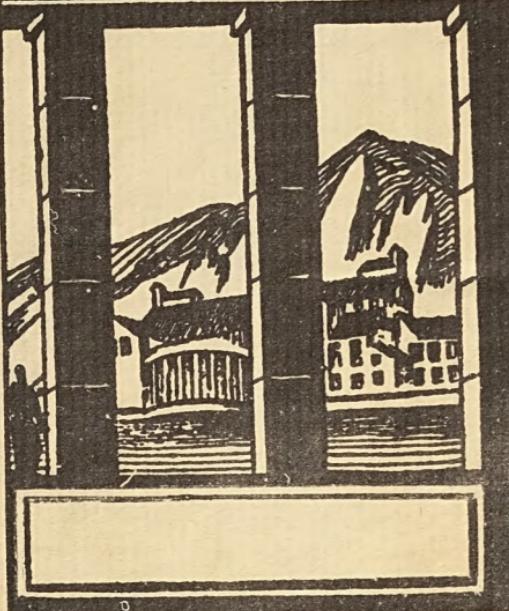
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



**UNIVERSITY of COLORADO  
LIBRARIES**



University of Colorado at Boulder



U18302 3718363



EDITOR, JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ.

EL INGENIOSO HIDALGO  
**DON QUIJOTE**

DE LA MANCHA,

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEJAR,  
MARQUÉS DE GIBRALEON, CONDE DE BENALCAZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA  
PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS.

IMPRESO POR PRIMERA VEZ EN MADRID POR JUAN DE LA CUESTA

EL AÑO DE 1615,

Y AHORA DE NUEVO PUBLICADO POR VEZ PRIMERA EN CÁDIZ

POR

D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ,

BAJO LA DIRECCION

DE D. RAMON LEÓN MAINEZ

DIRECTOR DE LA CRÓNICA DE LOS CERVANTICAS.

TOMO III.

CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL,  
DE D. JOSÉ R. Y RODRIGUEZ,  
Sacramento, 39.

El autor y el editor de los comentarios y  
notas de esta obra se reservan el derecho de  
propiedad. Queda hecho el depósito que marca  
la ley.

TERCERA PARTE

6337  
L3  
1878a  
t.3  
DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y excusará otro mayor, porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepá que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamás en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté de este peligro, de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres. Y no me repliques más; que en sólo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente de este que parece que lleva algun es no es de sombra de

miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce Tríbus de Israel, y á los siete Macabeos, y á Cástor y á Pólux, y aún á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio (1) y villano, todavía se me alcanza algo de esto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos. Subió Don Quijote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscáse. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. (2) Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de

(1) Tosco, ignorante.

(2) En la edición primera de *El Quijote* no está el período que comprende desde las palabras «aquella noche» hasta «así como entró por aquellas montañas.» En la segunda, hecha en Madrid por el mismo impresor y en el mismo año de 1605 ya se añadieron esas líneas. La modificación del texto en este lugar, ó la adición mejor dicho, es auténtica y admisible, pues consta que es de Cervántes.

Su lenguaje y estilo nos lo demostrarán, si nuestro autor no hubiese aludido claramente á ésta y otras modificaciones de su obra en el capítulo III y IV de la Segunda parte de *El Quijote*, estampada en Madrid, año de 1615.

De no haber salido en las ediciones primeras el lance del robo del rucio con todos los datos, ó sea el cómo y cuándo, echa la culpa Cervántes á los impresores, como se comprueba leyendo el capítulo XXVII de la Segunda parte. Nosotros creemos también que ellos la tuvieron, ó al menos el editor Francisco de Robles, no poniendo en la edición principie el pasaje referente al robo del rucio por Génés de Pasamonte. Descuido del editor ó del impresor es lo que aquí vemos, y presentaremos observaciones que inducirán al convencimiento.

Cervántes en su primitivo manuscrito, el que vendió á Francisco de Robles, no describió el lance anterior. Reflexionando

Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y áun otros algunos días, á lo ménos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que, segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte (el famoso embustero y ladron, que de la cadena, por virtud y locura de Don Quijote se había escapado), llevado del miedo de la santa Hermandad, de quien con justa razon temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde había llevado á Don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la

despues sobre las aventuras que había narrado en su obra, le parecería oportunísimo y gracioso el robo del rucio por uno de los libertados galeotes; escribiría lo que le dictó su inventiva, y como que el manuscrito de su obra lo había entregado ya al editor, que vivia en Madrid, y Cervántes se hallaba entonces en Valladolid, enviaría á aquel los párrafos que deseaba añadir, encargándole el lugar que habian de ocupar y encareciéndole la mayor exactitud. Pero el editor, ya fuese por descuido, ya porque el impresor tuviese estampada la página que comprendia la primera adición, no intercaló en el texto primitivo las modificaciones que su autor queria; y las que hizo, fueron desatentadísimas, pues se aludió en algunas líneas de los sucesivos capítulos al robo del rucio, sin haberlo mencionado ántes y con manifiesta contradiccion en el texto. Circuló con muy buen suceso la edición; hubo necesidad de repetirla en el mismo año; súpolo Cervántes, é instaría de nuevo á Francisco de Robles para que intercalara el período citado. Hizolo al fin, pero no con la perfección que Cervántes queria, como se ve por estas palabras que estampa en el capítulo XXVII de la Segunda parte de *El Quijote*: «Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la Primera parte *por culpa de los impresores*, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de imprenta.»

La adición, pues, se puso; pero quedaron muchos defectos. Despues de referir el lance del robo del jumento, se dice varias veces que Sancho se apeó del asno, que Sancho iba sobre el asno, y otras contrariedades imposibles. De esto se lamenta el mismo Cervántes, y lo achaca á descuido de los impresores.

Al intercalar nosotros en el texto los párrafos añadidos por Cervántes, hemos puesto cuidado especial para que las divergencias no corregidas desaparezcan, y quede la narracion con arreglo al plan trazado por el insigne autor de *El Quijote*.

necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió la aurora, alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza (porque halló ménos su rucio), el cual viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo; y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: ¡oh hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada dia, mediaba yo mi despensa! Don Quijote que vió el llanto, y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa de cinco que había dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quijote la merced que le hacia, el cual, así como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducianse á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves (1) que del despojo clerical habían quedado; y así iba tras su amo, cargado con todo aquello que había de llevar el rucio (2).

---

(1) Restos.

(2) Así dice la tercera edición de Cuesta, y así debe decir, puesto que Cervántes introdujo en el texto el lance del robo del rucio por Ginés de Pasamonte; siendo absurdo que la Real Academia haya dejado en algunas de sus ediciones el texto imperfecto de la segunda edición, donde, después de referirse el robo del asno por Pasamonte, se decía que Sancho «iba tras su amo, sentado á la mujeriega sobre su jumento.» ¡Qué original es la Academia! Altera el texto cuando no es preciso, y tiene escrupulo de seguir una variante discreta cuando es necesario. ¡Qué modo de hacer ediciones de *El Quijote* tiene el sabio Cuerpo matritense!

sacando de un costal, y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió prisa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho le ayudase (1) á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella, vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: ¡bendito sea todo el Cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! y buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido. Este le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo: paréce-me, Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y, salteándole malandrines, le debieron de matar, y le trajeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo Don Quijote, y así no adivino ni soy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito, como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto,

(1) «Se apease á tomarlo,» dice la edición príncipe y las otras dos ediciones de Cuesta con las de la Academia y casi todas. Pero es una contradicción evidente, que es impertinencia no corregir.

Sancho no podía entonces apearse del asno, porque se lo había robado Ginés de Pasamonte. Fernandez Cuesta cree que donde dice *apease*, debe leerse *ayudase*. Muy aceptable y muy lógica variante.

Nosotros creemos también que donde dice *se*, debe leerse *le*. Así queda llano y claro el texto.

que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia de esta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,  
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena  
Igual á la ocasion que me condena  
Al género más duro de tormento.

Pero si Amor es Dios, es argumento  
Que nada ignora, y es razon muy buena  
Que un Dios no sea crüel: ¿pues quién ordena  
El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,  
Que tanto mal en tanto bien no cabe,  
Ni me viene del Cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto,  
Que al mal de quien la causa no se sabe,  
Milagro es acertar la medicina.

Por esta trova (1), dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote. Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sino Fili, respondió Don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor de este soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y más de lo que tú piensas, respondió Don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso, porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor. Lea más vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quijote, y dijo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho de estas cosas de amores. Qué me place! dijo Don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decia de esta manera:

«Tú falsa promesa y mí cierta desventura me llevan á parte donde ántes volverán á tus oídos las nuevas de mi

---

(1) Verso.

muerte, que las razones de mis quejas. Desechásteme ¡oh ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiaría yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendí que eras Ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no deseó.»

Acabando de leer la carta dijo Don Quijote: menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin que no buscarse, escudriñase é inquirese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento! Y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pidiéndole que estaba más que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con ex-

traña ligereza: figurósele que iba desnudo: la barba negra y espesa; los cabellos muchos y rebultados (1); los piés descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrían unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguirle, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscarle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle; y así mandó á Sancho que atajase por una parte de la montaña (2), que él iría por otra, y podría ser que topasen, con esta diligencia, con aquel hombre que con tanta prisa se les había quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones: y sirvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: y vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos linternas; rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió: harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el Rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á bus-

(1) Enmarañados.

(2) «Que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña,» dice la edición príncipe. La de 1607 (Bruselas) corrige el texto como lo dejamos. Variante muy lógica y oportunísima. Sancho no se podía entonces apear del asno, pues éste había sido robado por Ginés de Pasamonte.

carle y volvérselo. Y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscarle, por la que á mí se me quitará si le hállo: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho (1) á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte. Y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada: todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les había traído por aquel lugar, pocas ó ninguna veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho, que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo: apostaré que están mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada: pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á (2) su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla, que no léjos de este lugar hallamos. También la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta al hombre cosa donde tropiece y caiga, sin saber cómo ni cómo no. Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba; que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote: ¿sabeis vos quién sea el dueño de estas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses, poco más ó menos, que llegó á una majada de pas-

(1) También en este pasaje se cometió el descuido de decir en la edición príncipe que «siguióle Sancho con su acostumbrado jumento.» Se corrigió el texto en la edición de Madrid de 1608 tal como lo dejamos.

(2) Así dice la edición príncipe. En las de la Academia no se pone la preposición á. Mal hecho.

tores, que estará como tres leguas de este lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mulla que ahí está muerta, y con el mismo cojin y maleta que decis que hallásteis y no tocásteis. Preguntónos que cuál parte de esta sierra era la más áspera y escondida: dijimosle que era ésta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entrais media legua más adentro, quizá no acertareis á salir; y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la prisa con que le veiamos caminar y volverse hacia la sierra: y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde allí á algunos días salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se llegó (1) á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á (2) emboscarse en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos días por lo más cerrado de esta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apénas le conociamos; sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámole que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaremos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento; pidió perdon de los asaltos pasados,

(1) Se allegó dicen algunas ediciones de la Academia. Esto se llama afeiar el texto con alteraciones arbitrarias.

(2) Entrar, dicen las ediciones de la Academia, y muchas que maquinalmente las han copiado. Nosotros restituimos la pureza del texto.

y ofrecio de pedirlo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habiamos visto la vez primera, y cual le veiamos entóncés; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona: que puesto que (1) éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse: clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados; y todo esto hacia, diciendo: ¡ah fermentido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste! estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño! Y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fermentido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir más palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguirle: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por

---

(1) *Puesto que*, vale tanto como *aunque*.

fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagalas, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallámos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallásteis, es el mismo que visteis pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le había dicho Don Quijote como había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra); el cual quedó admirado de lo que al cabrero había oido, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenía pensado, de buscarle por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció, por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de léjos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que llegando cerca, vió Don Quijote que un colete (1) hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traia no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *El Roto de la Mala Figura*, como á

---

(1) Vestidura hecha de piel, por lo general de ante, sin mangas, abierta por delante, y que usan en algunas provincias las personas del campo. Cubre desde el cuello á la cintura. El colete del *Roto de la Mala Figura* demostraba la buena posición de su dueño, pues estaba adobado con ámbar, sustancia olorosa con que tambien se perfumaban los guantes en aquellos tiempos.

Don Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocía, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

---

## COMENTARIO.

---

El hombre por completo metálico se representa en este capítulo. Sancho Panza empieza á ver satisfechas sus aspiraciones de dinero, cuando en Sierra Morena encuentra la bolsa de Cardenio, que contenía un montoncillo de escudos de oro. «¡Bendito sea todo el Cielo—exclama—que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!» Cervantes dice más adelante en su moralizadora obra que Sancho dió por bien empleados, con el hallazgo de los escudos, los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su señor, pareciéndole que estaba más que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

¡Qué perfectamente demostrado y ridiculizado el afán de los mortales ignorantes por adquirir riquezas! ¿Qué importan los crímenes? ¿Qué importan los proyectos más arriesgados? ¿Qué significan ni valen los más graves peligros, desventuras y hasta ridiculeces con tal de obtener un puñado de escudos de oro? ¿Fué otra cosa lo que pasó al esposo de Teresa?

Él, hombre pacífico, bondadoso, íntegro en el hogar doméstico, se trueca en pervertido, malo y egoista cuando le presentan ante su vista otra vida ménos tranquila y más propensa á insanos deseos que la que hasta entonces había llevado.

Eso nos demuestra que siempre el hombre, cuando le sacan de su esfera, y cuando le brindan con posiciones sociales que ni me-

rece ni podrá nunca representar, cae en un abismo insondable de vicios, de ambiciones, de actos y de acciones execrables.

No sucede así á los hombres nacidos para practicar la justicia y para ser dechados de la virtud. Ellos están en el centro de su felicidad cuando ocupan elevadas posiciones. Entónces realizan en lo posible el noble ideal de su corazon. Piensan en el bien de sus semejantes; desdeñan las riquezas; el lujo les hastía; huyen del fausto; la vanagloria y la adulacion las menosprecian ó compadecen.

¿Por quiénes optarán siempre los buenos, los sinceros, los virtuosos? La respuesta es muy obvia. Optarán por los que se sacrifican por la humanidad, como Don Quijote, desdeseñando á los que, como Sancho Panza, sólo dignifican el lucro y únicamente deifican la influencia rastrera y miserable del oro.

## NOTAS.

Sancho Panza advierte á su amo, despues del lance de los galeotes, que con la Santa Hermandad no valian nada los fueros caballerescos, y que debian de huir de su persecucion. Este tribunal, estatuido para perseguir á los malhechores en despoblado, era sumamente rígido, segun el espíritu y letra de sus ordenanzas. Hemos hablado con más detenimiento de él en la primera nota del capítulo X de esta edición, á donde remitimos á los lectores.

Donde en este capítulo dice «Macabeos», en la edición príncipe, pusieron las sucesivas «Mancebos»; alteracion legalizada inconsideradamente por las ediciones de la Academia. Nosotros restablecemos, como es justo, el texto primitivo.

Cástor y Pólux, de quienes se habla en este capítulo, fueron hijos de Leda, aunque de distintos padres. Son mencionados como prototipos de cariño, sinceridad y amor.

Dice Cervantes en este capítulo que las coplas de los caballeros andantes tenian más de espíritu que de primor. Esta aseveración se comprueba leyendo muchas de las poesías que se insertan en los libros de caballerías. En el primero y más notable de todos, *Amadis de Gaula*, se lee esta breve y sentida canción que compuso Beltenebros (Amadis) desdeñado de la señora Oriana:

Pues se me niega victoria  
 Do justo me era debida,  
 Allí do muere la gloria  
 Es gloria morir la vida.  
 Y con esta muerte mia  
 Morirán todos mis daños,  
 Mi esperanza é mi porfía,  
 El amor é sus engaños;  
 Mas quedará en mi memoria  
 Lástima nunca perdida:  
 Que por me matar la gloria,  
 Me mataron gloria é vida.

Tambien respira mucha gracia esta poesía que compuso Amadis en loor de la princesa Leonoreta:

Leonoreta sin roseta,  
 Blanca sobre toda flor,  
 Sin roseta no me meta  
 En tal cuita vuestro amor.

Sin ventura yo en locura  
 Me metí;  
 En vos amar es locura  
 Que me dura,  
 Sin me poder apartar.  
 ¡Oh, hermosura sin par,  
 Que me da pena é dulzor:  
 Sin roseta no me meta  
 En tal cuita vuestro amor!

De todas las que yo veo  
 No deseo  
 Servir otra sino á vos:  
 Bien veo que mi deseo  
 Es devaneo,  
 Do no me puedo partir,  
 Pues que no puedo huir  
 De ser vuestro servidor.  
 ¡No me meta sin roseta  
 En tal cuita vuestro amor!

Dice el Sr. Hartzenbusch en sus notas á este capítulo, «que la expresión *cédula de cambio* parece deberia ser *cédula de asnos*, nombre al cual se referirian bien los numerales tres y cinco, inaplicables al sustantivo *cambio* que los precede.» Entendemos que no es precisa la variante que propone el Sr. Hartzenbusch, pues

los numerales tres y cinco se comprende que se refieren á asnos, ó rucios, de que se habla algunos renglones ántes; pues de la pérdida del suyo se lamentaba Sancho cuando su amo le prometió, para alivio de sus cuitas, qué de cinco que tenía en su casa le donaría tres en virtud de una cédula de cambio. De cambio era efectivamente la cédula, pues los asnos iban á pañar á poder de otro dueño, á cambiar de amo, mediante una orden del antiguo.

## CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

Dice la historia, que era grandísima la atención con que Don Quijote escuchaba al astroso (1) caballero de la *Sierra*, el cual, prosiguiendo su plática dijo: por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con más que la voluntad pudiera servir (2) la qué habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa conque corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quijote, son de serviros, tanto que tenía determinado de no salir de estas sierras hasta hallarlos, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y planirla (3) como mejor pudiera: que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morais entre ellos, tan ajeno de vos mismo qual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro, añadió Don Quijote, por la orden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las véras á que me obliga el ser quien

(1) Sucio, harapiento.

(2) Aquí significa este verbo satisfacer, pagar.

(3) *Planir*, segun el Diccionario de la Academia, significa llorar gimiendo y sollozando.

soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado, le dijo: si tienen algo que darmee á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron conque satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan aprisa que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban, hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiessen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que, á la vuelta de una peña, poco desviado de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interrumpireis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trajeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: esta prevención que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y miéntras ménos me preguntáreis, más presto acabaré yo de decirlas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para (1) satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó de esta manera:

Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores de esta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valer los bie-

---

(1) «Para no satisfacer», dice por errata de caja la edición primera.

nes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: ¡tal es la hermosura de Luscinda! doncella tan noble y tan rica como yo; pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba de ello, porque bien veian que cuando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos; cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrabmos, de modo (1) que al padre de Luscinda le pareció, que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe, tan decentada de los poetas; y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado: que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay Cielos, y cuántos billetes la escribí! Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenia para salir con mi deseado y merecido premio; y fué, el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió, que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que, siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pa- reciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi

(1) En la edicion príncipe dice «creció la edad, y con ella el amor de entrabmos, que al padre de Luscinda le pareció», etc. Construcción imperfecta y que enmendó la edicion hecha en Bruselas en 1607, dejando el texto como aquí lo ofrecemos, que es lo lógico y lo que Cervantes escribiría.

padre vendria en ello como yo se lo dijese; y con este intento, luego en aquel mismo instante, fui á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, ántes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé, y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía: que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Lei la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decia: de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te vá abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á éstas, otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida; hablé una noche á Luscinda; dijele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quíeria. El me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine, en fin, donde el duque Ricardo estaba: fui de él tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida, fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traiá con un poco de desasosiego. Queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cual de estas cosas tuviese más excelencia, ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de

la hermosa labradorá redujeron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo, y conquistar la entereza de la labradorá, darla palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas Don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió de esto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que la ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasión que daria al Duque, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible; porque, en efecto, la ausencia hacia su oficio á pesar de los más firmes pensamientos. Ya (1) cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, había gozado á la labradorá con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haría cuando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradorá, se le aplacaron sus deseos, y se resfraron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por

---

(1) Las ediciones de la Academia, y casi todas, adulteran el texto poniendo: «Y cuando»... etc. Variante inoportunísima, y que rechazamos, purificando el texto.

remediarlos, ahora de véras procuraba irse, por no ponerlos en ejecucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: vinimos á mi ciudad; recibióle mi padre como quien era; ví yo luego á Luscinda; tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tantas buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: vióla en sayo, tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo (que á mí me celaba (1), y al Cielo á solas descubria), quiso la fortuna, que hallase un dia un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con cuán justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y á recelarme de él, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática, aunque la trajese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso, me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que, habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula... No hubo bien oido Don Quijote nombrar libro de caballerias, cuando dijo: con que me dijera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerias, no fue-

---

(1) Ocultaba, encubria.

ra menester otra exageracion para darmel á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que con sólo haber entendido su aficion, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiente de esa falta, y no dura más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea; que allí le podré dar más de trescientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida. Aunque tengo para mí, que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interrumpir su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdón y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso. En tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra. Pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un maja-dero el que lo contrario entendiese, ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se había de amancebar con un sacapotras (1), y quien lo contrario entendiere, miente como

---

(1) Como si dijera: con un mal cirujano.

muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como más gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera, segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó (1) las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiéra en paz, se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero: déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado. Así es, dijo Don Quijote, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si sevía posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero le habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

---

(1) Molió.

## NOTAS.

El Sr. Hartzenbusch cree que donde al empezar el capítulo que anotamos dice: «prosiguiendo su plática,» debe enmendarse: «principiando su plática.» De buen grado lo haríamos, como lo hemos hecho ántes con otra alteracion, si la encontrásemos oportuna. Aquí no lo es, porque lo que dice el ilustre autor de los *Amantes de Teruel* es aventurado, en tanto que lo que dice el autor de *El Quijote* es lógico. Dice Cervántes que Don Quijote prosiguió en su plática, porque ya había empezado á hablar. ¡Cuántas alteraciones innecesarias se proponen! Con qué verdad diremos siempre que el texto mejor, con rarísimas excepciones, es el de la primera edición!

Nada ménos que una construcción anti-gramatical encuentra el autor de las *Notas* á la edición de Barcelona en aquellas frases donde dice en este capítulo: «Juro... por la órden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy.» Creemos que se subtiliza demasiado. La locución es propiamente castellana y propiamente gramatical: no hay que hacer alteración de ninguna clase. Todavía decimos: «Juro, por mi salud, de hacer tal cosa ó estotra.» «Juro, por mi salvacion, de no dejarte momento de reposo.» ¡No es la expresión tan anti-gramatical!

Tisbe fué amada de Piramo. Entrambos eran naturales de la ciudad de Tebas en Asiria. Los padres de Píramo y de Tisbe eran declarados enemigos. De aquí que los dos jóvenes para verse y hablarse tuvieran precision de salir fuera de la ciudad. Un dia se fugan los dos de la ciudad natal, y teniendo Píramo que detenerse algunas horas en un negocio que le incumbía, le espera Tisbe; pero estando aguardando á su amante, la hermosa doncella se ve acosada por una leona furiosa, y entonces huye, dejando olvidado su velo que la fiera destroza, y llena de sangre. Vuelve Píramo; ve el velo de su amada; cree que ha pasado alguna desgracia, y se suicida. Llega Tisbe, y viendo la trágica escena, fuera

de sí, arranca el puñal del pecho de su Píramo, y atraviesa con él el suyo, dándose instantánea muerte.

Algunas ediciones, muy contadas, ponen: «vióla en sazon tal...» donde en la edición príncipe, y en el mayor número de ellas se escribe: «vióla en sayo, tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas, las puso en olvido.» A un ilustre crítico contemporáneo le parece esta alteración excelente. Ni aceptable nos parece á nosotros. Las razones fácilmente se demuestran. Lo que Cervántes dijo y quiso que se entendiera fué que Don Fernando vió á Luscinda en traje de casa, sencillo, sin afeites ni composturas, y con todo le pareció una de las mejores bellezas que en toda su vida había visto ni admirado. ¿Qué necesidad tenemos de variar el texto, y poner palabras que ni son tan propias ni adecuadas?

Donde dice en este capítulo que Don Fernando «esperaba ocasion de descubrirse á su salvo», opina el Sr. Hartzzenbusch que debía leerse: «esperaba ocasión de descabullirse.» No nos parece aceptable la variante, pues lo que quiso decir Cervántes fué, que Don Fernando esperaba una ocasión favorable para descubrir á su padre que había ofendido en su honra y prometido casarse con una hermosa labrador, si digna de todo merecimiento por su belleza, desigual á él por su posición social. Temeroso, pues, de la indignación que habría acometido á su padre, el duque Ricardo, declarándole desde luego esto, esperó ocasión oportuna para descubrir su falta, y tal vez cuando tuviese el convencimiento de que el Duque le perdonaría como generoso y como cariñoso padre. El texto no puede estar más claro.

## CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo de muy mala gana (1). Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete (2), fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento (3) lo que me viniera en gana, y con esto

(1) «Lo hizo con su jumento de muy mala gana», dicen las ediciones primeras, y cuantas las han copiado, inclusas las de la Academia. Pero dejamos el texto como ya salió en la edición de Bruselas de 1607, pues mal podía ir Sancho con su jumento cuando se lo habían hurtado. Fernández Cuesta pone: «el cual lo hizo, *como sin jumento*, de muy mala gana.» Muy ingeniosa es la variante, pero no aceptable, pues Cervantes no pudo escribir tal cosa. Puso las palabras «con su jumento» en su primitivo manuscrito de *El Quijote*; mas luego, introducido el pasaje del robo del rucio, debieron suprimir los cajistas todas las palabras que pusiesen en contradicción diversos pasajes de la obra. Suprimimos, pues, las palabras «con su jumento»; que así queda el texto claro y coordinado.

(2) El insignefabu lista Esopo.

(3) Si no lo tenía entonces esperaba tenerlo pronto, confiado en la promesa de Don Quijote de regalarle tres de cinco que en su casa dejó.

pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres, porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y dí lo que quisieras, con condicion, que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho; hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conductor, digo: ¿que qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿Ó qué hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? Que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis tornicones. A fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir qué cuando lo dijo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho; que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, ¡buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda! (1) ¡Pues montas, que no se librara Cardenio por loco! (2) Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa

(1) Confunda.

(2) Palabras muy graciosas y sarcásticas en boca de Sancho, y que valen tanto como: ¿Pues se le figuraría á vuestra merced que no se hubiera librado Cardenio por loco, aunque á ambos nos hubiese matado?

(1) y pro (2) como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque fuera de haber sido hermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades (que las tuvo muchas), y los consejos y compañía del maestro Elisabet la fué y la fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado, de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo; ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan; con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ó no, á Dios habrán dado la cuenta (3): de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo <sup>de</sup> saber vidas ajena, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente; cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner pueras al campo? ¡Cuanto más que de Dios dijeron! Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos, á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante entremétete en espoliar á tu asno (4), y deja de hacerlo en lo que no te importa: y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco (5), al cual, despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzando, no de su cuenta, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabandónoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijo-

(1) Clase.

(2) Aquí significa *distincion, importancia*.

(3) Con qué inimitable gracia está escrito esto. ¿En qué libro del siglo XVII se encuentra tanta naturalidad y tanta belleza?

(4) Ese era el oficio propio de Sancho, efectivamente, y aunque en aquel momento no llevaba Sancho el asno, la advertencia de Don Quijote no era ménos oportuna.

(5) *A un lo que*, dice por errata de caja la edición primera.

te, porque te hago saber, que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfecto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de tal manera podia correr (1) el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo Don Quijote; porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto! (2) Digo asimismo, que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más ténicos pintores que sabe. Y esta misma regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufriido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni descubriendolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar (3) ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. De esta misma suerte Amadis fué el norte,

(1) Así dice la edición príncipe. Las otras dos ediciones de Cuesta pusieron disparatadamente: «acorrer». La Academia adoptó y legalizó, como de costumbre, semejante falta, y desfiguró el texto primitivo.

(2) Como si dijera: *por mi vida, á fe mia!*

(3) Así dice la edición príncipe. Las ediciones de la Academia ponen: «dejar ejemplo». Alteración inútil. *Para quedar ejemplo*, es locución que vale tanto como *para que quedase ejemplo*.

el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare, estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufriimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que, me es á mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezear serpientes, matar endriagos (1), desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus gue-dejas. En efecto, dijo Sancho: ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no té he dicho, respondió Don Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio (2) y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, é hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenía), parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas ncedades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado? ¿Ó qué señales ha

(1) Endriago, segun el Diccionario de la Academia, es un monstruo fabuloso formado del conjunto de facciones humanas y de las de varias fieras.

(2) Necio ó simple.

hallado, que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan feliz y tan no vista imitación: loco soy; loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de véras, y siéndolo no sentiré nada. Así que, de cualquier manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trajeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos; pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor caballero de la *Triste Figura*, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en más de cuatro días, ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero (1) el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para ade rezarla en mi cásula, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi mujer é hijos. Mira, Sancho, por el mismo que ántes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible, que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que to-

---

(1) Vacío, hueco.

das las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es más de un bacin de barbero, no se curan de procurarle, como se mostró bien en el que quiso romperle, y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban; corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: había por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, oh Cielos, que diputo (1) y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas de este pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas de estos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado (2) corazon padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas de este desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos, han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! ¡Oh vosotras Napeas y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en

---

(1) Elijo.

(2) Afligido, conturbado.

las espeñuras de los montes, así los ligeros y lascivos SátiroS, de quien sois aunque en vano amadas (1), no perturben ja-  
más vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi  
desventura, ó á lo ménos no os canseis de oirla! ¡Oh Dul-  
cinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte  
de mis caminos, estrella de mi ventura, así el Cielo te la dé  
buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar  
y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con  
buen término correspondas al que á mi fe se le debe! ¡Oh  
solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de ha-  
cer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando mo-  
vimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi pre-  
sencia! ¡Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis  
prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo  
que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites (2)  
á la causa total de todo ello! Y diciendo esto, se apeó de  
Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y  
dándole una palmada en las ancas, le dijo: libertad te da el  
que sin ella queda, oh caballo tan extremado por tus obras,  
cuán desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en  
la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipó-  
grifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le  
costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: bien haya  
quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio,  
que á fe que no faltarán palmadicas que darle ni cosas que  
decirle en su alabanza: pero si él aquí estuviera, no consin-  
tiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué,  
que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de de-  
sesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios  
quería. Y en verdad, señor caballero de la Triste Figura,  
que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va  
de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para  
que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi  
ida y vuelta; que si la hago á pie, no sé cuándo llegaré, ni  
cuándo volveré, porque en resolucion soy mal caminante.  
Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú qui-  
siieres, que no me parece mal tu designio, y digo, que de aquí  
á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas

(1) *De quien soy, aunque en vano Amadis*, dijo por errata  
de caja la edición primera. La segunda ya corrigió el texto como  
lo dejamos.

(2) *Recetes* dicen las ediciones primeras. Muy oportuna en  
este lugar la variante de la Academia.

lo que por ella hago y digo, para que se lo digás. ¿Pues qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? ¡Bien estás en el cuento! respondió Don Quijote. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas de este jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina de esta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora, que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quijote: mas quiérote hacer sabedor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de véras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relapsos; y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir. Así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico, ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Más fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo, y rüegole á vuestra merced, que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oirle mentar, se me revuelve el alma, no que el estómago: y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced de este purgatorio donde le dejo. Purgatorio le llamas, Sancho? dijo Don Quijote; mejor hicieras de llamarle infierno, y aún peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio* (1), segun he oido decir. No en-

---

(1) Sancho, que no sabia latin, dijo un despropósito. Quiso decir, que los que están en el infierno no tienen esperanza ni posibilidad de ser rescatados ni libertados nunca de sus sufrí-

tiendo qué quiere decir *retentio*, dijo Don Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale de él, ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los piés, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necesidades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced de este purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir de él, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura; ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca también, añadió Sancho. Todo irá inserto (1), dijo Don Quijote; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan difíciloso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien y aún más que bien escribirla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada (2), que no la entenderá Satanás. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quijote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplirla;

---

mientos: no pueden salir de aquel lugar de tormentos. *Nulla est redemptio* son las palabras latinas que Sancho estropeó; es decir: *No hay rescate, no hay salvación posible.*

Un anotador de *El Quijote* cuenta lo siguiente, que es chistoso: «Miguel Angelo en un cuadro, retrató, entre los condenados á un Cardenal que le molestaba, y quejándose éste al Papa, le contestó: amigo, si te pintara en el purgatorio, yo te sacaría á fuerza de sufragios; pero en el infierno, *nulla est redemptio.*»

(1) *Inserto* significa aquí *junto, unido.*

(2) *Endiablada, laberíntica.*

y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso, que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia; porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos (1), sin extenderse á más que á un honesto mirar, y áun esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero más que á la lumbre de estos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y áun podrá ser que de estas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado! Ta, ta, dijo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el más forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa (2), hecha y derecha, y de pelo en pecho (3), y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por señora. ¡O hi de puta, qué rejo (4) que tiene, y qué voz! Sé decir, que se puso un dia encima del campanario de la aldea á llamar unos zagalos suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron, como si estuvieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y querria ya verme en camino sólo por verla, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una ver-

(1) Ideales, puros.

(2) Quiere decir que no era loca ni casquivana, sino moza de formalidad y seso.

(3) *De pelo en pelo* dice por errata la edicion primera. De pelo en pecho, refiriéndose á Dulcinea, es expresion con que daba á entender Sancho que era mujer animosa, de ánimo varonil.

(4) Robustez, fuerza.

dad, señor Don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se la vayan á hincar de rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced envia, y ha de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto (1), muchas veces despuntas de agudo; mas pára que veas cuán necio eres tú, y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon (2), rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor (3), y un dia dijo á la buena viuda, por vía de fraternal reprension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: este quiero; aqueste no quiero. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe y más que Aristóteles. Así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra: si, que no todos los poetas que habrán (4) damas, deba-

(1) Rudo, torpe.

(2) *Motilon* significa familiarmente *el religioso lego*.

(3) El superior del convento en que estaba el motilon. *Su Mujer* se puso por errata en la edición primera. La variante de la Academia ha sido en esta ocasión muy oportuna.

(4) Que alaban, dicen las ediciones de la Academia, y muchas más. Mal hecho. No era preciso alterar el texto primitivo.

jo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú, que las Amariles, las Fílis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Filidas (1) y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujetos á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así bástame á mí pensar y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion de él para darla algun hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea; porque en ser hermosa, ninguna la iguala, y en la buena fama, pocas la llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginacion como la deseó, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas (2), griega, bárbara, ó latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que yo soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentir la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dijo, que se la quería leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiése por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer, á lo cual respondió Sancho: escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero con todo eso, dígame-

(1) Alidas pone la primera edición, y en otras muchas se suprime. El Sr. Hartzenbusch opina que Cervantes debió de escribir *Filidas*, observación muy oportuna, y por lo mismo introducimos la variante.

(2) Pasadas.

la vuestra merced, que me holgaré mucho de oirla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dijo Don Quijote:

*«Carta de Don Quijote á Dulcinea del Toboso.*

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia; si tu valor no es en mi pro (1); si tus desdenes son en mi afincamiento (2), magüer (3) que yo sea asaz (4) de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy dura-dera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, oh bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de acorrermee (5), tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto: que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu残酷 y <sup>á</sup> mi deseo.

*Tuyo hasta la muerte,*

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.»

Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás he oido. ¡Plesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere! Y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Qué me place! dijo Don Quijote; y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

*«Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los*

(1) Favor.

(2) *Afincamiento* significa aquí *congoja, afliccion, tormento*. La preposicion *en* que le precede tiene aquí la acepcion de *para*. *En mi afincamiento*, vale tanto como *para mi tormento*.

(3) Palabra antiguada que significa: *aunque*.

(4) *Asaz de sufrido, muy sufrido*.

(5) Aliviarme, socorrerme.

cincos que dejé en casa, y están á cargo de vuestra merced: los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con ésta (1) y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos de Agosto de este presente año.»

Buena está, dijo Sancho: firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aún para trescientos, fuera bastante. Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme: iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese (2) vuestra merced á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más. Por lo ménos quiero, Sancho (y porque es menester así); quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en mélos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedes jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote, que no dirás tú tantas, cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros. Y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento: cuanto más, que para mí no era menester nada de eso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced deseá y merece. Y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solemne á quien pueda, que la tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una?... ¡No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda! (3) Bonico soy

(1) Que consta dice la edicion primera. Muy oportuna la variante de la Academia.

(2) Dispóngase.

(3) Expresion vulgar, con que quiere decir Sancho que no tendría miramiento á nada, y que hablaría claro, pesase á quien pesase.

yo para eso; mal me conoce; pues á fe que si me conociese, que me ayunase (1). A fe (2) Sancho, dijo Don Quijote, que á lo que parece, que no estás tú más cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy más colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese euillardado, respondió Don Quijote, porque aunque tuviera, no covmiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren: que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas equivalentes. Adios, pues. Pero (3) ¿sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, segun está de escondido (4). Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme de estos contornos, dijo Don Quijote, y aún tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas: cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso; las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo (5). Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió de él; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado. Y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió, y dijo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto ha-

(1) Que me habia de temer, que me habia de respetar muy mucho.

(2) Así Sancho, dice la edicion primera.

(3) Aquí suprinen y añaden palabras muchas ediciones, inclusas las de la Academia. Nosotros seguimos el texto primitivo, como es justo.

(4) «Segun está escondido», ponen casi todas las ediciones, inclusas naturalmente las de la Academia, por el gusto de alterar el texto primitivo sin necesidad ninguna.

(5) Perseo dicen por errata las ediciones primitivas, y muchas más.

en locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿No te lo decía yo? dijo Don Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré; y desnudándose con toda prisa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

## NOTAS.

Cree el Sr. Hartzenbusch que donde dice Sancho Panza en este capítulo que recibió «adrillazos y puñadas», debe leerse «astrillazos ó peladillazos». No comprendemos qué razon haya para hacerlo así; pues bien pudo suceder que los galeotes tirasen á Sancho y á D. Quijote no sólo piedras, sino medios ladrillos ó pedazos de ladrillos, que tal vez hubiese esparcidos por aquel campo ó camino, y aquellos mal intencionados los quisieron hacer volar para que se posasen en las cabezas de amo y mozo. El texto está, pues, muy claro, y no creemos oportuno el alterarlo.

En este capítulo dice Don Quijote que la carta para Dulcinea y la libranza pollinesca todo iria inserto en un papel. El señor Hartzenbusch dice que «irá inserto» es errata positiva: la libranza pollinesca (según el referido crítico) no había de insertarse en la carta para Dulcinea. Escribiría Cervantes (en vez de irá inserto) *era menester ó era necesario.* La variante propuesta no es aceptable: el texto está muy claro. Inserto, significa aquí, junto, unido; y eso era precisamente lo que se veia obligado á hacer Don Quijote por carecer de papel para escribir por separado á su dama y para extender la libranza de los asnos, temiendo que poner en un mismo papel, juntos, unidos, insertos, dos tan de-

semejantes documentos. Y aunque finalmente se resolvio á ponerlos en el librillo de memoria que encontró en Sierra Morena, siempre tendremos que los dos documentos iban en el mismo librillo insertos, juntos. Con que está bien el texto, y no hay que introducir variante alguna.

Háblase en este capítulo de endriagos. Aunque damos al pie de la página correspondiente la definicion de este monstruo, nos parece oportuno copiar la descripcion fabulosa que se hace de uno, producido de los amores incestuosos del gigante Bandaguido con su hija Bandaguida, en el capítulo XI, libro tercero, del *Amadis de Gaula*. «Tenia el cuerpo y el rostro cubierto de pelo (dice la citada obra), y encima habia conchas, sobrepuertas unas sobre otras, tan fuertes, que ninguna arma las podia pasar, é las piernas é piés eran muy gruesos y recios, y encima de los hombros habia alas tan grandes que hasta los piés le cubrian, é no de peñolas (1), mas de un cuero negro como la pez, luciente, belloso, tan fuerte, que ninguna arma las podia empecer (2), con las cuales se cubria como lo ficiese un hombre con su escudo; y debajo de ellas le salian brazos muy fuertes, así como de leon, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, é las manos habia de hechura de águila, con cinco dedos, é las uñas tan fuertes é tan grandes, que en el mundo non podia ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase, que luego no fuese desfecha. Dientes tenia dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salian, é los ojos grandes y redondos muy bermejos como brasas: así que, de muy lueñe (3), siendo de noche, eran vistos, é todas las gentes huian de él. Saltaba é corria tan ligero, que no habia venado que por piés se le pudiese escapar: comia y bebia pocas veces, y algunos tiempos, ningunas; que no sentia en ello pena ninguna: toda su holganza era matar hombres é las otras animalias vivas, é cuan-do fallaba leones é osos que algo se le defendian, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejaba llamas de fuego, é daba unas voces roncas, espantosas

(1) Plumas.

(2) Perjudicar, dañar.

(3) Léjos.

de oír; así que, todas las cosas vivas huian ante él como ante la muerte. Olia tan mal, que no había cosa que no emponzoñase. Era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras, é facía crujir los dientes é las alas, que no parecía sino que la tierra facía estremecer. Tal era esta animalia, Endriago llamado.»

Donde en este capítulo dice Cervantes: «Nunca las cartas de Amadis se firman», parece indicar el Sr. Hartzenbusch en una de sus notas á *El Quijote* que debiera leerse: «cartas de amores.» La variante no es necesaria, y no hay más que leer *El Amadis* para saber que Cervantes tiene razon; pues vemos, sólo en el libro 4.<sup>º</sup>, sin hacer otras citas, que tres cartas que allí se insertan de Amadis, la primera dirigida al emperador de Constantinopla, la segunda al rey Perion, y la tercera al rey Tafinor de Bohemia, ninguna se firma. Las cartas de amores casi siempre se firman, y perdónenos el ilustre literato Sr. Hartzenbusch, si para purificar y defender, como debemos, el primitivo texto de *El Quijote*, disentimos de su opinion y de sus observaciones.

De Napeas y Driadas habla Don Quijote en este capítulo. Las primeras, segun la Mitología, eran las ninfas de las selvas y florestas, y las segundas, tambien ninfas, presidian en los montes, y especialmente en los de encinas.

El refran que recuerda Sancho Panza en este capitulo, diciendo «muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas», alude á aquél de, «donde pensais hallar tocinos no hay estacas.» La Real Academia dice que este refran advierte cuánto se engañan algunos, creyendo que otros tienen grandes facultades, cuando carecen de lo necesario. Sancho toma el refran en un sentido más lato, queriendo decir que muchas veces se piensan cosas que ni por semejas son ciertas ni han podido suceder.

Sancho llama Guisopete al fabulista Esopo en este capítulo.

Así llamaba el vulgo ántes de, y en los tiempos mismos de Cervantes, á aquel moralizador ilustre. Isopete le llamó en el siglo XIV el notable poeta Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Véanse los versos en que lo dice, que son muy graciosos:

Como la buena dueña (1) era mucho letrada,  
 Sotil, entendida, cuerda, bien mesurada,  
 Dijo á la mi vieja, que le había enviada,  
 Esta fabla compuesta, de Isopete sacada:  
 Dis, cuando quier casar ome con dueña honrada,  
 Promete é manda mucho: desque la ha cobrada,  
 De cuanto le prometió, ó le da poco, ó nada:  
 Face como la tierra cuando estaba finchada.

Despues presenta como ejemplo, y traducida, la fábula de Esopo: *Mons parturiens*.

Y la buena dueña, pretendida y solicitada, despues de citar la fábula de Esopo, añade por su cuenta lo siguiente:

Et bien, ansi acaesció á muchas é á tu amo.  
 Primeramente mucho trigo dan, poca paja, tamo;  
 Ciegan muchos con el viento; vanse perder con mal ramo.  
 Vete: dil' que me non quiera, que nel' quiero, nil' amo.

---

(1) Habla el Arcipreste de una dama que es solicitada por un sujeto prendado de ella, el cual, para conseguir su deseo, se vale de la tercería de una vieja.

## CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo  
Don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quijote acabó de dar las tumbas, ó vueltas, de medio abajo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sañcho se había ido sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era, que cuál seria mejor, y le estaria más á cuenta, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las melancólicas; y hablando entre sí mismo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, si no era metiéndole un alfiler de á blanca (1) por la planta (2) del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente(3), y por las nuevas que le dió el pastor, de qué Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, y paje de Dardinel de Almonte; y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le había cometido desaguisado (4), no hizo mucho en volverse loco; pero

(1) Un alfiler grande.

(2) *Planta*, corrige el Sr. Clemencin, donde en las ediciones primitivas decia *punta*; y es variante muy oportuna y corrección de una errata indudable; pues en otro capítulo de *El Quijote* se dice que sólo por la planta del pié izquierdo podia ser herido Roldan.

(3) *Fortuna*, dice la edición príncipe; pero las ediciones de la Academia, y otras muchas, han puesto *fuente*, y es variante muy aceptable y oportuna.

(4) Infidelidad, agravio.

yo, ¿cómo puedo imitarle en las locuras, si no le imito en la ocasión de ellas? Porque mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como su madre la parió (1); y haríala agravio manifiesto, si imaginando otra cosa de ella, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más, porque lo que hizo, según su historia, no fué más de por verse desdeniado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que se retiró á la peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, y de encorazonarse á Dios (2), hasta que el Cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara de estos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere! Del cual se dirá lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometerlas: y si yo no soy desechado, ni desdeniado de Dulcinea del Toboso (3), bástame, como ya he dicho, estar ausente de ella. Ea, pues, manos á la obra; venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y encorazonarse á Dios; pero ¿qué haré de rosario, que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría; y fué que rajó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás; y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de

(1) «Como la madre que la parió», dicen la mayor parte de las ediciones; pero un anotador cree que, dada la veneración con que Cervantes miraba á Dulcinea, no podía hablar de modo tan ofensivo para su dama; y nosotros así lo creemos, y juzgamos que Cervantes escribiría tal como dejamos el texto.

(2) «Y de encorazonarse á Dios» lo suprimen las ediciones de la Academia, y otros señores que han reimpreso *El Quijote*, y se han erigido por voluntad propia en dómimes de Cervantes.

(3) «De mí Dulcinea», y suprimiendo «del Toboso», ponen las ediciones de la Academia, y casi todas. Variantes inoportunísimas y arbitrarias.

Ave Marias (1). Y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles, y por la menuda arena, muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer, despues que á él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,  
Que en aqueste sitio estais,  
Tan altos, verdes y tantas,  
Si de mi mal no os holgais,  
Escondad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,  
Aunque más terrible sea;  
Pues por pagaros escote,  
Aquí lloró Don Quijote  
Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde  
El amador más leal  
De su señora se esconde,  
Y ha venido á tanto mal,  
Sin saber cómo, ó por dónde.

Tráele amor al estricote,  
Que es de muy mala ralea:  
Y así, hasta henchir un pipote, (2)  
Aquí lloró Don Quijote  
Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

Buscando las aventuras  
Por entre las duras peñas,  
Maldiciendo entrañas duras,  
Que entre riscos y entre breñas  
Halla el triste desventuras.

Hirióle amor con su azote,  
No con su blanda correá,  
Y en tocándole al cogote,  
Aquí lloró Don Quijote  
Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

(1) Así dice la primera edición. Las sucesivas, so pretexto de mejorar el texto, lo han alterado á capricho, y la Real Academia ha legalizado, como de costumbre, la variante. Nosotros, como siempre, restablecemos el texto primitivo, que es lo justo y lógico.

(2) La pipa pequeña que sirve para encerrar y transportar licores.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos, la añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea; porque imaginaron que debió de imaginar Don Quijote, que si, en nombrando á Dulcinea, no decía tambien *del Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, más de estas tres coplas: En esto, y en suspirar, y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á la dolerosa y húmida Eco (1), que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió. Y será bien dejarle enyuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandaderia; y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del *del Toboso*, y otro dia llegó á (2) la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no, y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: dígame, señor licenciado: ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero, que había salido con su señor por escudero? Si es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto general de los libros: los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conocídos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía

(1) *Timida Eco*, cree el Sr. Hartzenbusch que debe decir.

(2) Aquí significa la preposición á, *próximo á, cerca de, junto á* la venta.

descubrir por los ojos que en la cara tenia. ¡No, no, dijo el barbero, Sancho Panza; si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de su caballo! ¡En verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena! (1) No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie: á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de esta montaña muy á su sabor. Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sánchez Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de Don Quijote, y el género de ella, siempre que la oian se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno. Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podía hallar, si le buscara hasta ahora, porque se había quedado Don Quijote con él, y no se le había dado, ni á él se le acordó de pedirselo. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando (2) mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy aprisa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más se echó entre los puños á las barbas, y se arrancó la mitad de ellas (3), y luego aprisa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que, ¿qué le había sucedido que tan mal se paraba? ¡Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo! ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venía la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba

(1) Segun el *Diccionario de la Academia*, la expresion «sobre eso-morena», declara la resolucion de sostener lo que se quiere con todo empeño y á cualquiera costa.

(2) Poniendo.

(3) Prontos muy propios de personas rústicas como Sancho,

que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa; y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolé el cura, y dijole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamás se aceptaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen. Decidla Sancho, pues, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pié, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al Cielo; y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No diria (1), dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dijo Sancho. Luego... si mal no me acuerdo,... proseguia,... si mal no me acuerdo,... *el llagado (2) y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa;* y no sé qué decia de salud y de enfermedad que la enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.* No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladarla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien, cómo su señor, en trayendo que le trajese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo ménos Monarca, que asi lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que, en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya

(1) *No dirá* dicen algunas ediciones, entre ellas las de la Academia; pero es alteracion arbitaria.

(2) «*El llego*», dice por errata la edición primera.

seria viudo (que no podia ser ménos), y le habia de dar por mujer á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos, ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de más gusto oír sus necesidades; y así le dijeron, que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible (1) era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia, ó por lo ménos Arzobispo, ú otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los Arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada (2), amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A B C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será más fácil, á causa de que él es más valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho; aunque sé decir, que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor, que le eche á aquellas partes donde él más se sirva, y adonde á mí más mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos

---

(1) Hacedera.

(2) Fija, determinada.

de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa por qué no entraba ni le convenía entrar en ella; mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querían; y fué, que dijo al barbero, que lo que había pensado era, que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irían adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría dejarle de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella, donde ella le llevase, á desfacerle un agravio que un mal caballero le tenía fecho, y que le suplicaba asimismo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda (1), fasta que la hubiese hecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda que Don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que de esta manera le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

---

### NOTAS.

Hablando Don Quijote en este capítulo dice, que no le valieron á Don Roldán tretas contra Bernardo del Carpio, «que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles». Los numerosos romances que se han escrito sobre el triunfo del

---

(1) De su posición ó importancia social, quiere decir.

héroe español Bernardo del Carpio, hijo de Doña Jimena, hermana de Dón Alfonso el Casto, y el conde de Saldaña, no están contestes, pues en tanto que los que proceden de ingenios españoles cuentan el triste fin de Don Roldán, el más esforzado de los doce pares de Francia en tiempo de Carlo Magno, del modo que refiere Don Quijote, los que se han escrito siguiendo las crónicas francesas, refieren la muerte de Don Roldán como ocasionada por el pesar de la derrota sufrida por los de su nación en Roncesvalles.

Véase este romance de Lorenzo Sepúlveda, sobre el particular :

No tiene heredero alguno  
 Alfonso, el Casto llamado;  
 A Carlo Magno el de Francia  
 Mensajeros le ha enviado  
 En secreto, que viniese  
 Contra moros á ayudarlo,  
 Y que le daria á Leon,  
 Que de Alfonso era reinado.  
 Carlos que oyera el mensaje  
 Luego se había aparejado:  
 Mucha gente trae consigo,  
 Roldán que es muy estimado,  
 Y otros raudos caballeros  
 Que los pares han llamado.  
 Los ricos hombres del reino  
 De Alfonso se han querellado;  
 Pidiérone que revoque  
 La palabra que había dado;  
 Si nó, echarlo han del reino,  
 Y pondrán otro en su cabo,  
 Que más quieren morir libres  
 Que mal andantes llamados.  
 No quieren ser de franceses  
 Sujetos los castellanos:  
 El que más enojo tiene  
 Era Bernardo del Carpio,  
 Que era sobrino del Rey,  
 Caballero aventajado.  
 Revocó Alfonso la manda,  
 Aunque no fué de su grado.  
 Á Carlos mucho le pesa;  
 Del rey Casto es enojado;  
 Porque mintió su palabra,  
 Mucho lo ha amenazado  
 Que le quitará á Leon  
 Y áun á todo su reinado.

Bernardo está muy sañudo  
 De lo que Carlos ha hablado.  
 Apercibense los Reyes  
 Con las gentes de su estado:  
 Halláronse en Roncesvalles,  
 Do muy recio han batallado:  
 Mueren allí muchas gentes,  
 Franceses y castellanos.  
 Venció el rey Don Alfonso  
 Por el esfuerzo sobrado  
 De Bernardo su sobrino,  
 Que era el más señalado.  
 Mató Bernardo por sí  
 Á Roldan el esforzado,  
 Y á otros muchos capitanes  
 De Francia muy estimados.

Véase otro romance, de autor desconocido, en que se achaca la muerte del héroe francés al pesar que le produjo su vencimiento y el de Carlo Magno:

Por muchas partes herido  
 Sale el viejo Carlo Magno,  
 Huyendo de los de España  
 Porque le han desbaratado.  
 Los once deja perdidos;  
 Solo Roldan ha escapado,  
 Que nunca ningun guerrero  
 Llegó á su esfuerzo sobrado,  
 Y no podia ser herido  
 Ni su sangre derramado.  
 Al pié estaba de una cruz  
 Por el suelo arrodillado:  
 Los ojos vueltos al Cielo  
 D'esta manera ha hablado:  
 —Animoso corazon,  
 ¿Cómo te has acobardado  
 En salir de Roncesvalles  
 Sin ser muerto ó bien vengado?  
 ¡Ay amigos y señores !  
 ¡Cómo os estareis quejando  
 Que os acompañé en la vida  
 Y en la muerte os he dejado!—  
 Estando en esta congoja  
 Vió venir á Carlo Magno  
 Triste, solo, y sin corona,  
 Con el rostro ensangrentado.  
 Desque así lo hubo visto  
 Cayó muerto el desdichado.

## CAPÍTULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura; sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidieronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándola en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera, que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huesped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia más que ver: púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarneidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba (1). No consintió el cura que le tocasen (2); sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga (3) de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro. Encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol; y cubriéndose (4) su herreruelo (5), subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con

(1) Rey godo que reinó en España desde el año 672 al 680.

(2) Es decir: que le pusiesen la toca.

(3) Banda ó faja significa aquí.

(4) El verbo *cubrirse* significa aquí: *vestirse, ponerse*.

(5) Lo mismo que ferreruelo, «capa algo larga, con solo cuello sin capilla», como define la Academia.

su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidieronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apénas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento: que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así, se profanaba ménos su dignidad; y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se lo llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener y las palabras que habia de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querenzia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que se le diese leccion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba; y así, dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia; que magüer que (1) tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor; y, en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho ántes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho, que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgra-

---

(1) Aunque.

cia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser Emperador ó Monarca; que en lo de ser Arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese Emperador, y no Arzobispo; porque él tenia para si, que para hacer mercedes á sus escuderos, más podian los Emperadores que los Arzobispos andantes. Tambien les dijo, que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora; que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Panza decia, y asi determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manoso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde, todo lo cual hacia al sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados, y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que, sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas, que verdades; y más cuando advirtieron, que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?  
Desdene.

¿Y quién aumenta mis duelos?  
Los celos.

¿Y quién prueba mi paciencia?  
Ausencia.  
De ese modo en mi dolencia  
Ningun remedio se alcanza,  
Pues me matan la esperanza,  
Desdene, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quién mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quién consiente en mi duelo?

El Cielo.

De ese modo yo recelo

Morir de este mal extraño,

Pues se aunan (1) en mi daño

Amor, fortuna y el Cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿quién lo alcanza?

Mudanza.

Y sus males, ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura

Querer curar la pasion,

Cuando los remedios son

Muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales, se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar al músico, que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este soneto:

Santa amistad, que con ligeras alas,  
 Tu apariencia quedándose en el suelo,  
 Entre benditas almas en el Cielo  
 Subiste alegre á las empíreas salas:  
 Desde allá, cuando quieres, nos señalas  
 La justa paz cubierta con un velo,  
 Por quien á veces se trasluce el celo  
 De buenas obras, que á la fin son malas.  
 Deja el Cielo, oh amistad, ó no permitas  
 Que el engaño se vista tu libreá,  
 Con que destruye á la intencion sincera;  
 Que si tus apariencias no le quitas,  
 Presto ha de verse el mundo en la pelea  
 De la discorde confusion primera.

(1) Aumentan dijo la primera edicion; pero la segunda corrigió el texto poniendo *aunan*, que es lo que Cervántes escribiría, y es variante muy explicable.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan extremado en la voz, como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse, estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa (1) de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos más de la vez primera, cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido), se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiése, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo; y así, viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo, así lo dieron á entender; y así respondió de esta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el Cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y áun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes á algunas personas, que, poniéndome delante de los ojos, con vivas y varias razones, cuán sin ella ándo en hacer la vida que hago, han procurado sacarme de ésta á mejor parte; pero como no saben que sé yo, que en saliendo de este daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y, áun lo que peor seria, por de ningun juicio. Y no seria maravilla que así fuese; porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta de esta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé más que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi

---

(1) En actitud.

ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa de ellas á cuantos oirla quieren; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuacions, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto, el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la había contado á Don Quijote y al cabrero pocos dias atrás, cuando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarla hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que había hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenía bier en la memoria, y que decía de esta manera:

*«Luscinda á Cardenio.*

Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en más os estime; y así, si quisiéreis sacarme de esta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podreis muy bien hacer. Padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decís y como yo creo.»

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado: y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efectuase. Díjele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda: que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermo-

sura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia de él, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia, que lo que yo desease jamás habia de tener efecto. A todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso! ¡Oh Catilina cruel! ¡Oh Sila facineroso! ¡Oh Galalon embustero! ¡Oh Vellido traidor! ¡Oh Julian vengativo! ¡Oh Júdas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dije, ó qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda? ¡Quién pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseó amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aún no poseia! Pero quedense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que parecióndole á Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á (1) su hermano mayor, con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y la dije lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nues-

---

(1) Adonde estaba su hermano mayor, cerca de él.

tros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura (1) como yo de la traicion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria más la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta que no la dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quédé admirado de este nuevo accidente, hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el Cielo por señora; exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volviamé ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendia mi desenvoltura, era á tomarla, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividia. Pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenía, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios que me (2) mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardado. Llegué al lugar donde era enviado: di las cartas al hermano de Don Fernando: fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su párde no me viese, porque su hermano le escribia que le enviasé cierto dinero sin su sabiduría (3). Y todo fué invencion del

(1) Lo contrario de lo que hoy significa. Segura, vale aquí: ignorante, sin sospecha de la traicion.

(2) El pronombre *me* está suprimido en las ediciones de la Academia, y en las que maquinalmente las han seguido. Nosotros restablecemos el texto primitivo.

(3) Sin su conocimiento, sin que lo supiese.

falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué éste, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en la ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra de él era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme, estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Pregunté al hombre, ántes de leerla, quién se la habia dado, y el tiempo que habia tardado en el camino: dijo me, que acaso (1) pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha prisa le dijo: hermano, si sois cristiano como pareceis, por amor de Dios os ruego, que encamineis luego, luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo; y, diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas la dije que haria lo que me mandaba; y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerla, y conociendo por el sobrescrito que érais vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla; y en diez y seis horas (2) que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera, que apenás podia sostenerme. En efecto, abri la carta, y vi que contenia estas razones:

«La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vues-

(1) Casualmente.

(2) Años puso la primera edicion por errata de caja, que se corrigió en la segunda.

tro padre para que hablase al mio, la ha cumplido más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas véras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que sólo han de ser testigos los Cielos y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imaginadlo: si os cumple venir, vedlo; y si os quiero bien, ó nó, el suceso de este negocio os lo dará á entender: ¡ Á Dios plega que ésta llegue á vuestras manos, ántes que la mia se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete!»

Estas en suma fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conoci entónces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas; pues casi como en vuelo, otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré de secreto, y dejé una mula en que venia, en casa del buen hombre que me había llevado la carta; y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Lusoinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero, ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que ántes lo serán dè mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio; el cual, sino prdiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y aprisa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo vir todas estas razones, porque sentí que la llamaban aprisa

porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podía moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver. Así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras allí estuve! ¡Los pensamientos que me ocurrieron! ¡Las consideraciones que hice! Que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan. Basta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una cámara (1) Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspencion y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido: sólo pude advertir á los colores (2), que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canseis, señores.

(1) «El cuarto después de la cámara destinado para guardar los vestidos ó alhajas», como define el Diccionario de la Academia.

(2) Fijar la vista sobre los colores.

res, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso; pues cada circunstancia suya me parece á mi qué es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura, que no sólo no se cansaban en oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia, y tomado á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿queréis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh, quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro! ¡Advierte, que el decir tú, *si*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto! ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mi! Ahora que estoy ausente y léjos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme. En fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengaño, que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *si quiero*; y lo mismo dijo Don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo, viendo en el *si* que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda. Imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido, quedé falso de consejo, desamparado, á mi parecer,

de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó, de manera que todo ardía de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándose su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacían, para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinación que si me vieran, de hacer un desatino tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traídora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio (1), fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecían; y aun quizás con más rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte; pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde había dejado la mula: hice que me la ensillase; sin despedirme de él, subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á mirarla. Y cuando me vi en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubría, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habían hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado. Y en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios la disculpaba, diciendo que

---

(1) Quiere decir, que por estar tan ajenos de pensar en que él estuviese allí entonces, etc.

no era mucho que una doncella recogida en easa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que, á no querer recibirlle, se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos qué no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles Don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con estaquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y dí al amanecer en una entrada de estas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano de estas montañas caen; y allí pregunté á unos ganaderos, que hacia dónde era lo más áspero de estas sierras. Dijeronme que hacia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y del hambre se cayó mi mula muerta, ó, lo que yo más creo, por desechar de sí tan intútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos que daba indicios claros de haber perdido el juicio. Y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando, y cuando en

mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apénas puedo moverme. Mi más comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueiros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. De esta manera paso mi miserable y extrema (1) vida, hasta que el Cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de Don Fernando; que si esto él hace, sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde nó, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de esta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, oh señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habeis visto, y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada dé famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gustó (2) de ser ajena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura; pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion; yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir, de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra; á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y es (3) más causa de mayores sentimientos y males, porque

(1) Aquí debe tomarse este adjetivo en el significado de *desdichadísima*.

(2) *Gusta* ponen las ediciones de la Academia, y casi todas. Variante inoportuna, y por lo mismo seguimos el primitivo texto.

(3) *Y en más causa*, etc, dice la edición principie por errata. La edición de la Academia, de Ríos, hace la variante que dejamos, y que es mejor que las propuestas por algunos críticos ó introducidas por otros editores.

áun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron, que decia lo que se dirá en la cuarta parte de esta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

---

## COMENTARIO.

---

En los cuatro capítulos anteriores se ofrece mucha y muy grande enseñanza en medio de la aparente festividad del relato. La aventura de Sierra Morena, la penitencia que hace allí Don Quijote, y los extraños sucesos que de ella se siguen, tienen una significacion muy grandiosa, y una filosofía admirable debajo de una ingeniosa perspectiva, en que debemos fijarnos para presentar á la vista de todos sus perfecciones, hasta ahora, ú ocultas ó desconocidas.

Don Quijote, siguiendo siempre en pos del bello ideal que se habia forjado en su imaginacion, prendado de aquella hermosura encantadora, creacion de su mente alta y generosa, de Dulcinea, personificacion de la verdad, de la justicia, de la rectitud y de la perfeccion más grande, se sacrifica por todas las buenas causas, demuestra siempre su magnanimitad y su alteza de carácter, combate por todo lo que cree noble y digno, áun en medio de sus equivocaciones es respetable, y lleva su entusiasmo por la dama que simbolizaba sus sublimes principios hasta separarse por completo de la lucha social, donde sólo hallaba desprecios, reveses, compasion, desdenes, ingratitudes, injusticias, y retirarse de toda comunicacion humana para fortalecerse con la soledad en sus propósitos, para demandar nuevos auxilios á quien le inspiraba tan majestuosos pensamientos, y poder triunfar con más buen suceso desde entonces contra las maquinaciones del mal y contra las falsedades de una sociedad corrompida y metálizada, á la

que en vano trataba de regenerar el nunca bien elogiado caballero.

Sancho Panza, personificación en estos capítulos del más sórdido interés y del más grosero egoísmo, se burla al principio de los proyectos del hidalgo, ni más ni menos que hicieron luego el barbero Maese Nicolás y el cura Pedro Pérez, demostrándose así de un modo acabadísimo y admirable, que lo mismo la clase pobre, que la media y la ilustrada, no saben apreciar casi nunca los pensamientos excellosos, ni estimar las tendencias regeneradoras, ni respetar y favorecer á los hombres que, arrostrando peligros, ridículos y dificultades, pelean denodadamente por el triunfo de la verdad y del pundonor, de la rectitud y de la sinceridad, sin temor que les conturbe, ni desaliento que les abata.

Tal modo de proceder por parte de los pocos hombres que saben sacrificarse por la sociedad, es para el vulgo ignorante, y aún para el vulgo ilustrado también, acciones descabelladas, intentos desvariados, extravagancias y locuras dignas de risa ó de compasión. Importa poco que quienes abrigan pensamientos regeneradores encarezcan la importancia de sus doctrinas, la nobleza de sus actos y la rectitud de sus intenciones: aquellas mismas defensas de una buena causa se conceptúan como nuevas manifestaciones de enajenación, y la burla, el sarcasmo, la falsedad, el egoísmo y la soberbia siguen imperando, y se menosprecia y humilla á los que con sublime entereza piden la regeneración de las sociedades, y hablan sin temor á nada el lenguaje de la verdad, como si los pueblos no pudiesen vivir sino entre los aires corrompidos de la adulación, de la mentira y de la servil lisonja.

Pero el hombre íntegro, generoso, todo abnegación por sus semejantes, de quien es representación fidelísima Don Quijote, jamás se intimida ante las maquinaciones del mundo positivista: en esa lucha gigantesca que tiene que sostener contra las malas artes de todos, podrá quedar vencido, y quedalo efectivamente á la continua; mas al fin se le hace justicia, se reconocen sus altos designios, se subliman sus actos, y se circuye su nombre con la aureola de la gloria, en tanto que nadie se acuerda, sino para complacerlos, de cuantos se opusieron al triunfo de sus ideas y á la realización de sus propósitos generosos.

NOTAS.

Los dos versos del soneto, que se inserta en este capítulo, y dicen:

Desde allá, cuando quieres, nos señalas  
*La justa faz*, cubierta con *un velo*,

cree el Sr. Hartzenbusch que deben leerse así:

Desde allá, cuando quieres, nos señalas  
*La falsa faz*, cubierta con *tu velo*;

porque, segun el Sr. Hartzenbusch «es raro que la amistad muestre desde el Cielo á la justa paz, y mejor se entenderia el soneto leyendo la falsedad (ó la falsa faz, ó la astuta faz) cubierta con tu velo; esto es, el engaño, que se nombra más adelante, cubierto con el velo de amistad verdadera; pensamiento alusivo á la perfidia que Don Fernando usó con Cardenio.»

Esta variante ha sido aceptada por algunos editores, entre otros, por el Sr. Fernandez Cuesta; pero es innecesaria, y no debe alterarse el texto á poco que sobre ella se reflexione.

La verdadera amistad que se había subido al Cielo, dejando en la tierra sólo sus apariencias, al mostrar algunas veces á los mortales desde sus empíreas moradas la justa paz, no podía hacerlo, dada la miserable condicion humana, tal cual aquella es en sí: mostrábala cubierta con un velo; es decir, no con sus perfecciones todas, no con todas sus grandezas y resplandores. Así que, aunque por aquel velo que encubría á la justa paz, se traslucía el celo de buenas obras, al cabo se sentían que eran malas. Para que así no sucediese, para que la justa paz se viese y se practicase cual efectivamente era, rogaba Cardenio á la santa, á la verdadera amistad que bajase á morar en la tierra, á fin de que pudiese mostrar todos los tesoros de su fidelidad, de su amor, de su sinceridad, de su virtud y de su justicia, sin que apariencias ninguna las ocultasen y desfiguraran.

Esto es claro, clarísimo, y no hay necesidad de alterar el texto.

Dicir que la santa amistad, mostraba á los mortales algunas veces el engaño, la falsa faz, ó la astuta faz, como propone el

Sr. Hartzenbusch, y siguió Fernandez Cuesta, desvirtúa y confunde por completo lo dicho por Cervántes, y hace aparecer á la santa amistad algo burlona, pues presentando ésta la falsedad, cubierta con el velo de su rectitud, parece que se recreaba en engañar á los mortales con semejantes apariencias.

Donde en este capítulo dice, «el agradecido y nuevo correo», cree el Sr. Hartzenbusch que debe leerse, «apresurado, ó acelerado, ó caritativo, ó agradecible.» Nosotros no creemos que haya necesidad de alterar el texto. Ciento es que Luscinda era la que quedada agradecida por el favor señaladísimo que iba á hacerle aquel buen hombre que, pasando casualmente por su ventana, cuando estaba acongojada no sabiendo cómo hacer llegar á conocimiento de su Cardenio la perfidia de Don Fernando, se brindó á poner por efecto, sin detenimiento alguno, los deseos de la bella joven. Pero si agradecida quedó Luscinda por tan señalado servicio, ¿por qué no podía quedar tambien agradecido el generoso mensajero, y más dada la bondad de sus sentimientos, por el regalo de la sortija de oro y los cien reales que le entregó Luscinda como señal de su gratitud? ¿Puede estar el texto más claro?

CUARTA PARTE  
DEL INGENIOSO HIDALGO  
**DON QUIJOTE**  
**DE LA MANCHA.**

---

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura  
y al barbero sucedió en la misma sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios de ella, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia: la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decía de esta manera:

¡Ay Dios! ¿Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán más agradable compañía harán estos risos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al Cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las

quejas, ni remedio en los males! Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar al dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que de él no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendiéoles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había: y (1) así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo de dos faldas (2) muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia asimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía: acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió, y al querer quitárselas, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura con voz baja: ésta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger (3) y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecía labrador, era mujer, y delicada, y aún la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aún los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que después afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contender con aquella. Los luengos (4) y rubios cabellos, no sólo

(1) La conjunción *y* está suprimida en muchas ediciones.  
Nosotros seguimos el texto primitivo.

(2) Faldas.

(3) Extender, soltar.

(4) Largos.

le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos ; que si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvieron de peine unas manos, que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual, en más admiracion y en más deseo de saber quién era, ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apenás los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, así con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: deteneos, señora, quien quiera que seaís, que los que aquí veis, sólo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, á ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo: lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren; señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo méno para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéreis ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte; que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y de él jamás vistas. Mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio, y dijo: pues que

la soledad dé estas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria más por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre; porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entreteneras. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por si, que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura: y, tornándola á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor de ella, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le veian, con voz reposada y clara, comenzó la historia de su vida de esta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: éste tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. De este señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desejar, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad, que no son tan bajos que puedan afrontarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos rancios, pero tan rancios (1),

(1) *Ricos* dice la edicion príncipe; pero seguimos la variante hecha en la segunda y en las demás por parecernos oportuna.

que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija; y así, por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el Cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayoriales, á capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar un arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que yo tenia en casa de mis padres; la cual, si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infeliz en que ahora me hallo. Es pues el caso, que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa; porque los días que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mí madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apénas veian mis ojos más tierra de aquella donde ponía los piés, con todo ésto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden signalarse, me vieron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que

el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó el color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero que miraron en ello, temieron que le venia aquell accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito (1) á la labrador, imaginando quién ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declarárme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa; dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes; los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches, no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con mémos letras que promesas y juramentos: todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia (2) mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension,

(1) Atentísimamente.

(2) Se opone, dice por errata la edición príncipe y otras. La variante de la Academia es muy aceptable en este caso.

que ellos me casarian luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos; pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba; la cual, si ella fuera como debia, no la supiérais vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente, Don Fernando supo que mis padres andaban por darme casada, por quitarle á él la esperanza de poseerme, ó al menos porque yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis; y fué, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio de estos recatos y prevenciones, y en la soledad de este silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fui poderosa de dar voces, ni aun el creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa compóner de modo que parezcan tan verdaderas. Hacia el traidor que sus lágrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsoedades; pero no de suerte que me moviezen á compasion menos que buena sus lágrimas y suspiros: y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensó que pudiera tener, le dije: si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme de ellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacerla ó decirla, como es posible dejar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan

diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene, ni debe tener imperio, la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labrador, como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enterñecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es (1) pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre de esta desdichada, dijo el desleal caballero, ¿ves? aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos de esta verdad los Cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion, pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabía: sólo dijo: ¡qué! ¿Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oido yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dijese luego, porque si algo le había dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podría llegar que el que tenía acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando Don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficasísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido,

---

(1) Quiere decir: *porque no hay que pensar, porque no es posible pensar*, etc., etc.

puesto que ántes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana vasalla suya; que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien asi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata (1), no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí misma: sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedirle, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshourada y sin disculpa de la culpa que me podia (2) dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto. Porque, ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué; sin yo pensarla, mi perdicion (3), los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente, su disposición y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acom-

(1) Frase que quiere decir: concertar de un modo mal intencionado, fraudulento ó engañoso.

(2) Podrá han puesto muchas ediciones, y las de la Academia. Es una alteración inútil y arbitraria.

(3) *Peticion* se puso por errata en la edición primera y en las siguientes. La Real Academia pone en las suyas: *perdicion*. Variante muy oportuna. Eso escribiría indudablemente Cervantes.

pafiase á los testigos del Cielo: tornó Don Fernando á reíterar y confirmar sus juramentos; añadió á los primeros nuevos Santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometía; volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros; apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aún no tan aprisa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque Don Fernando dió prisa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le había traído, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehe-mencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para más confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto, él se fué, y yo quedé ni sé si triste, ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó, de reñir á mi doncella por la traicion cometida, de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento; porque aun no me determinaba, si era bien, ó mal el que me había sucedido. Dijele al partir á Don Fernando, que por el mismo camino de aquella, podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la iglesia en más de un mes; que en vano me cansé en solicitarlo, puesto que supe que estaba en la villa, y que los más días iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de Don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras qué, en reprension de su atrevimiento, ántes no había oido; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen qué de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decirles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y

adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fué, porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar, como en una ciudad allí cerca se había casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por el dote pudiera aspirar á tan noble casamiento. Dijose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oirla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me había hecho; mas templose esta furia por entonces, con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagalas en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. El, después que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podía suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad, á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenía por hecho, á lo ménos á decir á Don Fernando me dijese con qué alma lo había hecho. Llegué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir: dijome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: dijome, que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el si de ser su esposa le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho, para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba, que ella no podía ser esposa de Don

Fernando, porque lo era de Cardenio, que, á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si había dado el *si* á Don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender, que ella había tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por qué se había (1) quitado la vida: todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual, visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron más: que luego se ausentó Don Fernando, y qué Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más: que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y qué en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándola primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le había hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad; y todos hablaban de ello, y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomase para hallarla. Esto que supe, puso en bando (2) mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á Don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aún no estaba del todo cerrada la puerta á mí remedio, dándome yo á entender que podria ser que el Cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debía, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que

(1) «Se habria» ponen otras ediciones. Efectivamente que Luscinda no se suicidó por más que lo hubiera pensado; pero en el papel que se le encontró, diría las razones por qué se había quitado la vida, dando el hecho por consumado, pues ella no sabia que le sobrevendría el desmayo que le impidió tal vez consumar su cruel designio. No es, por tanto, preciso alterar el texto, sino dejarlo tal como salió en la edición primera.

(2) Es decir: esto que supe, me puso en nuevas dudas é irresoluciones sobre mis esperanzas. *Poner en bando*, es frase que significa: poner en duda, en cuestion, etc.

estaba más obligado á su alma, que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretenér la vida que ya aborrezo. Estando, pues, en la ciudad, sin saber qué hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oídos un público pregon donde se prometía grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traia, y oí decir que se decia, que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me llegó al alma, por ver cuán de cajada andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mivenida, sino añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad corí mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso de esta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería, ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que á su parecer estos yermos le ofrecían, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondía á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza. Pero el justo Cielo, que pocas, ó ninguna veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derumbadero, donde le dejé, ui sé si muerto, ó si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar, que está en las entrañas de esta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació

en él el mismo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero, ni barranco de donde despeñar y despistar (1) al amo, como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente dejarle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al Cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir de ella, ó (2) para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria de esta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murture en la suya y en las ajenas tierras.

### NOTAS.

Hablando Dorotea en este capítulo del ínicuo proceder de Don Fernando, dice que parecia «heredero de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon»; palabras oportunísimas para demostrar la falsía y conducta detestable de aquel caballero calavera. Ya en el anterior capítulo le comparó tambien Cardeño, á Vellido por lo traidor, á Galalon por lo embustero, á Mario por lo ambicioso, por cruel á Catilina, por facineroso á Sila, por vengativo á Julian, y por codicioso á Júdas. ¡Qué bien aplicados estos calificativos á personajes que tan triste renombre consiguieron en las historias, y cómo se patentiza una vez más la ini-

---

(1) Aquí significa este verbo, matar. Despenar, en el recto significado, vale tanto como libertar á alguno de pena. Eso queria hacer Dorotea con el ganadero, despeñándolo, para que concluyesen con su muerte sus lascivas penas.

(2) La disyuntiva ó falta en la edición primera por error de caja.

mitable propiedad con que Cervantes escribia! Ambicioso fué efectivamente Mario, aquel rival de Sila, que por dominar solo en Roma lo hubiera sacrificado todo si la muerte no le hubiera atajado en sus proyectos: facineroso fué Sila, el enemigo á muerte de Mario, el que no supo despues de sus triunfos más que asesinar sin compasion y saciarse con sangre humana: codicioso fué Judas, pues por la codicia de una miserable cantidad, vendió á su Maestro Jesúz, á quien solamente era deudor de agradecimientos: vengativo fué el coñde Don Julian, quién, resentido contra el rey Don Rodrigo, segun se cuenta, por haber ofendido á su hija Florinda, llevó su venganza al extremo de entregar á España á las huestes mahometanas: cruel fué Catilina, aquel espíritu inquieto de la república romana, aquel encarnizado enemigo de Ciceron, aquel hombre que sacrificó á muchos de sus conciudadanos, y murió él mismo, por defender su egoismo y sus ambiciones personales con crueldad y con desesperacion malditas: traidor fué Vellido, pues fingiendo lealtad y blasonando de honradez, cometió la felonía de asesinar traidoramente, durante el cerco de Zamora, al rey Don Sancho; y embustero fué, en fin, Galalon, quien con sus embustes indispuso muchas veces á Carlo Magno con algunos de los doce pares de Francia, y quien vendió y entregó en manos de sus enemigos, segun las crónicas y los romances, á aquellos paladines esforzados.

El Sr. Hartzenbusch en sus caprichosas variantes al texto de *El Quijote* propone que donde en este capítulo dice: «Traia (Dorothea) un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una tohalla blanca», se lea: «Traia un capotillo pardo de dos haldas, no muy ceñido al cuerpo, con una correa blanca ó blanda.» Alteracion impropria, y que no debe ser aceptada nunca. Que Dorothea ciñese á su cuerpo el capotillo con una tohalla, es tan explicable, cuanto que algunas debia de traer entre las prendas que sacó de su casa cuando se fugó de ella. Correa blanca ó blanda, tal vez no tendria; pero tohalla sí, y es muy posible que de ella echase mano para ceñirse el capotillo. El texto está muy claro. ¿Para qué alterarlo?

Asimismo cree el Sr. Hartzenbusch que donde dice en este capítulo: «Al movimiento que hicieron de ponerse en pié», debe leerse: «Al movimiento y ruido que hicieron». ¡Como si al decir

movimiento no se dijera que habian de haber producido ruido! No vemos razon ninguna para alterar el texto.

Donde dice: «En el desposorio de su hija», cree el Sr. Hartzenbusch, que escribiría Cervántes: «En el desposorio de Luscinda ó de la hija». Equivocacion manifiesta del sabio crítico. Tres líneas ántes se habla de los padres de Luscinda: bien pudo decirse, hablando del casamiento de ésta, «en el desposorio de su hija». Era elegante y discreto hacerlo así. Lo demás seria una repeticion censurable.

Para que se vea con cuánta razon rechazamos todas las variantes inoportunas presentadas y seguidas por algunos criticos, vamos á fijarnos, además de las anteriores, en otras dos, que se han querido introducir, ó se han introducido en este capítulo.

Una de ellas consiste en que, donde dice en el texto que Dorotea reprendió al cabrero «con feas y justas palabras», propone el Sr. Clemencin que se lean fuertes, ó severas, ó recias palabras, pues, segun su criterio, «palabras feas no son propias de mujer bien criada». No adoptamos la variante ni la creemos aceptable. Palabras feas no significa palabras malsanas, palabras indecorosas, palabras soeces: significa sólo palabras de indignacion ó de desagrado. Están perfecta y propiamente empleadas y aplicadas.

Lo mismo pasa con otra variante introducida por el Sr. Fernández Cuesta en su edicion de *El Quijote* (Madrid: 1864). Donde dice Dorotea: «mis fuerzas ó mis disculpas», se puso: «mis fuerzas ó mis repulsas». ¿Á qué esa variante? Dorotea, ya descubierta como mujer por su amo el ganadero, no quiso esperar las consecuencias, que siempre habian de ser fatales para su recato y delicadeza en aquellas soledades. Se alejó de donde se encontraba su amo, porque en sus fuerzas no confiaba para rechazar sus violencias, y en sus disculpas ménos las hallaba, pues al querer disculpar sus actos pasados y el desliz cometido con Don Fernando, ¿qué hubiera hecho sino incitar más señaladamente la mala intencion y lascivia de aquel bellaco? «Disculpas» debe, pues, de conservarse en el texto, y no «repulsas».

## CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto (1).

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchásteis, las palabras que oísteis, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y, considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio de ella. Sólo os ruego (lo que con facilidad podreis y debeis hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan; que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura que seré de ellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser (2) vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mío ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: en fin, señora ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán dé poco era el que le nombraba, porque ya se

---

(1) En la edición primera y en todas las impresas ántes de 1780 el epígrafe de este capítulo estaba puesto en el siguiente, y en éste el de aquél. La Academia notó la falta, y la corrigió. ¡Ojalá hubiera siempre procedido tan discretamente!

(2) «De su vista», pone el Sr. Clemencin en su edición.

ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido. Y así le dijo: ¿y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? Porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel, que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al Cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea (1), soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufriimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dejé la casa y la pacien-  
cia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y viniese á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallarlos, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aún podria ser que á entrambos nos tuviése el Cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestra, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el Cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enajenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvaria-  
das imaginaciones, suplicoos, señora, que tomeis otra resolu-  
cion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano, de no desamparos hasta veros en poder de Don Fernando, y que cuan-  
do con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser ca-  
ballero, y poder con justo título desafiarle en razon de la sin-

(I) «Teodora», dice por errata de caja la edición primera.

razon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al Cielo, por acudir en la tierra á los vuestrlos. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos; mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecía. El barbero, que á todo había estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que allí los había traído, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero que había ido á buscarle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quijote había tenido, y contóla á los demás; mas no supo decir por qué causa fué su cuestión. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo como le había hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que, puesto que le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido, que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hubiese hecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corría peligro de no venir á ser Emperador como estaba obligado, ni áun Arzobispo, que era lo ménos que podía ser. Por eso, que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenía pensado para remedio de Don Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea, que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural y que la dejassen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento; porque ella había leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian

las doncellas quitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester más, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra; que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó Inego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y más, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de haberlo menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechara; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y así preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan hermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquello andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es (como quien no dice nada), es la heredera por linea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestra amo á pedirle un don, el cual es, que le deshaga un tuerto, ó agravio que un mal gigante le tiene hecho, y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido á buscarle esta Princesa. Dicha busqueda y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza, y más si mi amo es tan venturoso que deshaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hí de puta de ese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta Princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer é hijos, seria nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está en qué mi amo se

case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque, llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mismo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderios: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que había de venir á ser Emperador. Ya en esto se había puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocía al licenciado, ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir á ser Emperador su amo, puesto que ni el cura, ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le accordase á Don Quijote la pendencia que con Cardenio había tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia; y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que había de hacer Dorotea; á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren (1), siguiéndole el bien barbado barbero. Y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le habló en esta guisa (2): de aquí no me levantaré, oh valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agravuada doncella que el sol ha visto: y si es

---

(1) Caballo.

(2) Modo, manera, forma.

que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes (1) tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi Rey, de mi patria y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño, ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito (2) le dijo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada: sólo es matar á un gigantazo, y ésta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo. Y volviéndose á la doncella, dijo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote, y así podeis, señora, desde hoy más desechar la melaacooia que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con la ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones (3) que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugró con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; ántes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriése (4) las cinchas á Rocinante y le arma-

(1) Lejanas.

(2) Muy quedito, muy en voz baja.

(3) Aquí significa: malvados, perversos.

(4) Es decir, que examinase, que reconociese las cinchas.

se luego al punto. Sancho descolgó las armas que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la mano (1) á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la perdida del rucio con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy á pique de ser Emperador, porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon: sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros. Á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dijose á sí mismo: ¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¡Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título, ó algun oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? ¡No sino dormios, y no tengais ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dáceme esas pajas (2)! ¡Por Dios que los he de volar chieo con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos, ó amarillos! ¡Llegaos, que me mamo el dedo! Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban; y fué, que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y

(1) «De la otra mano», dice la edición príncipe, y todas las ediciones que hemos repasado. Pero la palabra «otro» está demasiado en el texto, y la suprimimos, como ya se suprimió muy oportunamente en la edición de Bruselas de 1607.

(2) En un momento, en un instante.

vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares, no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra, y así como salió de ella Don Quijote y sus camardas, el cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo; y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces: ¡para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota, Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes! Y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, é hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia: déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores hazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una de estas mulas de estos señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y áun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto (1). Aún no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió Don Quijote, y yo sé, que mi señora la Princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa, y tambien sé, que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que

---

(1) Alcalá de Henares, patria de Cervántes.

no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto, convidió al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar. Y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de Maese Nicolás, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habían derribado las muelas. Don Quijote como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caido, dijo: ¡vive Dios que es gran milagro éste! Las barbas le han derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta! El cura, que vió el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas adonde yacia Maese Nicolás dando aún voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo (1) apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes, de que se admiró Don Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo; que él entendía que su virtud á más que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á más que barbas aprovechaba. Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasión. Concertáronse, que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos lo tres á caballo; es á saber, Don Quijote, la Princesa y el cura, y los tres á pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde más gusto le diere, y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: ¿hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella,

---

(2) Ensalmo, como define la Academia, es el modo supersticioso de curar con oraciones y aplicación de varias medicinas.

que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí, y así dijo: si señor, hágase ese reino es mi camino. Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartajena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mío, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos, así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No más; cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis eustas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sé decir, señora mía, que ora tenga valor, ó no, el que tuviere, ó no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida. Y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga, qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, y tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y Mae-se Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mío, que ha muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos, que no pasen (1) de sesenta mil pesos ensayados (2), que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérse las postizas, y aún á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de los guardas los soltó á todos: y sin

(1) «Que no pasan», dice la primera edición y casi todas. Clemencín corrigió: «que no pasen». Variante muy acertada. Así escribiría Cervantes indudablemente.

(2) Es decir, buenos, probados, de buena ley.

duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus piés (1), poner en alboroto la Santa Hermanad, que habia muchos años que reposaba: quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote, al cual se le mudaba el color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos, pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

## COMENTARIO.

La historia amorosa de Cardenio y Luscinda con la perfidia y falsa amistad de Don Fernando y desventuras de Dorotea, es uno de los más bellos episodios que introdujo Cervántes en su admirable obra, y á la vez que la presta mayor vida, variedad y animacion con ellos, ofrece asimismo en todos una enseñanza saludable y un ejemplo moral muy provechoso.

Propúsose Cervántes describir los funestos resultados, las perturbaciones, las desdichas que produce la depravada conducta de un jóven licencioso é irreflexivo, y consiguelo cumplidamente relatándonos los procederes, por lo general detestables, de Don Fernando. Falso siempre, así se burla de la verdadera amistad que Cardenio le profesaba, como del recato de la desgraciada

(1) Piés de las galeras eran efectivamente los condenados á aquellas, pues movian los remos.

Dorotea, quien pierde su honra y su felicidad dando oídos á sus palabras engañadoras. Entregado Don Fernando al vicio, nada le detiene en el camino de las imprudencias, y ni la amistad, ni el pudor, ni el respeto á su familia, le retraen de poner por obra sus licenciosos pensamientos. Pero al efectuarlos aquel jóven, sin miramientos ni consideraciones á nada, ¡cuántos males causa, cuántos desasosiegos introduce, cuántos disgustos ocasiona, y cuántas penalidades y perturbaciones y zozobras!

Dorotea, aquella jóven tan hermosa, y tan feliz hasta entonces, abandona su morada, huye de su pueblo, su deshonra se hace pública, y su conducta llena de sufrimiento y dolor los corazones de sus atribulados y ántes tan venturosos padres. Cardenio queda indignado y suspenso al conocer tanta falsedad y tanta depravacion en su antiguo amigo, ve desvanecidas todas sus esperanzas nobilísimas, siente todo lo horrible de su situacion cuando presencia el no pensado casamiento de su falso amigo con su adorada Luscinda, y agitado por los celos, por el odio, por la desesperacion, huye de la sociedad, y, perdido el juicio, vive del modo más deplorable y misero en las asperezas de sitios agrestes, y alejado de toda comunicacion humana. Luscinda, que tan entrañablemente amaba á Cardenio, vése obligada á dar su mano á Don Fernando, que era á quien sus padres tenian en mayor estima por la riqueza y nombre de su familia, y sufre indeciblemente viéndose forzada en su voluntad, contrariada en sus deseos, y al fin sacrificada á la tiránica determinacion de los autores de sus dias. Y por ultimo, los padres mismos de Luscinda, ¡cuánto no sufren despues del malhadado desposorio de su hija con Don Fernando, tornándose todas las esperadas alegrías en presentes lloros, sobresaltos y congojas!

¡Cuán funestos resultados los de la licenciosa conducta de un jóven calavera, de un falso amigo, de una persona entregada por completo á la mentira y al vicio como Don Fernando! ¡Y cuán perfectamente los presenta Cervantes en el relato referido para enseñanza y para ejemplo!

Noble y generoso en todo Cervantes, deseoso siempre de ofrecer la reparacion despues del mal, nos presentará en sucesivos capítulos un desenlace ingenioso y feliz de los acontecimientos que forman este drama de amor en que actuan Don Fernando y Dorotea, Cardenio y Luscinda; pero ampliamente deja ántes demostrado que, para llegar á ese resultado satisfactorio, rarísimo

en casos como el presente, hay que pasar por muchas expiaciones, desventuras y peligros, y que sólo en la práctica de las buenas acciones, de los nobles actos, de la verdad, de la rectitud, de la leal correspondencia amistosa, y del pundonor y desinterés pueden hallar su reposo y su ventura las sociedades y las familias.

---

### NOTAS.

Donde en este capítulo dice Don Quijote, hablando con el cura: «aún no caia yo en tanto», opina el Sr. Hartzenbusch que debe leerse, y que probablemente escribiría Cervantes: «aún no sería eso decente». Y el Sr. Fernandez Cuesta ha variado el texto genuino, poniendo en su edición de *El Quijote*: «Aún eso no consiento». Entrambas variantes son inaceptables é innecesarias. Habiendo encontrado Don Quijote al cura Pedro Perez en las asperezas de Sierra Morena, no bien le conoce, quiere aparecerse de su caballo para que el cura camine en él; pero éste, correspondiendo con corteses palabras al ofrecimiento del noble hidalgo, no acepta, y dice que le bastará subir á las ancas de una de las mulas de las personas que le acompañaban, y que haría cuenta que iba «caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque que aún hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto». «Aún no caia yo en tanto», añade con mucha oportunidad Don Quijote, llevado de su entusiasmo por todos los recuerdos y citas que convenían con su caballerescas imaginaciones. Como si dijera: ¡Es verdad! ¡Muy oportunos recuerdos los que vuestra merced hace! ¡Á fe que eso era de esperar de vuestro buen ingenio y discrecion! ¡Y yo no me había acordado aún de semejantes lances! Y á seguida propone que el cura vaya montado en una mula, y no como su modestia quería, sino como su

dignidad demandaba. El texto está, pues, muy claro. No hay precision de alterarlo.

Dice en este capítulo Cervántes: «Tan cortés y tan cortesano.» Y dice en una de sus notas el Sr. Hartzenbusch: «*Cortés y cortesano* viene á ser lo mismo: tan *cristiano* escribiría Cervántes, porque se trataba de obsequiar á un sacerdote.» Variante inopportunísima. *Cortés y cortesano* es lo propio, lo justo, y lo que debe conservarse, tal como se halla en el texto primitivo. Se puede ser cortés, es decir, atento, afable, comedido, urbano, sin ser cortesano, es decir, sin ser de la corte, sin estar habituado á las ceremonias y prescripciones y reglas de los que viven en la corte, de lo que pertenece á la corte, que es lo que ha significado, y significa hasta ahora, *cortesano*. No hay precision de alterar el texto, poniendo: «*cristiano*». Sentimos mucho que el Sr. Hartzenbúsch, siendo uno de los más antiguos individuos de la Real Academia Española no haya procurado ántes que tan sabio Cuerpo literario pusiese los dos vocablos con sus verdaderos, legítimos y exactos significados. Nosotros nos atenemos á lo que consta oficialmente en el Diccionario de la lengua, y á lo que el buen criterio prescribe. *Cortés* no es sinónimo de *cortesano*.

Donde dice: «dejé la casa y la paciencia», opina el Sr. Hartzenbusch qué debe decir: «la casa y la ciudad ó la población». Nos parece inútil y hasta arbitraria tal variante. Paciencia había tenido en verdad el desventurado Cardenio para ver todo lo referente al desposorio de Luscinda con Don Fernando; pero hubo un momento en que su indignacion y sufrimiento llegaron á un punto en que perdió la calma, y por no cometer acto alguno indigno del recato de su adorada, dejó de tener paciencia y huyó de la ciudad donde vivía Luscinda, refugiándose, como único asilo de sus malaventurados pensamientos, en los bosques.

## CAPÍTULO XXX.

**Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.**

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: ¡pues mia fe (1), señor licenciado, el que hizo esa hazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije ántes, y le avisé, que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos! Majadero, dijo á esta sazon Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afigidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias: sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sartá de gente mohina y desdichada, é hice con ellos lo qué mi religion me pide, y lo demás allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hi de puta y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene. Y esto dijo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacia de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla (2) del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado (3) humor de Don Quijote, y que todos hacian burla de él, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos; y viéndole tan enojado, le dijo: señor caballero, miémbresele (4) á la (5) vuestra merced el don que me tiene pro-

(1) *Mia fe*, vale tanto como á *fe mia*, por *mi vida*.

(2) Repararla, componerla.

(3) Aquí el adjetivo *menguado*, significa *loco, desvariado*.

(4) Vérbo anticuado, que significa *acordarse*.

(5) El articulo *la* lo han suprimido sin necesidad todas las ediciones, inclusas las de la Academia. Dejamos el texto como está en la edición príncipe.

metido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegu vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y áun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el cura, y áun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera, que ya en mi pecho se habia levantado, é iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago de este buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió Don Quijote; á lo que respondió Dorotea: pues asi es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dichò esto, cuando Cardenio y el bárbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea , y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo. Y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir de esta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman...y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que áun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la reina Xaramilla, había de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien

habia de pasar de esta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande isla (1), que casi alinda (2) con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca (3) vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendía, jamás pensaba que me vendría á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado (4) que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si qüería excusar la muerte y total destrucción de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quijote diría, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo más, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero; ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que

(1) Isla.

(2) Linda. Es decir, que casi se tocaban los límites de la grande isla y del imaginario reino de Dorotea.

(3) Espantable, terrible, que infundia pavor y miedo.

(4) «Desmedido, fuera de lo comun», como define el Diccionario de la Academia.

quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dejó profetizado. ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espínazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco: basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne. Y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encenderme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha, pues apénas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quijote, sino es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano, y dijo: debe de querer decir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced, fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura, y prosiga vuestra Majestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que, finalmente, mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino; pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevere, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas, ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi reino, junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto Don Quijote. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar, y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho. ¡Para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado! ¡Pues monta que es mala la Reina! Así se me vuelvan

las pulgas de la cama! Y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibía por su Reina y señora. ¿Quién no había de reir de los circustantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el Cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradeciósela Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: sólo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mí reino, no me ha quedado sino sólo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro; y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habréis (1) notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento; que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí, oh alta y valerosa señora, dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con la ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos de esta, no quiero decir buena, espada, merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y después de habérsela tajado y puéstos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por (2) aquella.... y no digo más, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz, dijo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio.

(1) *Habeis*, ponen las ediciones de la Academia, alterando el texto por el capricho reprobable de alterarlo.

(2) «A aquella», dice por errata la edición primera; errata que corrigieron las sucesivas.

¡Pues cómo! ¿Es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aún con la mitad, y aún estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante. Así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo. Cásese, cásese, luego, encomiéndole ya á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo Rey, hágame Marqués, ó Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo! Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzaon, sin hablarle palabra á Sancho, y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitará allí la vida. ¿Pensais, le dijo, á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea! ¿Y no sabeis vos, gañan, faquin (1), belitre (2), que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina (3) ¿y quién pensais que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos Marqués (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Oh, hija puta bellaco, y como sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detrás del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo: cásese vuestra merced una por

(1) Ganapan.

(2) Pícaro, pervertido.

(3) De lengua de víbora, de lengua malvada.

una con esta Reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del Cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo, que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrabbas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo Don Quijote. ¿Pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dijo Don Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar, siempre es primer movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo Don Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo más. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el Cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrarlo. No haya más, dijo Dorotea, corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedidle perdon, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servirla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un Príncipe. Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y después que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dijo á Sancho, que se adelantase un poco, que tenia que preguntarle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y dijole Don Quijote: despues que viniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la repuesta que trajiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de ahora más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche,

que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, áunque en ella no la haya, sólo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote, que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: á pecado nuevo, penitencia nueva (1). Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre, caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano: pero Sancho Panza, que do quiera que veía asnos, se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho, y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: ¡ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo! No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: ¿cómo has estada, bien mio, ruecio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo, que no por eso anulaba la póliza (2) de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea, que había andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad de él, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leerlos; pero que no

(1) Desde esta palabra, hasta donde dice: «En tanto que los dos iban en estas pláticas», no las pusieron los cajistas en la primera edición, pasando con este párrafo idénticamente lo mismo que con los otros de que ya hablamos en la observación de la página 6 de este tomo, á donde remitimos al lector. En la segunda edición de *El Quijote*, hecha en el mismo año de 1605 en Madrid por Juan de la Cuesta, ya se añadió este párrafo, como los otros referentes al robo del rucio por Ginés de Pasamonte.

(2) La céduela de cambio, la libranza.

sabia ella dónde eran las provincias, ni puertos de mar, y que así había dicho á tiento que se había desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, conque se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas esas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necesidades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura: que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echémos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo, y cuándo hailaste á Dulcinea? ¿Qué hacia? ¿Qué lá dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas, ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármelo. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos días de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras de ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristán que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leido tan linda carta, como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote. No señor, respondió Sancho, porque después que la di, como ví que no había de ser de más provecho, dí en olvidarla; y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana Señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura*. Y en medio de estas dos cosas, le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.

## NOTAS.

El Sr. Clemencin en sus notas á *El Quijote* dice que donde en el texto se escribe: «debida, satisfecha y entera venganza», parece más propio que Cervántes pondria: «satisfaccion, ó satisfactoria». No vemos razon alguna para semejante reparo. «Satisfacción y entera venganza» es frase clarísima. No es tan propia por cierto la palabra *satisfactoria* como *satisficha* aplicada al sustantivo *venganza*. *Satisficha venganza*; es decir, *cumplidísima venganza*. ¿A qué alterar el texto?

\*

En la edición hecha en Madrid en 1865, bajo la dirección del Sr. Fernández Cuesta, se puso: «en desprecio de vuestra merced», donde en este capítulo dice en la edición primitiva y en casi todas: «en despecho de vuestra merced», creyendo el mencionado literato que así escribió Cervántes. Nosotros creemos que el señor Fernández Cuesta está en un error, y que Cervántes escribió «en despecho de vuestra merced», que es lo propio y lo explicable. «En despecho de vuestra merced», significa: «en indignación, en pena, en desesperación de vuestra merced». Por eso dice Dorothea, con mucha propiedad, que si el cura hubiese sabido que los galeotes habían sido puestos en libertad por Don Quijote, no hubiera dicho palabra que en despecho de tan ilustre caballero redundara; es decir, que no hubiera dicho la menor frase que le causase pena ó indignación. ¿A qué, pues, esa alteración de «desprecio» por «despecho»?

## CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste, ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino aechando (1) dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, qué los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal (2), ó trechel (3)? No era sino rubion (4), respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que aechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna: pero pasa adelante. Cuando le diste mi carta ¿besóla? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿Ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y dijome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar (5) todo lo que aquí está. Discreta señora, dijo Don Quijote, eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios

(1) Limpiando, cerniendo, cribando.

(2) El trigo de superior calidad, el mejor.

(3) «Trigo rubio ó algo moreno», define la Academia.

(4) Este adjetivo, dice el Diccionario de la Academia, «se aplica á una casta de trigo llamado así por el color de sus granos rubios, que le distingue del trigo blanco ó candeal y de otros».

(5) Cernir, zarandear.

pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó 'nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba, haciendo pénitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe, que me lleva á mí más de un coto (1). Pues cómo, Sancho, dijo Don Quijote ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo. ¡Pues es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de (2) gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á darle nombre, digo un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser, que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quijote, hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviarlo al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería

(1) Más de un palmo, quiere decir Sancho con su habitual exageracion.

(2) «Mil millones y gracias del alma», dijeron por errata las ediciones primitivas. La variante de la Academia ha sido aquí muy oportuna.

dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo, que dijese á vuestra merced, que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego, luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia nō le sucediese, porque tenía gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced *El Caballero de la Triste Figura*. Preguntéle si había ido allá el vizcaíno de márras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotes; mas díjome que no había visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta ahora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí te llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias (1), en agraciadoimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando de ella me despedí; y aún por más señas, era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo Don Quijote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser, porque no la tendría allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua (2); yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y viniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy á entender, que aquel sabio nigromante (3) que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería

(1) Regalo.

(2) Significa este refran que lo útil siempre viene bien, aunque sea tarde.

(3) El que «ejecuta cosas extrañas y preternaturales por medio de la invocación del demonio y pacto con él», según el Diccionario de la Academia.

buen caballero andante; digo, que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio de estos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia más de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar, uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago (1), ó con algun fiero vestiglo (2), ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cato (3), asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría de estos sabios encantadores, que tienen cuidado de estos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer, que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así seria, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos. ¡Y cómo si llevaba azogue, dijo Don Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja! Pero dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? Que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa. Pero lo que pienso hacer, será caminar aprisa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa paci-

(1) *Lendirago* dice por errata la primera edición. La descripción de un Endriago la hemos ofrecido en la nota 3.<sup>a</sup> del capítulo XXV de esta edición.

(2) *Vestiglo* significa *monstruo horrible*.

(3) Quiere decir: «y cuando menos me lo imagino, cuando más ajeno estoy de esperarlo», etc.

ficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbran; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redonda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. ¡Ay! dijo Sancho ¡y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascós! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar (1) y perder un tan rico y tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y (2) que más vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió Don Quijote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey en matando al gigante, y tenga cómodo (3) para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adehala (4), ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor de ella, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dádomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á ti? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer de ellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por ahora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que es-

(1) Pisar han puesto algunas ediciones, siguiendo una errata de las 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de Cuesta. No puede darse mayor indiscrecion.

(2) La conjuncion y está suprimida en las más de las ediciones. No hay razon alguna para ello.

(3) Proporcion, posibilidad.

(4) Aquí significa adehala: *gratificacion, recompensa*.

tás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la Princesa que á ver á Dulcinea; y avisote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos partido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo, se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos (1) ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á darle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrabmos? ¡Oh, qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote. Tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber, que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que á servirla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de aceptarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor, por si solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo Don Quijote, ¡y qué de discreciones dices á las veces! No parece sino que has estudiado. ¡Pues á fe mia que no sé leer! respondió Sancho. En esto les dió voces Maese Nicolás, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida. Habiase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abra-

---

(1) Palabra antiguada que significa: *rodillas*.

zándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: ¡ay señor mio! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo; y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia, nacian más de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué arenagas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuanto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometí de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al revés? replicó Don Quijote. ¿Luego no te pagó el villano? No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta (1)

---

(1) Burla.

acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró (1) tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo, descargó sobre mí el nublado, de modo, que me parece que no seré más hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que die-re (2), si él ve que no le está bien guardarla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré, que si no te pagaba, que había de ir á buscarle, y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andrés, pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy aprisa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigarle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia conforme al don prometido entrometerse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar, y á prometer de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo de esos juramentos, dijo Andrés. Más quisiera tener ahora con que llegar á Sevilla que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos, para castigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo

---

(1) Me puso, me dejó.

(2) «Que tiene», dijo por errata la edición primera.

de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: toma, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta, ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y áun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andrés asío de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, bajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad, que al partirse dijo á Don Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibáse á levantar Don Quijote para castigarle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguirle. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acabarle de correr del todo.

## COMENTARIO.

Ofrécenos Cervántes en los dos anteriores capítulos la verdadera imagen de lo que la sociedad practica y ha practicado en todos tiempos contra los hombres que salen de la comun esfera; contra los que por su conducta intachable y su alejamiento de la farsa general, parecen locos ó tipos despreciables á los pueblos; y contra los que, predicando la virtud y reverenciándola, son los más declarados enemigos de quienes se entregan al positivismo, á la condescendencia, á la exagerada bondad.

Nos presenta Cervántes en persona de Don Quijote, la sublime enseñanza de un hombre, que, viendo con pena las miserias en que se revolvían sus contemporáneos, se aleja de ellos y de la sociedad por completo, y se refugia en solitarios parajes para for-

talecerse allí con los recuerdos de su imaginacion noble y entusiasta en sus ideas de bien contra los desprecios y las injusticias de sus desventurados coetáneos. Pero éstos, ni aún entonces le dejan tranquilo. Él huye de la sociedad y la abandona; y los que le han visto marchar, los que le compadecen, los que desean el restablecimiento de su juicio, los que se dicen sus amigos, so pretexto de reducirle á mejor condicion de la que estaba, fraguan modos y formas de sacarle de su voluntaria soledad, tan extraordinarios y reprendibles por lo grotescos, que ántes le dañan que le sirven para remedio de su pretendida locura.

Y cuando accede ese hombre de bien á salir de su retiro, engañado por las lisonjeras palabras de algunas personas interesadas por diversas causas en tal empresa, ¿qué obtiene? ¿Qué consigue? Sufre nuevos desengaños, nuevas ingratitudes, nuevas defucciones, nuevas ofensas, como pasa al héroe de la novela de Cervántes.

En tiempos del insigne escritor, como casi siempre, el positivismo, la gente que se cree ella misma ilustrada, la que se deja inspirar por ésta, y todas las clases de la sociedad, no sabian ni saben admirar, ni apreciar siquiera, la conducta de las inteligencias superiores. Estas son generalmente retraidas, graves, y sus acciones están fuera del alcance del vulgo ignorante y aún del vulgo instruido. ¿Qué mucho que no comprendiendo las determinaciones extrañas y grandiosas que inspiran al Genio su elevacion misma, hablen contra él, y quieran separarle de la linea que en su sabiduría se ha trazado para llégar á la realizacion de sus fines? ¿Ni qué extraño que los desagradecidos, á quienes el hombre de bien y pondonoroso ha tratado de aliviar en su triste suerte, aunque con diverso resultado del que deseaba su corazon nobilísimo, hablen contra sus mismos defensores, como vemos desgraciadamente con el deslenguado é ingrato Andrés en presencia del caballeroso Don Quijote?

Sarcasmos, sátiras, burlas, engaños, he aquí lo que la sociedad practica para con los hombres que por su inteligencia, por su virtud, ó por sus magnánimas determinaciones, descuellan entre sus contemporáneos: triste suerte á la verdad que persigue á los caractéres eminentes, con tanta mayor insistencia y残酷, cuantos más grandiosos son sus pensamientos y más alejados se hallan éstos de las comprensiones vulgares y preocupadas: que sólo encuentran aquellos alivio y compensacion muy grata en el

aplauso de las conciencias honradas y en la veneracion unánime y justísima de la posteridad.

## NOTAS.

Donde en este capítulo dice: «Tan bien andantes sean ellos, para castigo, como lo han sido para conmigo», han puesto todas las ediciones desde la tercera de Cuesta (1608): «Tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo». La alteracion es inútil, y así hemos restablecido el texto primitivo. Dice Andrés, hablando de los caballeros andantes, que deseaba que fuesen tan bien andantes, para castigo, como lo habian sido para él; es decir, que así como á él, segun su desagradecido juicio y equivocado dictámen, le había reportado más daño que bien con su favor y socorro un caballero andante, ojalá que todos, para castigo, para escarmiento, siempre saliesen malparados en cuanto emprendiesen ó hicieran. El texto está muy claro.

Dice el Sr. Hartzenbusch que no debe leerse en este capítulo: «quedó corridísimo Don Quijote», sino: «quedó corridillo Don Quijote», porque, segun el ilustre critico, «si Don Quijote no llegó á correrse (ó avergonzarse) del todo, claro es que el superlativo *corridísimo* debe de ser otra voz, que signifique ménos que el positivo *corrido*». No creemos aceptable la variante que desea introducir el Sr. Hartzenbusch. Don Quijote quedó corridísimo de los impropertos de Andrés, es decir, avergonzadísimo. Este superlativo significa que quedó muy avergonzado, muy corrido; pero no corrido del todo, como pretende el Sr. Hartzenbusch. Está bien, por tanto, el texto. No hay que alterarlo.

## CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él les recibió con grave continente y aplauso (1), y dijoles, que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se lo daria de Príncipes. Don Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y faltó de juicio (2). No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: para mí santiguada, que no se ha aún de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza; digo, el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote, que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se había venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por

---

(1) *Aplauso* significa aquí: *gravedad, compostura, prosopopeya*.

(2) «Falto de sueño», ponen las más de las ediciones. ¿Por qué? Faltos de juicio han estado los que tan arbitraria alteración han introducido.

el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enyadado adelante á dar aviso á los de su reino cómo ella iba y llevaba consigo al libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese; y el huesped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertarle, porque más provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes, todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote, y del modo que le habian hallado. La huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, y (1) mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese, qué los libros de caballerías que Don Quijote habia leido, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: no sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo, no hay mejor lectura (2) en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres de ellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos de él más de treinta, y estámossle escuchando con tanto gusto que nos quita mil cañas. A lo menos, de mí sé decir, que cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y días. Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Así es la verdad, dijo Maritornes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la

(1) La conjunción *y* está suprimida en muchas ediciones. Supresión arbitraria.

(2) «Letrado» se puso por errata en la edición primera.

guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos, ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella: tambien yo le escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oirlo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediaríais vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza: sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles que las llaman sus caballeros, tigres y leones y otras mil inmundicias. Y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia que por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera, ó que se vuelva loco. ¡Yo no sé para qué es tanto melindre! ¡Si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa! Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de responderle. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huesped, aquesos libros, que los quiero ver. Qué me place! respondió él, y entrando en su aposento, sacó de él una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro de *Félix Marte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la Vida de Diego García de Paredes*. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero, y dijo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No más, dijo el cura, que estos dos, el de Don Cirongilio y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes, ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan y de ese Diego García, que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y éste

del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y de él solo merecido. Y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante (1) en la entrada de un puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por él, é hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de cronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes. ¡Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero; mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que oí yo de Félix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños! Y otra vez, arremetió con un grandísimo y pederósísimo ejército, donde iban más de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas! Pues qué me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio, sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla, y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dijo tantas cosas que no hay más que oír. ¡Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer! Dos higas (2) para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice! Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: poco

(1) «Espada ancha y con gavilanes muy largos», define la Academia.

(2) Con la frase familiar *dos higas*, quería decir el ventero que para él nada valían, ni significaban, ó que despreciaba ó se burlaba del Gran Capitan y de Diego García de Paredes.

le falta á nuestro huesped para hacer la segunda parte de Don Quijote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segundá indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís, de entretenér el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. ¡Á otro perro con ese hueso! respondió el ventero. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darmel papilla, porque por Dios, que no soy nada blanco (1). ¡Bueno es que quiera darmel vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sean disparates y mentiras, estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio! Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que ello se hace para entretenér nuestros ociosos pensamientos, y así como se consiente en las repúlicas bien concertadas, que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretenér á algunos que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna de estos libros. Y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y áun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huesped Don Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante, que bien veo que áhora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice qne andaban por el mundo estos fa-

---

(1) Bobo, tonto, necio.

mosos caballeros. Á la mitad de esta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necesidades y mentiras; y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo; y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejarle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huesped, y dándoslos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título de esta novela, y que me viene voluntad de leerla toda. Á lo que respondió el ventero: pues bien puede leerla su Reverencia, porque le hago saber, que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérse la á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que, aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues de esa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna de gusto. Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiría, dijo: pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza de esta manera.

**NOTAS.**

Donde en este capítulo dice por errata la edición primera y segunda de Cuesta, hablando el ventero al cura: «habia vuestra merced de leer lo que leyó Félix Marte de Hircania», corrigió la tercera hecha en 1608: «habia vuestra merced de leer lo que lei yo de Félix Marte de Hircania», cuya lección es seguida por todas las ediciones. Pero creemos que aquí debe introducirse una variante para que el texto quede llano. Se ha visto en este mismo capítulo que el ventero no sabía leer: conque mal pudo haber leído el libro donde se relataban las hazañas de Félix Marte. Se lo oiría leer á los segadores; y así, corrigiendo esa equivocación de los cajistas, irreflexivamente seguida, hemos dejado el texto de este modo: «habia vuestra merced de leer lo que oí yo de Félix Marte de Hircania»; variante que creemos será aceptable para todas las personas ilustradas.

Donde en este capítulo dice, en la edición primera y en casi todas: «ejército donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados», cree el Sr. Hartzenbusch que debe leerse: «ejército donde iban más de un millón y seiscientos mil soldados». Esta variante es muy lógica y aceptable, y como tal la hemos seguido en el texto. Félix Marte de Hircania no llevó tan numeroso ejército, sino que peleó contra uno donde iban los referidos combatientes.

## CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos, de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era bastante causa á que los dos con reciproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras si los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y de esta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concordado reloj que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedirla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que descabía, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al Cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó (1) Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejarle y regocijarle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes,

---

(1) Es decir, continuó yendo, continuó frequentando, etc.

comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender áun de los mismos hermanos, cuanto más de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó de él quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicarle como solia, que jamás lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto, ni otra voluntad, que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivez. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario, para persuadirle volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó sastisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba (1) en más que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el Cielo había concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se conciersta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien más satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le ad-

---

(1) «Estaba», dice la edición príncipe; pero es variante muy admisible la que dejamos.

virtiese de los descuidos que en su proceder hiciese; porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte, ó no la dice por no enojarla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacerlas, ó no, le seria de honra, ó de vituperio: de lo cual, siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. ¿Pero dónde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto: sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar (1), frisar (2), y acortar los días del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal (3) al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenía, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podía poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no quería poner en duda su crédito, ni el de su amigo, y por esto los más de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas, que él daba á entender ser inexcusables. Así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del día. Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

¿Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué días á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria pro-

(1) Diezmar, reducir.

(2) Aquí significa este verbo «comprimir, disminuir»

(3) «Mas», dice por errata en la edición primera. La variante de la Academia es muy aceptable.

curara decirlo á todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarne, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevención ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseó podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer de él, ó ya consejos para entre ellos (1), ó ya remedio para cumplirlos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar, si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro; porque yo tengo para mí, oh amigo, que no es una mujer más buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque, ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que, en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Así que, la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y aquilate en el fuego de verse re-

(1) «Para entretenerlos» ponen casi todas las ediciones, inclusas las de la Academia, pero es variante arbitraria é impropia. El texto está muy claro, y no hay precision de alterarlo. Dice Lotario á su amigo Anselmo que le manifieste sus pensamientos, que él le daria remedio para que los viese cumplidos, ó al menos consejos para entre los dos, es decir, observaciones y advertencias leales de un amigo sobre los propósitos del otro.

querida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos. Y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podrá yo decir que está colmo (1) el vacio de mis deseos: diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio (2) dice, que: ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y presupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dejar de ponerla por obra, quiero, oh amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, á fiar de ti esta tan ardua empreza, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance y rigor, sino á sólo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedare yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio; que bien sé que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia más, despues que le estuvo mirando ya buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo: no me puedo persuadir, oh amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario. El daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser; porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo

{1} Colmado.  
(2) Salomon.

mi amigo, ni las que me pides, se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos, y valérse de ellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*; que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del Cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacer-te, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto; ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra, peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieras que lo sea de tanto mal tuyó, ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Qué me place! dijo Anselmo; dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, oh Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales*. Y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háselas de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aún con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion: y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro

nombre, y áun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo. Mas no me deja usar de este rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo veas, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿Persuadir á una honesta? ¿Ofrecer á una desinteresada? ¿Servir á una prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darla despues, que los que ahora tiene? ¿Ó qué será más despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer de ella lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados, ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de Angeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con

ella como deseas, no has de quedar, ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mismo. Y para confirmacion de esta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las lágrimas de San Pedro, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza  
 En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,  
 Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza  
 De sí mismo, por ver que había pecado:  
 Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza  
 No sólo ha de moverle el sér mirado,  
 Que de sí se avergüenza cuando yerra,  
 Si bien otro no ve que Cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor; ántes tendrás que llorar de continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple Doctor que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos: que puesto que aquello sea fiction poética, tiene en si encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos, é imitados. Cuanto más, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Díme, Anselmo: si el Cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo poseedor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un yunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar, si es tan duro y tan fino como dicen? Y más si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor, ni más fama: y si se rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdía todo? Si por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu

estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quedé con su entereza, no puede subir á más valor del que ahora tiene, y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedarias sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mismo, por haber sido causa de su perdicion y la tuyas. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que de ellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejarle el camino de cuaiquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales (1), que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores, usan de este artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeándole (2) le encaminan hacia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes; porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por si misma atropellar y pasar por aquellos embárazos: y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en si la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquier aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee, ni manosee;

---

(1) Los naturalistas, significa aquí esta palabra.

(2) Espantándole.

basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo éstas:

Es de vidrio la mujer;  
 Pero no se ha de probar  
 Si se puede, ó no quebrar,  
 Porque todo podria ser.  
 Y es más fácil el quebrarse,  
 Y no es cordura ponerse  
 Á peligro de romperse  
 Lo que no puede soldarse.  
 Y en esta opinion estén  
 Todos, y en razon la fundo,  
 Que si hay Dánaes en el mundo,  
 Hay pluvias (1) de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho, oh Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y áun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieras quitar á mí, está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obligan. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirla mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada, te toca á tí como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adultera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasión para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato, estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo; y en cierta manera le miran los que la maldad

---

(1) Lluvias.

de su mujer saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oírme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primer padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y así como Adán despertó y la miró, dijo: esta es carne de mi carne y huesos de mis huesos. Y Dios dijo: porestá dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma: y entonces fué instituido el divino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne, y aún hace más en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad. Y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procura (1), redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; porque así como el dolor del pie, ó de cualquier miembro del cuerpo humano lo siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se lo halla causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella. Y como las horas y deshoras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean de este género, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira, pues, oh Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuán vana é impertinente curiosidad quierces revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte, que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes

---

(1) Aquí significa el verbo *procurar*, *buscar*, *solicitar*, *incurrir* por propia voluntad y gusto, y no *incurrir* *involuntariamente* como ha dicho un anotador de *El Quijote*.

buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura; que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimismo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, has de considerar, que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, áun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse: así que, es menester usar de algun artificio para que yo sape, y esto se podia hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con sólo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en práctica esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, conque pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco, ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque más inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con sólo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta (1) voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué más ejemplos traerle, ni qué más razones mostrarle, para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquél negocio de modo que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfe-

---

(2) Resuelta, decidida.

cho; y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaría cuando á él le diese más gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agracióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haría. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba. Y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ausia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir más de lo acostumbrado. Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar á Anselmo, sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibía y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenía. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso; que dentro de hora y media volvería. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila, que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad, ó necesidad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se había ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadrón de caballeros armados. ¡Mirad si era razon que le temiera Lotario! Pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que quería reposar un poco en tanto que Anselmo volvía. Camila le respondió, que mejor reposaría en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como

halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se había tardado tanto, ya habrían tenido los dos lugar para hablar y áun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le había parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no había hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndola que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le había parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa, cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparía en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió, pues, que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondía á Anselmo que la hablaba, y jamás podía sacar de ella una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni áun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba, que si de aquél mal pensamiento no se quitaba, que lo había de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo: hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrézcais, y áun se los deis; y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas y más si son hermosas, por más castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedará satisfecho y no os daré más pesadumbre. Lotario respondió, que ya que había comenzado, que él llevaría hasta el fin aquella empresa, puesto que entendía salir de ella cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas, como á las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo

dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en más de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo: y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira. Y para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había, y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió, que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal corresponde á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada de esta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que áun las primeras la tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dijo más Anselmo; pero bastó lo que había dicho, para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual, casi como tornando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentarle y no mentirle, cual lo veria si con curiosidad lo espiaば: quanto más, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacerle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para darle comodidad más segura y ménos sobresaltada determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no léjos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras, para tener ocasión con Camila de su partida. ¡Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su Cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del Cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahon-

dar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo :

Busco en la muerte la vida,  
Salud en la enfermedad,  
En la prision libertad,  
En lo cerrado salida,  
Y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quien  
Jamás espero algun bien,  
Con el Cielo ha estatuido,  
Que pues lo imposible pido,  
Lo posible áun no me den.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella; que tuviese cuidado de tratarle como á su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido la dejaba, y dijole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo la replicó que aquel era su gusto, y que no tenia más que hacer que bajar la cabeza y obedecerle. Camila dijo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trajo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario la dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha prisa, porque así se lo tenia mandado Camila: y áun tenia órden Leonela, que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenía puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aqucl lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento

de su señora; ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideración comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenía, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, é irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino; llamábase mal amigo y aún mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que más había sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin responderle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en más á Camila: la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasión, ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

**NOTAS.**

El Sr. Hartzenbusch, anotando este capítulo, sostiene que donde en él se dice, hablando Lotario del marido desgraciado: «Sin que haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato, estorbar su desgracia», las palabras *ni en su descuido y poco recato* están fuera de su lugar, «porque tales faltas favorecen más que estorban la desgracia á que se alude». «Mejor sentido, añade el ilustre crítico, haría el periodo, leyendo: Al marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasión, con su descuido y poco recato, para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano estorbar su desgracia, con todo, le llaman.... con nombre de vituperio».

No vemos razon alguna para que tan caprichosa variante se introduzca en el texto, estando tan llano y tan comprensible.

Dice Lotario á su amigo, que el marido de la mujer adúltera siempre es llamado con nombre de vituperio, por más que él esté ajeno de la maldad de su esposa, y á pesar de que no haya estado en su mano estorbar ó impedir la desgracia de su deshonra, á causa de su descuido y poco recato, ó de su excesiva confianza y seguridad en la conducta fiel de su compañera. ¿A qué, pues, alterar el texto?

No ménos inútil es la otra alteración que el mismo Sr. Hartzenbusch propone, para que donde dice: «sea tenido (el marido) por deshonrado, sin que él lo sepa», se ponga: «sea tenido por deshonrado, sin que serlo deba.» Lotario dice á su amigo Anselmo que, siendo el marido «participante de la deshonra de la mujer por ser una misma cosa con ella, y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean de este género, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas, y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa». Es decir, que aunque el marido sea ignorante de la in-

fidelidad de la mujer (cosa bien general por cierto) no por esto deja de quedar deshonrado y llamado con nombre de vituperio ante la sociedad, sin que él sepa que con tal vituperio se le tilda y ridiculiza, así como tambien ignora los viles procederes de su esposa. Está, pues, el texto muy claro; mucho más claro que como el Sr. Hartzenbusch desea corregirlo.

## CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso Impertinente.

«Así como suele decirse, que parece mal el ejército sin su General y el castillo sin su Castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venís, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejásteis, si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que á vos os toca. Y pues sois discreto, no tengo más que deciros, ni áun es bien que más os diga.»

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa, y que Camila debía de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero, porque ni se atrevía á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar qué decir á sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura que la hubiese movido á no guardarle el decoro que debía. Pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuen-

ta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo, y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que la habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia es-  
cuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que co-  
menzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo  
harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen  
muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y  
las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo  
esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le  
pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la  
ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y  
así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura;  
porque no hay cosa que más presto rinda y allane las  
encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mis-  
ma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto,  
él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales  
pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera  
al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario  
con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que  
dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo  
que ménos se pensaba y más descaba. Rindióse Camila, Ca-  
mila se rindió; pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no  
quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra que sólo se ven-  
ce la pasion amorosa con huirla, y que nadie se ha de poner  
á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuer-  
zas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela  
la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir  
los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario de-  
cir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le había da-  
do lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en mé-  
nos su amor, y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de  
propósito, la había solicitado. Volvió de allí á poços dias An-  
selmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que  
era lo que en ménos tenia y más estimaba. Fuése luego á ver  
á Lotario y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno  
preguntó por las nuevas de su vida, ó de su muerte. Las nue-  
vas que te podré dar, oh amigo Anselmo, dijo Lotario, son de  
que tienes una mujer, que dignamente puede ser ejemplo y  
corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que la he  
dicho, se las ha llevado el aire; los ofrecimientos se han teni-  
do en poco; las dádivas, no se han admitido; de algunas lágri-  
mas fingidas mias, se ha hecho burla notable. En resolucion,

así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos; que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el Cielo te dió en suerte, para que en él pasases la mar de este mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar, hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalgüia humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algún oráculo; pero con todo eso le rogó, que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que sólo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama, á quien le había puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia. Y que, cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haría. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas que algunos ratos del año no me visiten. Dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedaron de este acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fué, que le dijese la ocasión por qué le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario huia de verla y de estar con ella á solas. Dijole Anselmo, que bien podía estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la

ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori; y que, aunque no lo estuviera, no había qué temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos. Y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo había dicho á Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas por estar ya advertida, pasó aquél sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocía, seguramente podía decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningún oprobio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud de esta Clori, que dice así:

## SONETO.

En el silencio de la noche, cuando  
Ocupa el dulce sueño á los mortales,  
La pobre cuenta de mis ricos males  
Estoy al Cielo y á mi Clori dando.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando  
Por las rosadas puertas orientales,  
Con suspiros y acentos desiguales  
Voy la antigua querella renovando.

Y cuando el sol de su estrellado asiento  
Derechos rayos á la tierra envia,  
El llanto crece, y doblo los genuidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al tristeuento,  
Y siempre hallo en mí mortal porfia  
Al Cielo sordo, á Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dijo Camila: ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda de eso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acrestar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así, con el gusto que de sus cosas tenía, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella

se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto, ú otros versos sabia, los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, ménos malo, y podréislo bien juzgar, pues es éste:

## SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creido,  
Es más cierto el morir, como es más cierto  
Verme á tus piés, oh bella ingrata, muerto,  
Antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la region de olvido,  
De vida y gloria, y de favor desierto,  
Y allí verse podrá en mi pecho abierto,  
Cómo tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro  
Trance, que me amenaza mi porfía,  
Que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,  
Por mar no usado y peligrosa vía,  
Adonde norte, ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como había hecho el primero, y de esta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra; pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba más honrado: y con esto, todos los escalones que Camila bajaba (1) hacia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: corriida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lótario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar (2) mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse. Y aún suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila,

(1) «Baja», dice por equivocacion la edicion primera.

(2) «Estimar» se puso por errata en la edicion primera. Muy aceptable la variante introducida.

que lo que cuesta poco, se estima en méños. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuelta, y otras anda: con éste corre, y con aquel va despacio; á unos entibia, y á otros abrasa; á unos hiere, y á otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le résista. Y siendo así, ¿de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea, que es la ocasión: de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien más de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora; que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto más, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes, cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no sólo tiene las cuatro *SS* (1) que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A B C entero. Sinó, escúchame, verás como te le digo de coro. El es, segun yo veo, yá mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadívoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto, principal, quantioso, rico, y las SS* que dicen, y luego *tácito, verdadero*: la *X* no le cuadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z, zelador* de tu honra. Rióse Camila del A B C de su doncella, y túvola por más práctica en las cosas de amor que ella decia: y así lo confesó ella, descubriendo á Camila, como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad: de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por

---

(3) Las cuatro eses que han de tener los buenos enamorados, son las siguientes, segun un poeta contemporáneo de Cervántes:  
Sabio, solo, solícito y secreto.

donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á más que serlo. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió, que sí pasaban; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela, no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atreviòse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrirle: que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirlas sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no sólo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido. Pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediará. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: sólo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquier sospecha que de esto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno (1) que bueno fuese, ni aun razonable, sin más ni más, ántes que Anselmo se levantase.

---

(1) «Ninguno», ponen muchas ediciones. Alteracion inútil y arbitraria.

tase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fué á Anselmo, y le dijo: sábete, Anselmo, que ha muchos días que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que más te encubra. Sábete, que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujetá á todo aquello que yo quisiere hacer de ella, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algún liviano antojo suyo, ó si lo hacía por probarme, y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí asimismo que ella, si fuera la que debía y la que entrabmos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solía hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado sino con pensamiento, y podría ser que de éste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento. Y así, ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré (1), para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos, ó tres días, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los míos lo que Camila quiere: y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción, podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oír, porque ya tenía á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir (2) tu consejo; haz lo que quisieras, y guarda aquél

(1) «Daré» ponen algunas ediciones, entre ellas las de la Academia. Mal hecho. No es preciso alterar el texto.

(2) «Hé seguido», ponen muchas ediciones, alterando el texto arbitrariamente.

secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometíoselo Lotario, y en apartándose de él, se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo cuán neciamente había añadido, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para darle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella (1), así como vió que le podía hablar, le dijo: sábed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa. Y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni refiñar, que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentirle que el hombre que había visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y affigirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela: díjole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los celos había dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba. Pidióle perdon de esta locura, y consejo para poder remediarla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le había puesto. Espectada quedó Camila de oír lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que había tenido; pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro

---

(1) «Allí», dice por errata la edición primera. Muy oportuna la variante de la Academia en este caso.

día se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozase sin sobresalto alguno. Y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay más que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese segnir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese, ó buscase otros, que no podrían ser tan buenos. Con esto se fué Lotario; y Anselmo, otro dia, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido, pues, Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer anatomía de las entrañas de su honra, veiase (1) á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apénas hubo puesto los pies en ella Camila, cuando dando un grande suspiro, dijo: ¡ay Leonela, amiga! ¿No seria mejor que ántes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida, ó qui-

---

(1) «Ibase», dice la edicion principe y casi todas, pero en alguna se ha corregido, poniendo: «veiase». Creemos muy lógica esta variante, y la aceptamos.

társela á Lotario? Que cualquiera de estas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar á que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria más mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano (1) ha querido dar á este desuella caras en su casa! Y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer de él despues de muerto? ¿Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso (2) el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese. Pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á éstas semejantes que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dijo: ¿por qué no vas, Leonela, á llamar al más leal (3) amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche?

(1) «Tanto mal» pusieron las tres ediciones de Cuesta. La de Bruselas en 1607 corrigió el texto tal como lo dejamos, y como traen casi todas las hechas despues.

(2) «Descargo» han puesto la mayor parte de las ediciones, incluyas las de la Academia. No hay precision de alterar el texto. Está muy claro el primitivo.

(3) Casi todas las ediciones, despues de la de 1608, han puesto «desleal» en vez de «leal»; pero nosotros dejamos el texto primitivo como se halla, pues hablando Camila irónicamente, está bien aplicado el adjetivo leal, que significa aquí todo lo contrario.

Acaba, corre, aguja, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela, amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa (1) de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡válame Dios! ¿No fuera más acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no sólo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió verganza del que se atrevió á ofenderle. Mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta de esto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar (2) en la carta que le escribí á la aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser, que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara á tanto que las manifuestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto ¡Afuéra, pues, traidores! ¡Aquí venganzas! Entre el falso,

(1) «Causa», dice la edicion príncipe. Muy aceptable en este caso la variante de la Academia.

(2) Es decir, ya se la intenté dar, ya se la procuré dar, etc.

venga, llegue, muera, acabe, y sucediere. Limpia entré en poder del que el Cielo me dió por mio, y limpia he de salir de él, y cuando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vió la amistad en el mundo. Y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detrás de unos tapices donde se había escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecía que lo que había visto y oido era bastante satisfacción para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algún mal repentino suceso. Y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leónela volvia con Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante de ella, le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar de esta raya que ves, ni aún llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que más te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas, si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes, y lo segundo, quiero saber tambien, si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad, y así respondió á Camila de esta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más léjos pudieras entretenerte, porque tanto más fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está más cerca de poseerlo; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo (1) que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años, y no quie-

(1) «Desso», se puso por errata en la edición primera.

ro decir lo que tú tambien sabes de nuestra amistad, por (1) no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por mémos prendas que las tuyas, no habia yo de ir contra lo que debó á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le agravias? Pero ya caigo; ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si nó, dime: ¿cuando, oh traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra, ó señal, que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda, algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien, con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariado pensamiento, es la que más me fatiga y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria más pública mi culpa: pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo,

---

(1) «Por me hacer» se puso en la edición primera. La variante de la Academia es muy oportuna y aceptable.

y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada y que no se dobla; al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas; porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese: la cual, tan vivamente fingía aquel extraño embuste y fealdad, que por darle color de verdad, le quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podía herir (1) á Lotario, ó fingiendo que no podía, dijo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenía asida, la sacó, y guian-  
do su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla (2) del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenía, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentación sobre el cuello de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que había sido causa de haberle puesto en aquel término. Y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas, que el que le oyera, le tuviera mucha más lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirían á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. El respondió, que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: sólo le dijo que pro-

(1) «Haber» puso por errata la edición primera.

(2) «Islilla», segun el Diccionario de la Academia, significa la parte del cuerpo desde el cuadril hasta debajo del brazo.

curase tomarle (1) la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado había de quedar Anselmo, de que tenía por mujer á una segunda Porcia (2), y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo, que tenía en Camila un simulacro (3) de la honestidad. Juutáronse á las palabras de Leonela, otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle, para quitarse la vida que tan aborrecida tenía. Pedia consejo á su doncella, si diría, ó no, todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo cual no podría ser sin mucho riesgo (4) suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasión á su marido á que riñese, sino á quitarle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría; pero que en todo caso convenía buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podía dejar de ver: á lo que Leonela respondía, que ella, ni aun burlando, no sabía mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber, que no me atreveré á forjar, ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es, la podrás encubrir, sin que él la vea, y el Cielo será ser-

(1) Detenerle, atajarle.

(2) Fué hija de Catón de Útica y esposa de Junio Bruto. Cuando supo la muerte de su marido, se quitó la vida.

(3) Aquí significa *simulacro, modelo, dechado*, como ya advirtió Clemencín.

(4) «Ruego», dice la primera edición. Muy oportuna la variante.

vido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demás, déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentisimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la cual con tan extraños y efficaces afectos la representaron los personajes de ella, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, é ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perderla salió, y luego fué á buscar á Lotario, al cual hallado, no se puede bienamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba. Y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así, entre otras razones le dijo, que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirla á él, y que segun esto no habia de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la más alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo. El mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

## NOTAS.

Opina el Sr. Hartzenbusch en una de sus notas á *El Quijote*, que donde dice en este capítulo que Lotario triunfó «de lo que méños se pensaba y más deseaba», debe decir «de que, ó cuando méños se pensaba y más deseaba». Es muy extraño que se presente tal variante, cuando el texto está tan claro. Lotario triunfó de lo que méños se pensaba; es decir, Lotario quedó dueño absoluto del corazon y afecto de Camila, en lo que ménos había pensado siempre; y Lotario triunfó de lo que más deseaba, porque desde que por las imprudencias de su amigo Anselmo fué forzado á hacer el amor á su esposa, se enamoró perdidamente de ella, y deseaba vencer su resistencia, triunfar de su recato y gozar de su singular hermosura.

Donde en el texto dice que cuando Anselmo volvió á su casa «no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en méños tenia y más estimaba», tambien cree el Sr. Hartzenbusch que hay equivocacion, y que debe leerse así: «no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que de méños tenia, ó lo que él ménos temía». No creemos nosotros que hay necesidad de variar el texto, pues lo que de Anselmo se dice es muy explicable y no hay contradiccion alguna entre las palabras: «lo que en méños tenia y más estimaba». «Lo que más estimaba», porque por estimar sobremana la honra de su esposa, por aquilatarla más y más en su concepto con el vencimiento que se esperaba de los asaltos de Lotario, habia convenido con éste que galantease y se ofreciera rendido amante de su mujer: y «lo que en méños tenia» porque á pesar de lo mucho que estimaba la honra de su esposa, parece que era lo que en méños tenia, pues cometia la imprudencia de querer probarla con los galanteos de su amigo, y buscaba su propia deshonra con su misma impertinente curiosidad.

Hablando Leonela en este capítulo del abecedario de los enamorados, dice muy bien que «la X no le cuadra, porque es letra áspera». Pero el Sr. Hartzenbusch afirma que lo que Cervantes escribiría sería «letra aspada, por tener la X figura de aspa, señal infamatoria que se imponía á los penitenciados por la inquisicion.» No creemos conveniente tal variante. Letra áspera se llama la X, porque efectivamente lo era por su pronunciacion gutural en tiempos de Cervantes, y mucho despues. La X se pronunciaba entonces casi siempre como la J, cuando era seguida de las vocales. Por eso escribió Cervantes dexarla por dejarla, Xenofonte por Jenofonte, ximio por jimio, exemplo por ejemplo, dexó por dejó, etc., si bien en algunas voces solia tener el sonido suave de *c s ó g s* que se nota en exámen, exacto, exequias, etc. «Letra áspera» debe, pues, de conservarse en el texto, que es lo propio.

\*

El Sr. Hartzenbusch quiere que donde en este capitulo dice: «¿cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias?» se varíe la palabra *deshechas* por *rechazadas ó desecharadas*. *Deshechas* significa *anuladas, destruidas, refutadas, desvanecidas*. El texto está, pues, clarísimo. ¿Para qué alterarlo?

No son estas las únicas variantes que ha introducido ó desea introducir el docto literato citado en el texto de este capítulo; pero todas son tan poco precisas como las ya refutadas, siendo para nosotros muy sensible el manifestarlo así por la gran admiracion que profesamos al sabio autor de los *Amantes de Teruel*. Mas nuestro propósito de purificar el texto de *El Quijote*, y el justo deseo de que no sean aceptadas variantes que creemos inopportunas, serán bastante disculpa de nuestras refutaciones y reparos.

## CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente (1).

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid señores presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen (2) como si fuera un nabo! ¿Qué dices hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba: ¿estais en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía á voces: tente, ladron, malandrín, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra; y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir (3) la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda

(1) El epígrafe de este capítulo en las ediciones antiguas dice: *Donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente*. La alteración introducida por la Real Academia está muy justificada en esta ocasión, como se desprende de la siguiente advertencia:

«El epígrafe de este capítulo XXXV, en las primeras ediciones dice solamente: *Donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente*, y lo demás está en el capítulo XXXVI, pero fuera de su lugar, porque allí no se trata de la batalla de Don Quijote con los cueros de vino, sino en el XXXV, por lo que en esta edición se ha pasado de aquel á éste la parte que le corresponde.»

(2) A raiz, de raiz.

(3) Separar, dividir, impedir.

alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. ¡Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote, ó Don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre! Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenía en la cabeza un bonetillo colorado grasiendo, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porqué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante. Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y había dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trajo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre, ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el

ventero ¿No ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho; sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flemá del escudero y el maleficio(1) del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas (2) que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á Don Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir de hoy más segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy más soy quito (3) de la palabra que os di, pues con la ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho; sí, que no estaba yo borracho: ¡mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante! ¡Ciertos son los toros! ¡Mi Condado está de moliche! ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino (4) el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y salieronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros; y la ventera decia en voz y en grito: ¡en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que

(1) Maleficio significa el daño ó perjuicio que se causa á otro; así que «el maleficio del señor» vale aquí tanto como el daño ó perjuicio que le habia ocasionado Don Quijote al ventero.

(2) «El pedacito redondo de palo que se pone en los agujeros que se hacen en las botas ó pellejos de vino para que no se salga», segun define el Diccionario de la Academia.

(3) «Quedo libre», «estoy relevado» quiere decir.

(4) Ménos el ventero, á excepcion del ventero, quiere decir.

nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta! La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaría yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor Condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabáse. Él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió, pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia, y para más confirmation de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dijo, que en ninguna manera tal hiciese: y de es-

ta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenía Leonela de verse calificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aún la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo; ántes, ciego de enojo, sacó la daga y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad; si no que la mataría. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: no me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo; si no, muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada: déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar. Y está seguro, que el que saltó por esta ventana, es un mancebo de esta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldría hasta que le dijese lo qué teria que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado, y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela había de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no, y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro (1), ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar

---

(1) En salvo.

seguros. La confusión en que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haría. En fin, acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedía, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él asimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó, y fué adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela: sólo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se había descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razón de lo que pedía. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que de ellos faltaban las más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura. Y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa, y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados, ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábbase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del Cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdición. Resolvióse, en fin, á cabo de una gran pieza (1), de irse á la aldea de su amigo, donde había estado, cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apénas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar (2) su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochecía, y á aquella hora vió que venía un hombre á caballo de la ciudad,

---

(1) A cabo de un gran espacio de tiempo, quiere decir.

(2) Atar por las riendas.

y despues de haberle saludado, le preguntó qué nueyas había en Florencia. El ciudadano respondió: las más extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á (1) San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente como pasó el negocio; sólo sé que toda la ciudad está admirada de este suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedéis, respondió el ciudadano, y fuese.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aún no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hizose asi, y dejáronle acostado y solo, porque él asi lo quiso, y aun que le cerrasen la puerta. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aún la pluma en la mano. Llegóse el huesped á él, habiéndole llamado primero, y trabándose por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente, leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenía estas razones:

---

(1) Cerca de, junto á.

«Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdonó, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese. Y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para qué....»

Hasta aquí escribió Anselmó, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo, á los parientes de Anselmo, de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde había ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un gañán y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer, algo tiene de imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

---

## COMENTARIO.

---

Es sumamente moral la historia de Lotario y Anselmo que en los tres anteriores capítulos se relata. Un marido desconfiado quiere probar la fidelidad de su esposa con ensayos y procedi-

mientos incomprendibles. Insta y obliga á su amigo más leal para que galantee y declare el amor á su esposa. Éste al principio se indigna, rechaza tal proposicion, pero al fin cede al deseo de su amigo, temeroso de que otro no desempeñaría su mision con la delicadeza y tacto que él. Mas al cabo, todos sus buenos propósitos quedan fallidos: la singular belleza de Camila, la ocasión, la lascivia triunfan de la prudencia y del recato, y galantea á la mujer de su amigo, y la vence, y triunfa de la honestidad de ésta y ultraja la buena fe de aquél, sin miramiento á nada, sin reparo, sin temor.

Historia triste y de aterradora enseñanza en que quedan bien demostradas las consecuencias deplorables de querer probar indiscretamente la virtud de la mujer propia. Cuando el marido lleva la imprudencia hasta el punto de instar á un amigo para que haga el amor á su esposa; cuando reprende su timidez; cuando le obliga á galantear á la compañera de su vida, á la que debia evitar cuidadosamente toda ocasión de peligro para su honestidad; cuando le facilita, en fin, cuantos medios son imaginables para que los malos pensamientos triunfen y se sobrepongan á toda consideracion y miramiento, ¿qué extraño es que acaezca lo que pasó al obcecado Anselmo con su amigo Lotario y su esposa Camila?

Pero Cervantes, despues de haber ofrecido con toda su terrible verdad, los resultados de la imprudente conducta de Anselmo, presenta el castigo, los remordimientos, la triste suerte que persiguió á los adúltéros. Sospechando que se hubiese enterado su marido de su infidelidad y mala conducta, huye Camila de su casa; preséntase en la morada de su amante; se fugan entrambos de la ciudad; temerosos de la venganza del ofendido no menos que de la persecucion de la justicia, y agobiados asimismo por el peso de los remordimientos y congojas. Entra Camila en un convento: vase Lotario á la guerra. En ésta termina su vida el desleal amigo: en aquel acaba sus días la adultera esposa á manos de la tristeza y sufrimientos. El fin moral es terrible, pero de indiscutible y grandísima enseñanza. La imprudencia queda castigada; la infidelidad sufre las más crueles expiaciones; la amistad desleal vese descubierta al fin, y encuentra la muerte en el camino de su desesperacion y vergüenza.

¡Tristes resultados del vicio y de la maldad, que muchas veces

se habrán presentado á la consideracion de las sociedades para escarmiento y ejemplo; pero quizá nunca tan perfectamente, con tanta exactitud, y de modo tan persuasivo como lo efectúa Cervántes en los tres capítulos precedentes, relatando la historia amorosa de Camila, Anselmo y Lotario!

---

### N O T A.

Entre otros reparos que hace el Sr. Hartzenbusch sobre este capítulo, merece citarse el siguiente: Donde dice Cervántes «que acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió (Anselmo) sus cofres abiertos», sospecha el citado crítico que hay equivocacion, pues segun sus palabras «no pudo ser casual advertir que estaban abiertos los cofres, cuando Anselmo buscaba con tanto ahinco rastros ó indicios de la causa porque habria salido su mujer á la calle sin decirle palabra». Sutil está en verdad el Sr. Hartzenbusch. ¡Qué ganas de hacer reparos y de encontrar faltas! «Acertó acaso» es lo propio y lo razonado: otra cosa es inútil. Dice Cervántes que sucedió por casualidad, cuando más ajeno estaba de ello, cuando ménos lo esperaba, que Anselmo vió los cofres de Camila abiertos. ¿Hay aquí algo de inexplicable? ¿No deben de interpretarse así las palabras «acertó acaso»? ¿No hay acaecimientos casuales, acaecimientos inesperados?

---

## CAPÍTULO XXXVI.

**Que trata de otros raros sucesos que en la venta  
sucedieron (1).**

Estando en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudemus (2) tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero; vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco en un sillón, asimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorothea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho; y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear á la mujer que en el sillón venia. Y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: sólo que al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo

(1) El primitivo epígrafe que tenia este capítulo era el siguiente: «Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros sucesos que en la venta le sucedieron». Pero la Academia varió el epígrafe como lo dejamos, por las mismas atendibles razones que varió el correspondiente al capítulo XXXV.

(2) «Regocijo, fiesta, comida y bebida abundante», segun define la Academia.

esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella, que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta: sólo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto. Y esto dígolo, porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir esto, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma. Y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viésemos con ellos hasta la Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á algunos de ellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo más cierto. Y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura, y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la emboizada, movida de natural compassion, se llegó á ella, y le dijo: ¿qué mal sentís, señora mia? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demás obedecian, y dijo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oír alguna mentira de su boca. Jamás la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando; ántes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentiroosas, me veo ahora en tanta desventura, y de esto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba

tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dijo: ¡válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pié, y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. Á ella, con la turbacion y desasosiego, se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teniala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenía, era su esposo Dou Fernando, y apénas le hubo conocido, cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ¡ay!, se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto el barberó, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro á Cardenio, y él la había conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando, que tenía abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á Don Fernando de esta manera: dejadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras ame-

nazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el Cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sear, pues, parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta él último trance de la vida. Había en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que Don Fernando aún no la dejaba de sus brazos, ni respondía á sus razones, esforzándose lo más que pudo, se levantó, y se fué á hinchar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos de este sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labrador humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion pensar, que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisistelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me das, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio: y más fácil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido; tú rogaste á mi entereza; tú no ignoraste mi calidad; tú sabes bien de la manera que me entre-

gué á toda tu voluntad: no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño. Y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendrá por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillós en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas, ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo, es, que quieras, ó no quieras, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el Cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias. Y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicarle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazón de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enternecciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian: el cual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el

desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó Don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se había puesto, porque no le conociese, pospuesto (1) todo temor, y aventurándose á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: si el piadoso Cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos; y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño de esta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que Don Fernando había perdido el color del rostro y que hacia ademau de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponerla en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándose y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieras que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el Cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á ti mismo (2) á la que, pospuesto (3) todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los tuyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego per-

(1) *Prosupuesto*, puso por errata la edición primera.

(2) «Levantar á igualar á tí mismo» dice la primera edición, y casi todas. Pero el Sr. Hartzenbusch corrige el texto como lo dejamos. Es una variante muy aceptable, que, como todas las que son claras é indispensables, aceptamos y elogiamos.

(3) También puso la primera edición por errata: *prosupuesto*.

mitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concedérsele; y en esto mostráras la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender, como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase, que no acaso como parecia, sino con particular providencia del Cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba: y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos (1) irremediables era suma cordura, forzándose y venciendo á si mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya les habia concedido. Que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y veria, que pocas, ó ninguna se la podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo, advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplirle la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á si mismo. Y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin

---

(1) Lazos, se puso por errata en la edición primera. Muy aceptable la variante hecha.

como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera. Y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto, fué bajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del Cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis. Lo que os ruego es, que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para aceptarlos por mia, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro; y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros. Y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo regaré al Cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo esto, la tornó á abrazar y á juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aún las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecía sino que algun grave y mal caso á todos había sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la Reina Micromicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia qué responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dijese cómo había venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes había contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara eluento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido, despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya: dijo que la quiso

matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad, y que otro dia supo como Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que en resolución, al cabo de algunos meses, vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no había querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí, había de haber más guardada en el monasterio. Y así, aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habían entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habían venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traerla: todo lo cual habían podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al Cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

### NOTAS.

El Sr. Hartzenbusch, proponiéndose siempre enmendar la plana á Cervántes, anotando este capítulo dice, que donde se lee: «deseoso de saber (el cura) qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio *estaba*, se fué donde estaban los mozos», «parece que Cervántes escribiría *entraba*, y no *estaba*, que resulta demasiado cerca de *estaban*. ¡Buena está la razon! ¡Con que por qué resulta demasiado cerca *estaba* y *estaban*, debió de escribir

*Cervántes entraba, y no estaba!* De modo que donde en el capítulo anterior escribe Cervántes: «Mas el engañado Anselmo le dijo (á Lotario) que en ninguna manera tal hiciese; y de esta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra», no parecerían tampoco las palabras que escribió nuestro gran ingenio. La verdad es, que en todos los autores del siglo de oro se nota la repetición de una misma palabra en determinados pasajes, períodos ó cláusulas, sin que esta disculpable falta de corrección de estilo, pueda autorizar á nadie para suponer que aquellos autores no escribieron como escribían sus contemporáneos, y si al gusto de los correctores. *Estaba*, debe pues dejarse en el texto. A los primeros renglones del capítulo XXXVII se lee: «Cuantos en la venta *estaban*, *estaban* contentos y gozosos del buen suceso».

Dice uno de los mozos que acompañaban á la hermosa troupe de huéspedes que entró en la venta, respondiendo á una pregunta del cura: «Y no es de maravillar que no sepamos más que lo que habemos dicho», etc. Y dice el Sr. Hartzenbusch, queriendo enmendar la plana á Cervántes: «Lo que á V. M. he dicho, ó lo que he á V. M. dicho, porque es uno solo quien responde al cura». Es uno efectivamente quien contesta, pero contesta en nombre suyo y en el de su compañero; y por eso se lee en el texto muy bien el verbo en plural, porque se hace referencia á más de uno. Y esto no es sospecha nuestra: basta leer bien el texto para no indicar variantes inoportunas. Dice el mozo: «Y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos». Y á los pocos renglones, hablando el mismo mozo, en su nombre y en el de su compañero, dice: «Todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda *tenemos* creido que ella va forzada donde quiera que va».

Es pues muy propio *habemos* ó *hemos dicho*, y es muy inaceptable la variante de «lo que á V. M. he dicho, ó lo que he á V. M. dicho».

## CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían é iban en humo las esperanzas de su dictado, y que la linda Princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía: Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda, corria por la misma cuenta: Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recibida, y haberle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien más jubilaba (1) y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagarle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con melancólico semblante entró á (2) su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada bata-

---

(1) Se alegraba.

(2) A donde su amo estaba.

lla que pienso tener en todos los días de mi vida; y de un revés, ¡zas! le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás. Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó (1) Don Quijote. ¿Estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaría de nada de eso, replicó Don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dije yo que todo cuanto aquí sucedía, eran cosas de encantamiento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa de ese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero que aquí está hoy dia tenía del un cabo de la manta y me empujaba hacia el Cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote: dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestía, contó el cura á Don Fernando y á los demás las locuras de Don Quijote, y del artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecía, ser el más extraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lus-

---

(1) «Respondió» han puesto algunas ediciones, pero arbitrariamente, pues el verbo replicar es el que propiamente debe emplearse aquí.

cinda haria y representaria la persona de Dorotea. No, dijo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léjos de aquí el lugar de este buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está más de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminarlas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia; el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, de este mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reina y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular dencella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, cómo otros caballeros de menor fama que la mia, habian acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y.... quiero callar, porque no me digan que miento. Pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando ménos lo pensemos. ¡Vísteos vos con dos cueros, que no con un gigante! dijo á esta sazon el ventero; al cual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos (1) en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días. No dijo más Don Quijote, y esperó á que la Princesa le respondiese, la cual, como ya sabia la de-

---

(1) Metamorfosis, transformacion, mutacion.

terminacion de Don Fernando de que se prosiguiere adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quien quiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui, me soy hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me lá han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que ántes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible (1) brazo que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo. Y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos de ella los más de estos señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy sé podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? ¡Voto..... (y miró al Cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo! Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, ¡vive Dios! porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el apo-

---

(1) «Invenerable» dice la edición primera. La variante introducida es muy aceptable.

sento. Y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás de que la señora Reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo Don Fernando, y no se hable más en esto, y pues la señora Princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así; y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañarlos, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré quē salga verdadera, ó me costará la vida, y aún más, si más costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello: los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete del mismo color: traia unos borreguies datilados (1), y un alfanje morisco puesto en un tajalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado (2), y vestida una almalafa (3) que desde los hombros á los pies le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estaviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon

---

(1) De color de dátيل.

(2) Tela de seda tejida con oro ó plata.

(3) Traje morisco que cubre todo el cuerpo.

á la mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dijo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí hay (1), pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáreis de pasar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecerle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que de ello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como yuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea: ¿esta señora es cristiana, ó mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandisimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizarla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece,

(1) «Que aquí falta», dicen todas las ediciones; pero Cervantes escribiría probablemente como dejamos el texto. En la venta no faltaba incomodidad de regalo: al contrario, había mucha.

que es más de lo que muestra su hábito y el mio. Estas razones(1) pusieron gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie sé lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era más para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á si, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian, y lo que ella haria. El, en lengua arábiga, le dijo, que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así, se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que á Luscinda, y Luscinda por más hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la mora, y aún hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó Don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha prisa, llena de congoja y donaire: *no, no Zoraida: María, María*, dando á entender, que se llamaba María y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: *sí, sí, María, María*: á lo cual respondió la mora: *sí, sí, María: Zoraida macange*, que quiere decir, *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo (2), porque no la habia redonda, ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él

(1) «Con estas razones» ponen casi todas las ediciones, inclusas las de la Academia. La primera de 1605 dice: «Estas razones puso gana» etc. Nosotros seguimos el referido texto, variando el verbo en plural, como ya se hizo en la edición de Bruselas en 1607, pues concertando el verbo *poner* con el sustantivo *razones, pusieron* debe decir, *y no puso*.

(2) Tinelo, segun la Academia, es el comedor de familia en las casas grandes.

era su aguardador (1). Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero de ellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo; y los demás caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero: y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más, viendo que dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta de este castillo entra, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran Reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quitenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen; porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerraren los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estrategias, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero, trabaja más: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen

---

(1) Sostenedor, defensor.

por blanco llevar y encaminar las almas al Cielo, que á un fin tan sin fin como éste ningun otro se le puede igualar): hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del Cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, qué cuando entran sen en alguna casa dijesen: *paz sea en esta casa:* y otras muchas veces les dijo: *mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros,* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el Cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviese por loco; ántes, como todos los más eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ajeno brasero, ó chimenea que, si no calienta, á lo ménos entibie su frio; y en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias; conviene á saber, la falta de cami-

sas y no sobra de zapatos, la rareza y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scillas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna; digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mítico guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

## CAPÍTULO XXXVIII.

**Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.**

Prosiguiendo Don Quijote, dijo: pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde, ó nunca, ó á lo que garbeare (1) por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coletó acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del Cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguense, pues, á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio; lléguense un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna. Y cuando esto no suceda, sino que el Cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis

---

(1) El verbo *garbear* significa: *merodear, robar*.

mirado en ello, ¿cuán ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo (1). Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas (2), todos tienen en qué entretenese: así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es más fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aque-lllos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á éstos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta im-possibilidad fortifica más la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega. Y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son le-tras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defien-den las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan (3) los mares de corsarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razon averiguada, que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vahidos de cabeza, in-digestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes,

(1) Es decir, con solos tres números.

(2) Quiere decir que los letrados siempre obtienen la debida recompensa de sus trabajos, ya percibiendo sus estipendios señala-dos, fijos, que es lo que aquí significa la palabra *faldas*, ya recibiendo regalos de sus clientes, que tal significacion tiene en este lugar la palabra *mangas*.

(3) «Despojan», ponen casi todas las ediciones. Dejámos el texto como está en la primera. El verbo despejar significa des-embarazar, limpiar, desocupar, y está aquí empleado muy propia-mente.

que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza (1), y estando de posta, ó guarda en algun rebellin (2), ó caballero (3), siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitán de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando, cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que más es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniadcs instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso

---

(1) En algun fuerte ó fortaleza.

(2) Rebellen es obra esterior de fortificacion que cubre el lienzo de muralla que hay entre baluarte y baluarte, y le defiende.

(3) Caballero significa aquí el fuerte interior que se levanta sobre el terraplen de la plaza, y sirve para defender una parte de la fortificacion.

caballero, y que sin saber cómo, ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el Cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dijo Don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase, que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían, sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta (1) caballería. El cura le dijo, que tenía mucha razon en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchón de Don Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser, sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que había comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que sólo temía, que el cuento no había de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecerle, le contaría. El cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos, dijo, que no eran menester ruegos adonde el mandar tenía tanta fuerza: y así, estén vuestras

(1) Fatal, funesta.

mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podría ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir de esta manera.

## CAPÍTULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastarla. Y la condicion que tenía de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser prodigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun él decia, no podía irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda. Pues para que entendais desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrasto, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio, tal que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda cuatro partes, las

tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el Cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experientia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, como si más claramente dijera: quien quisiere valer y ser ricc, siga, ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *más vale migaja de Rey, que merced de Señor*. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dinero, sin defraudarlos en un ardite, como lo véreis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliría su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos había prometido; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que había menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en di-

neros, y más tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo, en fin, que nos despedimos de él y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometimosselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave genovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dē él, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fui desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito; fuíme con él; servíle en las jornadas que hizo; halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos; alcancé á ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto, de felice recordacion, había hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco; el cual, en aquel mismo tiempo había ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: perdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por Central de esta liga el Serenísmo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato dē guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y, aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasión que se ofreciese, seria promovido á capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos: y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengaño el

mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos. Y fué de esta suerte: que habiendo el Uchali, Rey de Argel, atrevido y venturoso corsario(1), embestido y rendido la Capitana de Malta, que sólo tres caballeros quedaron vivos en ella, y éstos mal heridos, acudió la Capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin, me rindieron lleno de heridas, y como ya habréis, señores, oido decir, que el Uchali se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venían al remo en la turquesca armada. Llevaronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mí amo, porque había hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales (2). Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los leventes (3) y genizaros que en ella venían, tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin espe-

(1) «Cosario» dicen casi todas las ediciones, siguiendo la primera; pero significando actualmente cosas tan diversas las palabras *cosario* y *corsario*, ponemos aquí *corsario* y en los demás pasajes análogos, pues Cervántes habla aquí de los piratas, de los que se ocupan por el mar en robar y apresar embarcaciones.

(2) Era insignia del buque principal de la armada.

(3) Los leventes eran los soldados de marina. Los genizaros, los de tierra.

rar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada. Pero el Cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchali se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barba Roja. Tomóla la Capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán Don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando (1), y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen aprisa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol (2), ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el señor Don Juan había ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesión de él á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez había dejado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenía determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alá-

---

(1) *Acercándose*, significa aquí el gerundio *entrando*.

(2) El palo mayor de la embarcación.

rabes de toda el Africa más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experienzia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas (1) en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero (2) ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaňa al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experienzia de casos semejantes, porque si en la Goléta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaňa, y quedar en las fuerzas contra tanto como era él de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el Cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia (3), ó esponja y polilla de la infinitad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte, pero fuérnle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuer-

(1) Trincheras.

(2) Es decir, tirándoles desde sitios elevados, altos.

(3) Voracidad, significa aquí esta palabra. *Gomia*, segun el Diccionario de la Academia, significa entre otras acepciones, lo que consume, gasta y aniquila.

zo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño (1) á cargo de Don Juan Zanogueira, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas (2) muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que más hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa, que en aquellas riberas tienen los genoveses, que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trajeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece*: y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trajeron el presente, porque no se le habian traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual había sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le trajo á mi galera y á mi banco y á ser esclavo de mi mismo patron; y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte. Y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: ántes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga, qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de

---

(1) *Estaño* significaba antiguaamente *laguna* é *isla*.

(2) *Fuerzas*, significa tambien aquí: *fortalezas, fuertes*.

arnaute con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje. Bueno fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues vuestra merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. ¡Qué me place! respondió el caballero: y el de la Goleta decía así:

### N O T A.

Dice en la primera edición, pocos renglones ántes de concluir este capítulo, hablando el hermano de Don Pedro de Aguilar al cautivo, quien ignoraba el suceso del viaje que aquel caballero emprendió para recuperar su libertad: «Pues no fué... etc., palabras que no corresponden á las dudas del cautivo. Por eso en muchas reimpresiones se ha corregido: «Pues así fué», lo cual si expresa mejor lo que Cervantes escribiría, y lo desfiguraron los cajistas con una errata tremenda, no conviene tanto ni tan bien como la enmienda introducida en este pasaje en otra edición, donde en vez de «Pues así fué», se ha corregido: «Bueno fué». Es lo más aceptable y lógico, y para ello basta fijarse en el texto. Pregunta el hermano de Don Pedro de Aguilar al cautivo le dijera qué sabia de aquel valeroso capitán. El cautivo contesta que lo que sabe es, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en traje de arnaute con un griego espía, y no sabia si vino en libertad, aunque creia que sí, porque de allí á un año vió al griego en Constantinopla y no le pudo preguntar el suceso de aquel viaje. Bueno fué, responde el caballero, «porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos». Bueno fué, escribiría indudablemente Cervantes, y así corregimos el texto.

## CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

### SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo  
 Libres y exentas por el bien que obrastes,  
 Desde la baja tierra os levantastes  
 Á lo más alto y lo mejor del Cielo;  
 Y ardiendo en ira y en honroso celo,  
 De los cuerpos la fuerza ejercitastes,  
 Que en propia y sangre ajena colorastes  
 El mar vecino, y arenoso suelo:

Primero que el valor faltó la vida  
 En los cansados brazos, que muriendo,  
 Con ser vencidos llevan la victoria:

Y esta vuestra mortal triste caída  
 Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo  
 Fama que el mundo os da, y el Cielo gloria.

De esa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pues el  
 del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

### SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,  
 De estos torreones por el suelo echados,  
 Las almas santas de tres mil soldados  
 Subieron vivas á mejor morada;

Siendo primero en vano ejercitada  
 La fuerza de sus brazos esforzados,  
 Hasta que al fin, de pocos y cansados,  
 Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido  
 De mil memorias lamentables lleno  
 En los pasados siglos y presentes:

Mas no más justas de su duro seno  
 Habrán al claro Cielo almas subido,  
 Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo: rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con más brevedad y ménos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecía ménos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que había quedado en pié de la fortificacion nueva que había hecho el Fratin (1), con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchali, al cual llamaban *Uchali Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya. Y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienenden de la Casa Otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á más de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe. Y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercer cargo que hay en aquel señorío (2). Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los más hijos que deja el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchali, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos, y él vino á ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azanagá (3), y llegó á ser muy

(1) Ingeniero italiano, cuyo verdadero nombre era Jacome Paleazo.

(2) Como ha advertido un anotador «señorío equivale en este lugar á imperio, y los tres cargos que se citan, son Gran visir, Mufti y Capitan bajá.»

(3) *Azan-bajá* debe leerse, porque Cervántes se refiere á su

rico, y á ser Rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura. Y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prisión, ó casa, que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, asi los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacen, que es como decir, cautivos del Concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque lo tengan. En estos baños (1), como tengo dicho, suele llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahínco, les hacen trabajar, é ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque el hambre y desnudez pudiera

---

cruel é inexorable tirano, que tenía aquel nombre como hemos visto extensamente en la *Vida* de tan ilustre escritor. Soliase llamarle también vulgarmente *Azanagá*. Una de las personas que informaron sobre la situación de Cervantes en 1578, á petición del padre de éste, que deseaba obtener la libertad de su desventurado hijo, decía que en dicho año había oido que estaba cautivo Cervantes «en poder de *Cenagá*, rey de Argel.»

(1) *Baños*, como se ha visto ántes, significa aquí *prisiones*. Daremos más pormenores en nota de este capítulo.

fatigarnos á veces, y áun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueidades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorecaba el suyo (1), empalaba á éste, desorejaba á aquél, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra (2), al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él más de una vez. Y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y áun éstas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entre tener el tiempo, estando solos (porque todos los demás cristianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, aparecia una caña, y al remate de ella puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero asi como llegó, alzaron la caña, y la movieron á los dos lados, como si dijeran, *no*, con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y asi como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro de él venian diez cianiys, que son unas mo-

(1) *Al uno*, dicen algunas ediciones. Es una alteracion completamente arbitraria.

(2) Alude Cervántes á sí mismo.

nedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento como la admiración de pensar de dónde podía venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decían que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salía una muy blanca mano que la abría y cerraba muy aprisa. Con esto entendimos, ó imaginamos, que alguna mujer que en aquella casa vivía, nos debía de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas (1) á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aún lo tienen á ventura, porque las estiman en más que las de su nación. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos había aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivía, y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivía un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que había sido de la Pata (2), que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas cuando más descuidados estábamos, de que por allí habían de llover más cianuys, vimos á deshora aparecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo más crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en lle-

(1) *Zalema* es la reverencia ó cortesía humilde en muestra de sumisión, según el Diccionario de la Academia.

(2) Fortaléza á dos leguas de Oran.

gando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz; tomé los escudos; volvíme al terrado; hicimos todos nuestras zalemas; tornó á parecer la mano; hice señas que leería el papel; cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegrés con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendía el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion: otros se sirven de ellas acaso, y de industria; que viendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venían, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venían en corso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan de estos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este mi amigo, el cual tenía firmas de todos nuestros camaradas, donde le acredítábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabía muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho. Abriole, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Pregunté si lo entendía: dijome que muy bien, y que si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedía, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que

adonde dice: *Lela Marien*, quiere decir: *Nuestra Señora la Virgen María*. Leimos el papel, y decia así:

«Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la Zalá (1) cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Marien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres; y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escribi esto: mira á quien lo das á leer: no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces (2). De esto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo: ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razon, que las razones de este papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió, que no acaso se había hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se había escrito. Y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos de él, y se lo dijésemos, que él aventuraría su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imagen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecía y casi adivinaba, que por medio de aquella que aquel papel había escrito, había él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto descababa, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por

(1) Zalá cristianesca, vale tanto como las oraciones de los cristianos.

(2) Perversos, engañadores, falsos, etc.

su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muéstras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y vinimos en declararle la verdad del caso; y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde aparecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivía. Acorramos asimismo que sería bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aún se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda; que ella es tan buena que sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que están contigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Marien su Madre sean en tu guarda, señora mia.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días á que estuviese el baño solo, como solía, y luego salí al paseo (1) acostumbrado del terradillo, por ver si la caña aparecía, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podía

---

(1) *Paso* dicen casi todas las ediciones. Un anotador cree que aquí pondría Cervántes *paseo* y no *paso*, pues escribiendo Zoraida al cautivo sobre sus idas al terradillo le dice: «Cuando te *pasees* por ahí, etc.» Muy aceptable, pues, y muy lógica la variante de *paseo* por *paso*, que admitimos y elogiamos.

ver quien la ponía, mostré el papel, como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á aparecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro más de cincuenta escudos; los cuales, cincuenta veces más doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que había sabido que en aquella casa vivía el mismo moro que á nosotros nos había dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo; el cual tenía una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era común opinión en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venían la habían pedido por mujer, y que ella nunca se había querido casar. Y que también supo, que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado en qué orden se tendría para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces, que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que había de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perdería la vida, ó nos pondría en libertad. Cuatro días estuvo el baño con gente, que fué ocasión que cuatro días tardase en aparecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, apareció con el lienzo, tan preñado, que un felicísimo parto prometía. Inclinóse á mí la caña y el lienzo: hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado: dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decía:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos y vuestras amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demás, y á mí me hallarán en el jardín de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: dé allí, de noche me

podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si nō, yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescatate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardín, y cuando te pases por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.»

Esto decia y contenía el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiría que ninguno saliese en libertad (1) hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habían usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca, con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon había acaecido á unos caballeros cristianos, el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir, que lo que se podía y debia hacer era que el dinero que se había de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar alli en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto más que si la mora, como ella decia, daba dineros pero rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa áun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es bajel

---

(1) *De libertad* puso la primera edicion y han repetido casi todas. Pero un anotador cree que Cervantes escribira *en libertad*, y no *de libertad*, y es observacion muy oportuna y aceptable. El renegado lo que dice es que no consentiría que ninguno en particular saliese en libertad, se rescatara, sin que á la vez lo fuesen todos juntos. «Salir de libertad» era todo lo contrario de lo que el renegado deseaba expresar.

grande para ir en corso; porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino (1) fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendría á ser señor de la barca, conque daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos había parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decía, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decía, nos había de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así determinamós de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo había advertido tan bien, como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponerlo luego por obra. Ofrecíme de nuevo de ser su esposo; y con esto, otro dia, que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decía, que el primer jumá, que es el Viernes, se iba al jardín de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, qué nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto que no lo echaria menos: cuanto más, que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia, pagaría mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus granjerías lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El Juéves ántes del Viernes que la hermosa Zoraida se había de ir al jardín, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso

(1) «Tagarinos», segun dice el mismo Cervantes en el capitulo siguiente, llamaban en Berbería á los moros de Aragon, lo cual conviene con lo que escribió el P. Haedo en su *Topografía de Argel*.

buscasé ocasión de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues había dinero, no se alborotasesen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida: que puesto que el ser ellos quien eran, me podía asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al cual, nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

### NOTAS.

---

Cervántes habla en este capítulo de los baños ó prisiones donde encerraban á los cautivos en Argel. Nos parece oportuno recordar aquí lo que dijeron algunos contemporáneos de nuestro autor de aquellos edificios. Los baños eran unas casas ó corrales. En el llamado de la *Bastarda* encerraban á los cautivos del concejo ó del comun, y áun algunos de particulares. En el baño del Rey estaban encerrados los cautivos de más cuenta, y de quienes se esperaba obtener mayor rescate. Los que en este baño estaban, eran vigilados cuidadosamente, y no se les hacia trabajar con la chusma. El baño donde estuvo preso Cervántes era cuadrilongo, de setenta piés de largo y cuarenta de ancho, repartido en altos y bajos, con muchas camarillas ó aposentos al rededor; en medio había una cisterna; y á un lado, en la parte baja, un oratorio donde celebraban la misa los sacerdotes cautivos y se verificaban otras ceremonias religiosas. En el baño del Rey había en tiempo de Azan-bajá, ó sea cuando Cervántes se hallaba prisionero, unos dos mil cautivos.

Dice Cervantes en este capítulo, en persona del cautivo, que sólo libró bien con el cruel Azan-bajá un soldado español llamado tal de Saavedra, aludiendo á sí mismo, y á sus heróicos actos durante los años de su esclavitud. Confirmadas se ven las palabras de Cervantes con el estudio de este periodo de su vida, del cual hemos hablado extensamente en la biografia de aquel escritor. Pero aunque ningun dato hubiese, bastaria el testimonio de su contemporáneo Haedo para comprender su noble conducta, sus proezas, sus virtudes, su gran patriotismo y su abnegacion sin límites. «Cuatro veces, dice el P. Haedo en la *Historia y Topografía de Argel*, estuvo (Miguel de Cervantes) á pique de perder la vida, empalado, ó enganchado, ó abrasado vivo, por cosas que intentó para dar libertad á muchos; y si á su ánimo, industria y trazas correspondiese la ventura, hoy fuera el dia que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban á ménos sus intentos. De las cosas que en aquella cueva sucedieron en el discurso de los siete meses que estos cristianos estuvieron en ella, y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes, se pudiera hacer una particular historia. Decía Azan-bajá que, como él tuviese guardado al estropeado español, tenia seguros sus cristianos, bailes y aun toda la ciudad: tanto era lo que temia las trazas de Miguel de Cervantes.» \*

Dícese en este capítulo que era condicion de Azan-bajá ser «homicida de todo el género humano». Y pregunta el Sr. Hartzenbusch: «*homicida* ¿será errata por *enemigo*?» No creemos que haya aquí errata alguna: al contrario, si en el texto se introdujese la palabra *enemigo*, sustituyéndola á *homicida*, si que habría inexactitud en la expresion del concepto; esto es, no se diría lo que Cervantes quiso significar llamando de condicion homicida á su cruel tirano. Enemigo del género humano es poco calificativo para Azan-bajá: homicida del género humano, esto es, perverso destructor de las vidas de todos, verdugo despiadado de cuantos caían bajo su dominio, cuadra muy bien á aquel rey de Argel, de quien nos dice Cervantes que cada dia ahorcaba á un cristiano, empalaba á otro, desorejaba á esotro, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo. Y lo que dice del mismo tirano el P. Haedo, persuado más y más la razon con que se le llamó homicida de todo el género humano. «Fué Azan-bajá, dice,... una cruelís-

ma bestia, principalmente contra los pobres cristianos. Porque siendo uso que, cogiendo un cristiano huido lo llevan al Rey, él á todos mandaba tomar por sus esclavos, si le parecian bien; y si nó, les hacia tender en el suelo en su presencia, y les hacia moler á palos, de que muchos á pocas horas morian, y aún con todo esto les cortaba las narices y las orejas con su mano, ó lo mandaba hacer en su presencia.» Quien tan estúpidamente procedia, quien tenia más de fiera que de hombre, no era enemigo, sino homicida de todo el género humano.

Está muy bien el texto.

## CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas. Y para asegurar su hecho, y darle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llamaba Sargel, que está treinta leguas de Argel hacia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que había dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudejares*; y en el reino de Fez llaman á los mudejares, *elches*, los cuales son la gente de quien aquel Rey más se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta<sup>(1)</sup> que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba, y allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardin de Zoraida y le pedía fruta, y su padre se la daba sin conocerle; y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él después me dijo, y decirla que él era el que por orden mia la había de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aún más de aquello que seria razonable. Y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual, viendo cuán

(1) Caleta es la pequeña ensenada que forma el mar, entrándose dentro de la tierra.

seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuándo y cómo y adonde queria, y qué el tagarino su compañero no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer Viernes, donde tenía determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquéllos que más libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaran, sino fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenía en astillero: á los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno dí este aviso de por si, con orden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podía imaginar que la barca de cristianos podía volver; y así, determiné de ir al jardin, y ver si podría hablarla. Y con ocasión de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien encontré, fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería, y áun en Constantinopla, se habla <sup>(1)</sup> entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos: digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute Mamí <sup>(2)</sup>, y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de tcdas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ó no, y que cuánto pedía mi amo por mí. Es-

---

(1) *Halla* se puso por errata en la edición primera.

(2) Así se llamaba el renegado que apresó á Cervantes cuando éste volvia á España en la galera *Sol*, en compañía de su hermano Rodrigo. Extensamente hablamos de esto en nuestra *Vida de Cervantes*.

tando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya había mucho que me había visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego cuando su padre vió que venía y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: sólo diré, que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas, ó ajorcias de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo después, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las moras, es adornarse de ricas perlas y aljófar (1): y así hay más perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenía fama de tener muchas y de las mejores que en Argel había, y de tener asimismo más de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora ésta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podía venir entonces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar cuál debía de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ó bajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del Cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venía á buscar ensalada. Ella tomó la mano (2), y en aquella mezcla de lenguas

(1) Se da el nombre de aljófar á las perlas de figura irregular y comúnmente más pequeñas, como define el Diccionario de la Academia.

(2) Quiere decir que ella empezó á tomar parte en la conver-

que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos zoltanis (1), á lo cual ella respondió: en verdad que si tú fuieras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos, siempre mentís en quanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podría ser eso, señora, le respondí; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajales de España, é irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirmé mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer. No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecerla y decirte la verdad, se parece á tí mucho. De esto se rió muy de veras su padre, y dijo: qualá (2), cristiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino: si nó, mírala bien, y verás como te digo verdad. Ser-

---

sacion. Generalmente la frase «tomar la mano», significa emprender algun negocio, ó tambien, decidirse, resolvérse á hablar sobre cualquier asunto.

(1) Si el zoltani de que aquí se habla era una moneda argelina de oro fino cuyo valor era el de unos 37 reales de nuestra moneda, el cautivo exagera el precio de su rescate, porque ántes ha dicho que consiguió la libertad por 800 escudos de oro, es decir, por unos 33.000 reales de nuestra actual moneda, cuando los 1.500 zoltanis representarian 55.500. Hay, pues, que convenir en que el cautivo exageró el precio de su rescate, ó el zoltani de que aquí se habla era una moneda de plata de mucho menos valor que el zoltani de oro.

(2) Juramento arábigo que vale tanto como ¡por Alá! ¡Por Dios!

vianos de intérprete á las más de estas palabras y razones el padre de Zoraida como más ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, más declaraba su intención por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, qué dijo su padre á Zoraida: hija, retírate á la casa, y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévate Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la había mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardín, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *atamexi*, cristiano, *atamexi?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer juma (1) me aguardas, y no te sobresaltas cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándose un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hacia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo asimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha des-

---

(1) *Viernes*, significa esta palabra, como explica Cervantes en el texto.

mayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aún no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *amexi*, cristiano, *amexi*: vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardín, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las (1) que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú, ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella, arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardín: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto había pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el Viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardín, el renegado (2), al anochecer, dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajeal que á los ojos tenían, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habían de haber y ganar la liber-

(1) Parece que falta aquí la palabra *veces* ú otra equivalente, por descuido indudable de los cajistas. Sin embargo, no alteramos en nada el texto, pues se comprende bien.

(2) *Morrenago* se puso por errata en las primeras ediciones. Muy aceptable la variante de la Academia.

tad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos (1), que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos, que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más de ellos durmiendo. Dijimosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Parecíonos bien á todos lo que decía, y así sin detenernos más, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habían entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas, ó casi ninguna tenían, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presencia lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna vía ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia de ellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciendo donos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardín de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baja, si éramos *nizarani*, como si dijera, ó preguntara, si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, la tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y

---

(1) Bagarinos ó bagarines, segun el P. Haedo, eran los moros alquilados por salario para bogar en galeotas y bergantines.

los demás que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardín. Ella respondió que si, y que dormia. Pues será menester despertarle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín. No, dijo ella: á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos. Y esperaos un poco y lo vereis. Y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviesen quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella había pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije, que en ninguna cosa se habia de hacer más de lo que Zoraida quisiese: la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apena lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardín, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: ¡cristianos, cristianos, ladrones, ladrones! Por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el renegado, viendo el peligre en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron, se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole, que el hablar le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos; mas entonces, siendo más necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. El, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísima-

mente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado, que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y de dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí, que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra (1), y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos (2) tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos: que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer vinimos todos, y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encendiéndonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuémos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel, y asimismo temiamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario vienen (3) con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por si, y por todos juntos presumiamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderiamos, mas que tomariamos bajel, donde con más

(1) *Apellidarian la tierra*, expresion que significa: «convocarian, llamarian á la guerra á los naturales del país.»

(2) *Les*, han puesto casi todas las ediciones; pero la de Bruselas de 1607 corrigió el texto como lo dejamos, y es lo que Cervantes escribiría sin duda, pues el cautivo no cuenta los sucesos de otros, sino los suyos propios y los de Zoraida, y por eso está muy bien variada la palabra *les* por *nos*.

(3) *Venian* han puesto casi todas las ediciones sin motivo alguno, alterando el texto de un modo arbitrario.

seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuártelés (1) en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos (2), y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasión les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, oh cristianos; mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusisteis vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo y el interés que se os puede seguir de dámela, el cual interés, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiereis por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí

(1) Es decir, que bogasen unos pocos en tanto que descansaban los otros.

(2) *Vagarmos* pusieron por errata las ediciones primeras. Debe decir *bagarinos*, como se ha llamado ántes á los moros que estaban en la barca. Esta variante es la seguida en casi todas las ediciones modernas.

íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegría de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, cuando nos fué la ventura más favorable? Respóndeme á esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decía á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondía palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solía tener sus joyas, el cual sabia él bien que le había dejado en Argel, y no traídole al jardín, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre había venido á nuestras manos, y qué era lo que venía dentro. Á lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quiero que sepas, qué ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que éste dice, hija? dijo el moro. Así es, respondió Zoraida. ¡Qué! ¿En efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida: la que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte, ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo. Apénas hubo oido esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraidá que le sacasen; y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra, y hacer fuerza de remos por no

embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir, *la mala mujer cristiana*, y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España; porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala, y rumia, cristiana*. Y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca lo dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano; comimos de lo que el renegado había proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudasen y favoreciesen, para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Diose orden, á supplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre, y á todos los demás moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejarlos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del Cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? Penseis que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrabmos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: ¡oh infame moza, y mal aconsejada muchacha! ¿Adónde vas ciega y desatinada en poder de estos perros, naturales enemigos nuestros? ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado! Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di prisa á ponerle en tierra, y desde

allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase. Y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que pudimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyó, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle, ni responderle palabra, sino: ¡plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza! Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la prisa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veiamos; y así, consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas como pocas veces, ó nunca, viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija había echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean; quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos (1), porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habianse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veniamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro

---

(1) *Frenillar los remos*, significa «suspender los remos, atándolos por el extremo, cuando no se boga», como define la Academia.

renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son corsarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento, ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artilleria, y á lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala (1) en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amanaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y asi llegaron junto al nuestro, y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado de la descortesia de no responderles, nos había sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolution, todos pasamos con los franceses, los cuales, despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés: pero no me daba á mi tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenía de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que más valia y ella más estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á más que al dinero, y de esto jamás se ve harta su codicia, la cual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran, y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenían intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurtio. Mas el capitán, que era el que había despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, é irse á la Rochela, de donde había salido, y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y

(1) *Vela*, puso por errata la edición primera.

todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel: dimosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho: nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta prisa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así asegurariamos (1) el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berberia y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose así, y poco ántes de la media noche seria cuando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente: embestimos en la arena, salimos (2) á tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho (3). Sacamos de la barca los

---

(1) El verbo *asegurar* tiene aquí el significado de *acallar*, *quietar*.

(2) «Salimos todos», ponen caprichosamente las más de las ediciones, inclusas las de la Academia.

(3) *En nuestro viaje*, añaden á la primera casi todas las ediciones. Alteración tan inútil como la anterior, y que debe rechazarse.

bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subímosnos un grandísimo trecho en la montaña, porque aún allí estábamos, y aún no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció más tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algún poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser méños, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia de ella. Pero lo que á mí más me fatigaba, era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas; que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco méños de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado. Y mirando todos con atención si alguno se parecía, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que después supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida; y como él los vió en hábito de moros pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: ¡moros, moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma! Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa había de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gileco, ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando había de dar sobre nosotros la caballería de la costa. Y no nos engaño nuestro pensamiento, porque aún no habían pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian; y así como los vimos, nos estuvimos quedos

aguardándolos. Pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasión porque un pastor había apellidoado al arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venían, conoció al ginete que nos había hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir más palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Málaga; si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mío. Apéndas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo, diciéndole: ¡sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aún viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte! Ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los de esta compañía comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apoyaron de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos de ellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tío del cristiano: Salieron á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos sin sobresalto de perderse, y esto le había sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entonces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no había en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí había rostros que se parecían á los de Lela Marien. Dijimosle que

eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Marien, que la había hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, á Zoraida y á mí, nos llevó el cristiano que vino con nosotros, en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis días estuvimos en Velez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su información de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisición al gremio santísimo de la Iglesia. Los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y, sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver, si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el Cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogerla, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir, que quisiera habérosla contado más brevemente, puesto que el temor de enfadarlos, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

**NOTAS.**

Como hemos notado en la página 238, donde dice el padre de Zoraida al cautivo: «todas las que quisieres podrás volver», debe de estar suprimida la palabra *veces* después del adjetivo *todas*, observación hecha por el Sr. Hartzenbusch y que juzgamos muy oportuna. Sin embargo, también pudiera ser que Cervantes hubiese escrito: «todas las que quisieres podrás coger», palabras muy propias refiriéndose á las yerbas del jardín de que ántes hablaban.

Otra palabra debe de estar omitida ó variada en este capítulo, donde dice el padre de Zoraida á su hija: «¿Qué es esto, hija, que... sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado *alguna nueva alegre* de solemnizarle con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable?» Clemencin cree que donde dice *nueva alegre*, debe leerse *nueva digna de solemnizarla*. Sin embargo, tal vez lo que escribiría Cervantes fué: «*alguna nueva alegre*, para solemnizarla con adornarte y pulirte,» etc. No alteramos con todo el texto primitivo, pues lo que se trataba de expresar se comprende. Casi todas las ediciones lo siguen.

## CAPÍTULO XLII.

**Que trata de lo que más sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.**

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: por cierto, señor capitán, el modo con que habeis contado este extraño suceso, ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escucharle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, el cura (1) y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especial-

---

(1) «Don Antonio» ponen las ediciones primeras; pero es manifiesta errata que ya notó la Real Academia, y se ha corregido, aunque no bien, en las reimpressiones modernas, poniendo Cardenio en vez de Don Antonio.

Nosotros creemos que debe ponerse «el cura», donde dice Don Antonio; y así dejamos el texto. Las razones en que nos apoyamos, son las siguientes: Al concluir del capítulo XXXVIII, Don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida. Accede él á los deseos de aquel caballero, y dícese en el texto que: «el cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron.» Concluye el cautivo el cuento de sus aventuras; elogia Don Fernando el modo que ha tenido de referir sucesos tan peregrinos y extraordinarios; y el cura y todos los demás, como ántes le habían rogado con Don Fernando les diese cuenta de su vida, se le ofrecen ahora con todo lo que les fuese posible para servirle. «El cura y todos los demás», debe, pues, decir aquí, como dice al concluir el capítulo XXXVIII, y no Don Antonio, ni Cardenio.

mente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el Marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con la autoridad y cómodo (1) que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar de ella llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que nó habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: señor, lo que en ello hay, es que no tengo camas: si es que su merced del señor Oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas (2) que vestia, mostraron ser Oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarrra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zoraida que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la de esta doncella, difficilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino

(1) Comodidad ó decoro, significa aquí esta palabra.

(2) Dice el Diccionario de la Academia que este adjetivo se aplicó antigüamente á las mangas de los vestidos que por ser huecas y acuchilladas como las ruecas, tomaron este nombre. » ¡Donosa definicion! ¡Qué clara y qué expresa! «Mangas de los vestidos que por ser huecas» ¿Cuándo habrán sido macizas las mangas de los vestidos?

*Mangas arrocadas* significa mangas que tenian adornos ó vuellitos en forma de rueca.

apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para darle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el Cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ninguna con que responderle, se tornó á admirar de nuevo, cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido á verla y á recibirla. Pero Don Fernando, Cardenio y el cura, le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oidor entró confuso, así de lo que veía, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolución, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la apostura de Don Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchón ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda. Y así fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oidor traía se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dió saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venían que cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el Licenciado Juan Pérez de Viedma, y que había oido decir, que era de un lugar de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel Oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado, como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de Méjico: supo tambien, como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendría para descubrirse, ó

para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recibia con buenas entrañas. Déjeseme á mi el hacer esa experiencia, dijo el cura: cuanto más que no hay que pensar sino que vos, señor capitán, sereis muy bien recibido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitán, yo querria, no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, excepto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, el cual camarada, era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto quanto tenía de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese capitán, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le había sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego; porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les había dado ciertos consejos mejores que los de Caton. Y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra, le había sucedido tan bien que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jernada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano había sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez había sido tanto oidor como entonces. Sólo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca ve-

nian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado: de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decía, estaba escuchando algo de allí desviado el capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el cual, viendo que ya el cura había llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡oh señor, si supiéseis las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras de ello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís, es mi mayor hermano, el cual como más fuerte y de más altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mío escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oísteis. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Perú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo asimismo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aficciones, ó prósperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre; que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo ahora me temo es de pensar, si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será (1) que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolia y tristeza. ¡Oh buen hermano mío, y quién

---

(1) Así dice la edición primera, y casi todas. Algunas varian «será» y ponen «chará», y el Sr. Hartzenbusch cree que diría el original de Cervantes: «Esta duda hará». Nosotros creemos que Cervantes escribiría aquí: «Esto todo será parte para que yo prosiga mi viaje», etc. Sin embargo, dejamos el texto como apareció en la edición primera, pues lo que se trata de expresar se comprende.

supiera ahora dónde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Oh quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitán, no quiso tenerlos á todos más tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del Oidor. Estaba esperando el capitán á ver lo que el cura queria hacer, que fué, que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el Oidor y los demás caballeros estaban, y dijo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: éste que aquí veis es el capitán Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije, los pusieron en la estrechez que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitán á abrazar á su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apénas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos; allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos; allí abrazó el Oidor á Zoraida; allí la ofreció su hacienda; allí hizo que la abrazase su hija; allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como

pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no serle al Oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partía flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ú otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agraciéronselo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodádose como ménos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió, pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusión muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea; y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

+ ensayo x personal  
sobre el Guipuzcoa

## CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas,  
con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,  
Y en su piélagos profundo  
Navego sin esperanza  
De llegar á puerto alguno.  
Siguiendo voy á una estrella,  
Que desde lejos descubro,  
Más bella y resplandeciente,  
Que cuantas vió Palinuro. (1)  
Yo no sé adonde me guia,  
Y así navego confuso,  
El alma á mirarla atenta,  
Cuidadosa y con descuido.  
Recatos impertinentes,  
Honestidad contra el uso,  
Son nubes que me la encubren  
Cuando más verla procuro.  
¡Oh clara y luciente estrella,  
En cuya lumbre me apuro!  
Al punto que te me encubras,  
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oír una tan buena voz; y así, moviéndola á una y á otra parte, la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenás hubo oido dos versos, que el que can-

(1) El piloto principal de la escuadra de Eneas.

taba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea (1), le dijo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿Para qué me despertásteis? Que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír á ese desdichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma, con tanta seguridad (2), que si él no quiere dejarle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dijo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más, y decidme qué es lo que decís de alma y de lugares, y de este músico cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oírle, se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual, estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,  
Que rompiendo imposibles y malezas,  
Sigues firme la vía,  
Que tú misma te finges y aderezas,  
No te desmaye el verte  
A cada paso junto al de tu muerte.  
    No alcanzan perezosos  
Honrados triunfos, ni victoria alguna,  
Ni pueden ser dichosos  
Los que no contrastando á la fortuna,  
Entregan desvalidos  
Al ocio blando todos los sentidos.  
    Que amor sus glorias venda  
Caras, es gran razon, y es trato justo,  
Pues no hay más rica prenda,

(1) Teodora, dice por errata la edición primera.

(2) Así la edición primera. La mayor parte de las sucesivas, entre ellas las de la Academia, han variado el texto, poniendo arbitrariamente: «y del que él tiene en mi alma», etc. Restablecemos el texto primitivo.

Que la que se quilata por su gusto,  
Y es cosa manifiesta,  
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías  
Tal vez alcanzan imposibles cosas,  
Y así, aunque con las mías  
Sigo de amor las más dificultosas,  
No por eso recelo  
De no alcanzar desde la tierra el Cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, qué era lo que le queria decir denantes. Entónces, Clara temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentido, y así le dijo: éste que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ó en otra parte: finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y áun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicarlo, y así lo dejé estar sin darle otro favor, sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme de él, siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trajera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocerle. Conocile, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se lesconde, cuando atra-

viesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta. Y hay más, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le hē hablado palabra, y con todo eso, le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir de este músico cuya voz tanto os ha contentado, que en solla ella echareis bien de ver, que no es mozo de mulas como decís, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho. No digais más, señora Doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais más, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que áun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más su esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase: quizá con no verle y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo; aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé qué diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá dice mi padre que los cumple. No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la

guarda, determinaron las dos de hacerle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanza, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa: oh, mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo, ¿y qué fará agora la Tu Merced? Si tendrás por ventura las mientes (1) en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas de ella, oh luminaria de las tres caras (2): quizás con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando, cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuidado corazón padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios? Y tú, Sol, que ya debes de estar aprisa ensillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz (3) en el rostro, que tendré más celos de tí, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas del Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, celoso y enamorado. Á este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la Luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se ima-

---

(1) Los pensamientos.

(2) La Luna.

(3) No la beses.

ginaba que era aquella venta. Y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente(1), si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada de eso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes. ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada de ella fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote, pero él se guardará bien de eso, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes, que sin duda Don Quijote daria la mano que le había pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quijote se había puesto de piés sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo,

---

(1) En el acto, en el momento.

á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni áun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis, qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: más parece que vuestra merced me ralla (1), que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba, pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar, que estaría sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por vía de encantamiento como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su brazo, por ver si podía soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza en-

---

(1) Me destroza, me desmenuza.

cantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se había creido que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre la albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado. Y haciale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apénas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes: lo cual, visto por Don Quijote, desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dijo: caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas de este castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el Sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo ó no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza, ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de prisa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quijote, y aún de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano. Y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuan-

les es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó, y áun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto quanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco más que se estiren, llegarán al suelo.

---

### NOTA.

---

Dice Cervantes en este capítulo en persona de Don Quijote: «tendré más celos de tí (del Sol) que tú los tuviste de aquella ligera ingrata (Dafne) que tanto te hizo sudar y correr por los

llanos de Tesalia, ó por las riberas del Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, *celoso y enamorado.*» Y dice un anotador, convirtiéndose en dómíne de Cervántes: «Apolo no persiguió á Dafne por celos, sino por lascivo apetito.» ¡Qué observacion más inoportuna é indiscreta! Cervántes dice lo que debe decir, lo que la mitología gentilica narra; el anotador dice una inconveniencia, queriendo indicar equivocacion en Cervántes. Nos cuenta la Mitología que, enamorado Apolo de la hermosísima ninfa Dafne, hija del rio Peneo, ésta jamás escuchó las amorosas palabras de aquél, respondiendo con crueldad desdeñosa á las pretensiones de su adorador, á causa de estar la doncella enamorada del príncipe de Pisa, Leucipo. Cuéntanos asimismo que, celoso entonces Apolo, y cada dia más enamorado, quiso conseguir por la fuerza lo que de voluntad no le era otorgado, y dándose Dafne á la fuga, siempre perseguida por su obstinado amante, próxima á quedar vencida ante él, convirtióla en laurel su padre, el rio Peneo, dejando así frustrados los perversos deseos de su perseguidor.

Está, pues, muy bien lo que escribió Cervántes. Apolo persiguió á Dafne y corrió tras de ella por *celoso y enamorado.*

## CAPÍTULO XLIV.

**Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.**

En efecto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya había despertado á las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fué al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntaron qué tenía, que tales voces daba. El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanza, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: cualquiera que dijere, que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto (1) y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles que era Don Quijote, y que no había que hacer caso de él, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso había llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traía el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que había tanta gente en la venta que no había echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno de ellos el coche donde había venido el Oidor, dijo: aquí debe de estar, sin duda, porque este es el coche que él dice que sigue: quedese uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle, y aún sería bien que uno de

---

(1) Reto.

nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno de ellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban á aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia; y así por esto, como por el ruido que Don Quijote habia hecho, estaban todos despertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor Don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpiose el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ó no pudo, hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa; si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues cómo supo mi padre, dijo Don Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien dísteis cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó méños; y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, más contentos de lo que imagi-

nar se ptiude, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el Cielo lo ordenare, respondió Don Luis. ¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el Cielo, fuera de consentir en volveros? Porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó' el mozo de mulas, junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y á los demás, que ya vestido se habian, á los cuales dijo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y cómo le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria; y con esto, y con lo que de él sabian de la buena voz que el Cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y áun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y asi se fueron hacia la parte donde aún estaba hablando y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á bscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados de él, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretaronle entonces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese, ó no quisiese. Eso no hareis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habia acudido á la porfia todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Odor, el cura, el barbero y Don Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar más el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian, que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho. Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia de este caballero queda á peligro de perder-

la. Á esto dijo Don Luis: no hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si nó, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de raiz, dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió: ¿no conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre, en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor más atentamente y conocióle, y abrazándole, dijo: ¿qué nifierías son estas, señor Don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este traje que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el cual (1) dijo á los cuatro, que se sosegasen, que todo se haría bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó qué venida había sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa de ellas, que dos huéspedes, que aquella noche habían alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habían intentado irse sin pagar lo que debían; mas el ventero, que atendía más á su negocio que á los ajenos, les asío al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle, que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo cual respondió Don Quijote muy despacio y con mucha flemá: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré:

---

(1) *El cual*, falta en la primera edicion; pero era preciso para aclaracion del texto, y fué añadido con mucha oportunidad en posteriores ediciones.

corred y decid á vuestro padre, que se entreteenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré de ella. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes, que estaba delante; primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis más que medianamente satisfecha. Y sin decir más, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aún todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó (1) y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decían que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderril; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si nó, sufra y calle el que se atreve á más de á lo que sus fuerzas le prometen (2), y volvámonos atrás cincuenta pasos á ver qué fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido: á lo cual, el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: señor mio, yo no sé

(1) Es decir, quedó suspenso, se detuvo.

(2) Permiten, ha variado la edición del Sr. Clemencin, pero sin necesidad alguna, pues el texto está muy claro.

deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el Cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos más de lo que ha podido entender de algunas veces que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare de este bien que yo supo buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le había descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio. Y así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entre tuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y áun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no sólo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de Don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quijote, más que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciéndc: ¡ah don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda,

con todos mis aparejos que me robásteis! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asíó de la albarda y con la otra dió un mohicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en la albarda; ántes, alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia. Y decia: ¡aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladrón salteador de caminos! Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos. Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedare por infame. Y hay más, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azofar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino; el cual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor de él con legítima y lícita posesion (en lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaezes del caballo de este vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones (1) se ven en los sucesos de la caballería); para confirmacion de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Pardiez (2), se-

---

(1) Que como esas transformaciones equivale á que parecidas, que semejantes transformaciones, etc.

(2) Vale tanto esta expresion, como en verdad, á fe mia.

ñor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, (1) como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas de este castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la trajo, y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: miren vuestras mercedes con qué cara podrá (2) decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

### N O T A.

Donde dice en este capítulo que Don Quijote, al llegar al sitio en que peleaban el ventero y los huéspedes, «embazó y se estuvo quedo,» observa el Sr. Hartzenbusch: «¿No será *envainó*?» No lo creemos así. El texto está muy claro. El verbo embazar tiene aquí la acepcion de «quedan suspenso ó detenerse.» Don Quijote, obtenida la licencia de la princesa Micomicona, acude al socorro del ventero; pero al llegar ante los combatientes, nota y ve que no son armados caballeros, sino gente escuderil, y queda suspendo, se detiene, encomendando la empresa de favorecer al ventero á su buen escudero Sancho. Está, pues, muy propiamente empleado el verbo *embazar*.

(1) *Malino*, se puso por errata en la edición primera.

(2) Podia puso la edición primera. Muy oportuna y aceptable aquí la variante de la Academia.

## CAPÍTULO XLV.

*para la Sociedad*  
Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

*Isaac*  
¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aún porfian que esta no es bacía, sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero; y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo más ha de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno, y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia; digo, á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira. Tambien digo, que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya había entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas; y áun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco, ó na-

da atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado ¡que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo! Cosa parece esta, que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea! Basta: si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo Don Quijote, pero ya he dicho, que en eso no me entremeto. De que sea albarda, ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo Don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que cuanto en él se trata va por via de encantamiento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber cómo, ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda, ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva: sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas de este castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definicion de este caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y, de lo que resultare, daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandisima risa; pero para los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Dón Luis, y á Dón Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y

cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver cómo andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándoles al oido para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado. Y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de júamento, sino jaez de caballo, y áun de caballo castizo, y así habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el Cielo, dijo el pobre (1) barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez: pero allá van leyes... etc., y no digo más. Y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar nó. No ménos causaban risa las necesidades que decia el barbero, que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazon dijo: aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como sou, ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es, ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: ¡tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dijere, debe de estar hecho uva!

(1) *El sobrebarbero* se pone en las primeras ediciones. La variante de la Academia es muy aceptable. Sin embargo, tal vez lo que escribiria Cervantes fuera: *el sobredicho barbero*.

Mentís como bellaco villano, respondió Don Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido. El lanzon se hizo pedazos en el suelo; y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros: Don Luis daba voces á sus criados que le dejases á él, y acorriesen á Don Quijote, y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quijote. El cura daba voces; la ventera gritaba; su hija se afigia; Maritornes lloraba; Dorotea estaba confusa; Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molía al barbero; Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el Oidor le defendía; Don Fernando tenía debajo de sus pies á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre. Y en la mitad de este caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¡no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region (1) de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos, como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga, pues, vuestra merced, señor

---

(1) *Legion de demonios*, han puesto casi todas las ediciones. Es una variante innecesaria.

Oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y póngannos en paz, porque por Dios Todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frasis(1) de Don Quijote, y se veian mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y la albarda: Sancho, á la más mínima voz de su amo, obedeció como buen criado: los cuatro criados de Don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba el no estarlo: solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quijote. Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del cura, volvieron los criados de Don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el cura qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que Don Luis le había dicho. En fin, fué acordado, que D. Fernando dijese á los criados de Don Luis quién él era, y cómo era su gusto que Don Luis se fuese con él á la Andalucía, donde de su hermano el Marqués seria estimado como el valor de Don Luis merecia; porque de esta manera se sabia de la intencion de Don Luis: que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida, pues, de los cuatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dejarle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. De esta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante y prudencia del Rey Sobrino. Pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la

---

(1) Las frases, el modo de expresarse.

pendencia, por parecerles que de cualquier manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno de ellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quijote traia, venian bien, y sacando del seno unos pergaminos, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia, ponía los ojos en Don Quijote, é iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apénas se hubo certificado, cuando recogiendo sus pergaminos, con la izquierda mostró el mandamiento (1), y con la derecha asió á Don Quijote del cuélllo fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: ¡favor á la santa Hermandad!, y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quijote, el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y crujíendole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida ántes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á darle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija pidiendo favor al Cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos de este castillo, pues no es posible vivir

(1) Por error de caja dice en la edición príncipe: «y quizá tomó el mandamiento,» lo cual altera completamente el sentido de la oración. Las ediciones de la Academia han corregido esta enorme errata de las impresiones de Cuesta, poniendo: «en la izquierda tomó el mandamiento,» que es la lección generalmente seguida. Pero el Sr. Hartzenbusch opina en sus notas que debe leerse el texto como lo dejamos en la edición presente. Es una variante muy aceptable, y como todas las razonadas y precisas, la seguimos y elogiamos.

una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrabmos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: *venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, de que el Cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, decidme: ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus pragmáticas (1) su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminentias, ni exenciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho (2), alcabala (3), chapín de la reina (4), moneda forera (5), portazgo (6), ni barca (7)? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió*

(1) Pragmáticas.

(2) Tributo.

(3) Derecho de tanto por ciento sobre lo que se vende.

(4) «Servicio hecho por el reino en ocasion de casamiento de los Reyes,» como define el Diccionario.

(5) Tributo que se pagaba antigüamente al Rey de siete en siete años.

(6) El derecho que se paga por el paso de algun paraje.

(7) Aquí vale tanto la palabra *barca* como *barcaje*, ó sea el derecho que se paga por pasar en barca de un lado á otro de un río.

en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué Rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo, cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

---

### NOTA.

El refran que se cita en este capítulo, *allá van leyes do quieren reyes*, da á entender, segun el Diccionario de la Academia, «que los poderosos quebrantan las leyes, acomodándolas é interpretándolas á su gusto.» Así se desprende tambien de lo que se cuenta sobre el origen de este refran.

En el reinado de D. Alfonso VI se trató por el arzobispo de Toledo D. Bernardo, por el legado del Papa y por la reina Doña Constanza, de anular el misal y breviario gótic, de que se había usado vulgarmente en España «desde muy antiguos tiempos por autoridad de los santos Isidoro, Ildefonso y Julian,» segun las palabras del historiador Mariana, y sustituirlo con el breviario romano. Encontró la innovacion grandes oposiciones en el pueblo, y al fin se acordó que se decidiese por la suerte de las armas cuál de los dos breviarios había de ser el preferido. Efectuóse el combate, y en él triunfó el soldado Juan Ruiz, del linaje de los Matanzas, que defendia el breviario gótic. Los sostenedores de la innovacion, y de que fuese aceptado el breviario romano, no se dieron sin embargo por vencidos, á pesar de todo, y entonces se apeló á otro procedimiento, no ménos peregrino que el del duelo, para conocer cuál de los dos breviarios debia preferirse. Arrojaron en una hoguera los dos, y tambien de esta prueba salió triunfante el gótic, habiendo estado gran espacio de tiempo en el fuego sin sufrir lesion alguna, en tanto que el romano saltó

del fuego, «pero chamuscado,» segun la expresion del padre Mariana.

El mismo escritor añade:

«Todavia el Rey, como juez, pronunció sentencia en que se declaraba que el un breviario y el otro agradaban á Dios; pues ambos salieron sanos y sin daño de la hoguera; lo cual el pueblo se dejó persuadir. Concluyóse el pleito, y concertaron que en las iglesias antiguas, que llaman mozárabes, se conservase el breviario antiguo: concordia que se guarda hoy dia en ciertas fiestas del año, que se hacen en los dichos templos los oficios á la manera de los mozárabes. También hay una capilla dentro de la iglesia mayor, en la cual hay cierto número de capellanes mozárabes, que dotó de su hacienda el cardenal Fray Francisco Jimenez, porque no se perdiese la memoria de cosa tan señalada y de rezo tan antiguo. En los demás templos hechos de nuevo en Toledo, se ordenó se rezase y dijese misa conforme al uso romano. De aquí nació en España aquel refran muy usado: ALLÁ VAN LEYES  
DÓ QUIEREN REYES.»

## CAPÍTULO XLVI.

**En que se da fin á la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.**

En tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros, cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni áun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y áun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian (1) con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa, y fueron árbitros de ella, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo méno en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura, á socapa, (2) y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces, ni por siempre jamás amen. Sosegadas, pues, estas dos pendencias,

---

(1) *Insistian*, ponen algunas ediciones; pero no es preciso alterar el texto.

(2) Disimuladamente.

que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le quería llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor (1) de los amantes de la venta, y de los valientes de ella, quiso llevarlo al cabo, y dar á todo feliz suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis quería, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que había visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor, de muy buena voluntad, había tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano: de todo lo cual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecerla, se puso en pié, y le dijo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ninguna cosa se muestra más esta verdad, que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previenen los discursos del

---

(1) *En saber de los amantes*, dice por errata la edición primera.

enemigo, y alcanzan la victoria ántes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia; porque, ¿quién sabe, si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruirle, y dándole lugar el tiempo, se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura; que no está más de tener la vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual, con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió de esta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anexo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el Cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra: disponeos vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. ¡A la mano de Dios! dijo Don Quijote. Pues así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantarla, y ponerla en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino, lo que (1) suele decirse, que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el Cielo, ni visto el infierno, ninguno que me espante, ni acobarde, ensilla Sancho á Rocinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y de estos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: ¡ay señor, señor, y como hay más mal en la alde-

---

(1) Así el texto primitivo, y está muy bien. Las ediciones de la Academia ponen caprichosamente: «el deseo y el camino, porque suele decirse.» Esto se llama introducir variantes inopportunas, y afear el texto con aditamentos innecesarios.

güela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas! ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Dí lo que quisieras, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, ¡pecador fui yo á Dios!, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, nolo es más que mi madre; porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hoci-cando (1) con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse (2) colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando, alguna vez, á hurto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual había visto Sancho, y parecidole que aquella desenvoltura, más era de dama cortesana que de Reina de tan gran reino, y no pudo, ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática; y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme prisa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palfren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comiamos. ¡Oh válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ¡oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia, y en la de estas inclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? ¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo (3) de bellaquerías, inventor de maldades,

(1) Quiere decir Sancho que no se anduviera besucando ó besando repetidamente.

(2) El verbo *parar* significa aquí, como en otro pasaje de este mismo tomo, *ponerse*. «Paróse colorada»: púsose colorada.

(3) Granero, depósito.

publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, sépena de mi ira! Y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera débajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de Don Quijote, dijo para templarle la ira: no os despecheis (1), señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestra buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio á nadie: y así se ha de creer, suponer duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera; que sé yo bien de la bondad é inocencia de este desdichado que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es, y así será, dijo Don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonarle, y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don Quijote respondió, que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, é hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion, diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas de este castillo son hechas por vía de encantamiento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria. No lo creas, respondió Don Quijote, que si así fuera, yo te vengara entónces, y áun ahora; pero ni entónces, ni ahora pude, ni ví en quién tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos, qué era aquello de la manta, y el ventero

---

(1) El verbo *despechar* significa aquí *incomodar*, *indignar*.

les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo, que era encantamiento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que había que toda aquella ilustrè compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego, Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos, por órden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio, se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés de modo, que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa, más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear, ni defender; todo á punto como había pensado que sucederia el cura trazador de esta máquina. Sólo Sancho de todos los presentes, estaba en su mismo juicio, y en su misma figura: el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que, trayendo allí la jaula,

le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el de la albarda, sino el otro, que decia: «¡Oh caballero de la triste figura! no te dé afincamiento (1) la prision en que vas, porque así conviene, para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la cual se acabará, cuando el furibundo león manchego, con la blanca paloma tobosina (2), yoguinen (3) en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre: y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva Ninfa (4) faga dos vegadas (5) la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye, ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante: que presto, si al Plasmador (6) del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha hecho tu buen señor; y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos: y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé.» Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabedores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matri-

(1) Aficion, pena.

(2) A Dulcinea llama el barbero, hablando en términos caballerescos, «blanca paloma tobosina,» así como á Don Quijote «furibundo león manchego.»

(3) El verbo yoguir es anticuado, y significa «tener acto carnal.» Muchas ediciones han variado el texto poniendo «yacieren en uno,» ó se «uniesen en uno.» No creemos oportuna la variante.

(4) Apolo, el Sol.

(5) Palabra anticuada que significa veces.

(6) Creador.

monio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: ¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégate que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prisión, donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder, que no me dejará en buena, ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la Insula, u otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entradas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entradas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

### N O T A.

Donde dice en este capítulo que la «fortuna había comenzado á romper lanzas y á facilitar dificultades en favor de los amantes,» pregunta el Sr. Hartzenbusch: «Lanza, ¿será errata; por *lazos*?» No creemos que haya aqui errata alguna: el texto está muy claro: la frase romper lanzas, con toda propiedad empleada. «Romper lanzas» es lo mismo que «quitar las dificultades y es-

torbos que impiden la ejecucion de alguna cosa,» segun el Diccionario de la Academia. De modo que, al decir Cervantes que la fortuna habia comenzado á romper lanzas en favor de los amantes, expresa en términos muy castizos, claros y propios que habia comenzado á allanar las dificultades y quitar los estorbos que ántes se oponian á los honestos deseos de D. Luis y Clara.

«De la notable aventura de los cuadrilleros y la gran ferocidad de nuestro gran caballero D. Quijote,» dice el epígrafe de este capítulo en la primera edición. La de Bruselas de 1607 lo varió, poniendo: «En que se da fin á la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.» Hemos adoptado dicha variante por ser muy aceptable, pues del fin de la aventura de los cuadrilleros es de lo que en este capítulo se habla.

## CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Cuando Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamás he leido, ni visto, ni oido, que á los caballeros encantados los lleven de esta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales. Porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo, ú otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusión; pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser, que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece de esto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas mi padre! respondió Don Quijote. ¿Cómo han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten más de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado: y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra

propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque, segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero éste huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles de eso, Sancho amigo, respondió Don Quijote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no hueulen nada, porque son espíritus, y si hueulen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á ti te parece, que ese demonio que dices, huele á ámbar, ó tú te engaña, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado, y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abbreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadriñeros que lo acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadriñeros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quijote dijo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas á los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por si sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástres, saldrá vencedora de todo trance, y dará de si luz en el mundo, como la da el Sol en el Cielo.

Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he hecho, que de voluntad y á sabiendas jamás le di (1) á nadie: y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto; que si de ellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes hecho, para gratificarlas, servirlas y recompensarlas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de Don Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quijote, asegurándole, que no habria cosa que más gusto le diese, que saberlo: y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, asi de su casamiento, como del bautismo de Zoraida, y suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del curioso impertinente, y que, pues su dueño no habia vuelto más por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos, luego vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió, que pues la del curioso impertinente habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así la guardó con presupuesto de leerla, cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero, con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusieronse á caminar tras el carro; y el orden que llevaban, era este: iba primero el carro, guiándole su dueño: á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante: detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando

---

(1) *Fiz*, cree el Sr. Hartzenbusch que escribiría aquí Cervantes.

más de lo que permitia el paso tarde de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero, que caminasen un poco más, porque él sabia que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, había un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la fiesta y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseos de llegar presto á sestear (1) á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente, y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo, y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y más á Don Quijote enjaulado y apriisionado, no pudo dejar de preguntar, qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ó otro delincuente, cuyo castigo tocase á la santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero de esta manera, dígallo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quijote la plática, y dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decirlas. Y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo, que no fuese descubierto su artificio. El canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: en verdad hermano, que sé más de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando: así que, si no está más que en esto, segu-

---

(1) Pasar la siesta.

ramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéreis. A la mano de Dios replicó Don Quijote. Pues así es, quiero, señor caballero, que sepades, que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos Magos crió Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopía, han de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura, que él va encantando en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *El Caballero de la Triste Figura*, si ya le oisteis nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en oscurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podía saber lo que le había acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto, Sancho Panza, que se había acercado á oír la plática, para adobarlo todo, dijo: ahora, señores, quiéranme bien, ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantando mi señor Don Quijote, como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacia ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado, pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores? Y volviéndose á mirar al cura, prosiguió diciendo: ¡ah señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su Reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor

estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios: pero ya veo, que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador, ó visorey de alguna insula, ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. ¡Adóbame esos candiles! dijo á este punto el barbero: ¡tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Vive el señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería! En mal punto os empreñasteis de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaría empreñar del Rey que fuese, y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie, y si insulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre, puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una insula, y más pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso: y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedese aquí, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir: y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo asi el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula; y el designio que

llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir, dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece, que cual<sup>más</sup>, cual ménos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias (1), que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar, y no á enseñar; al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista, ó la imaginacion le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fábula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes (2)? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender, que el tal caballero alcanzó la victoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina, ó emperatriz heredera, se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del

(1) Un autor español del siglo XVI, escribe lo siguiente sobre las fábulas milesias: «Díicense *milesias* de la ciudad de Mileto en Jonia, adonde, por la mucha ociosidad de la tierra, se inventaron las consejas. En esta fábula escribió Apuleyo su *Asno dorado*, y Mahoma escribió su *Alcoran*; y todos los milesios escribieron sus caballerías amadísicas y esplandiánicas.»

(2) *Competentes*, puso la primera edición en vez de *combatientes*; errata corregida despues en la tercera edición de Juan de la Cuesta.

todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anocchece en Lombardía, y mañana amanezca (1) en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas, ni verdades, responderles habia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspen dan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas. Y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intencion á formar una quimera, ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera de esto, son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como á gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atención, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y así le dijo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, había quemado todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que de ellos había hecho, y los que había condenado al fuego, y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo, que con todo quanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por

---

(1) Amanece han puesto varias ediciones, siguiendo una variante de la Academia. No es preciso alterar el texto, sin embargo.

donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas; pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren; mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópilo, la prudencia de Catón, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos (1) tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada de estos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica, tan bien puede escribirse en prosa como en verso.

(1) El Sr. Clemencín puso *lizos*, ó sea *los hilos ó estambres de una tela ó tejido*; pero nosotros conservamos el texto tal como está en la primera edición y en casi todas, porque la palabra *lazos* está aquí empleada en la acepción de *adornos*, lo cual es propio y elegante.

## COMENTARIO.

Desde el capítulo XXXII hasta el XLVII de la Primera parte de *El Quijote* se encuentran tan enlazados los sucesos y acaecimientos diferentes que en ellos se relatan, que con propiedad podríamos decir, valiéndonos de unas bellas frases de Cervantes, que todos componen «una tela de varios y hermosos lazos tejida.»

La llegada de Don Quijote y su escudero á la venta; la aventura de los cueros de vino tinto; los acaecimientos amorosos de Luscinda y Cardenio, Don Fernando y Dorotea; la no esperada entrevista de ellos, y el feliz desenlace obtenido, con regocijo de los cuatro jóvenes; la lectura de la novela del *Curioso impertinente*; los peregrinos lances del valiente cautivo y de la bellísima Zoraida; el curioso é interesante relato de las proezas de aquel y de la discrecion de ésta; la aparicion inesperada del Qidor, y el encuentro tan cariñoso de dos hermanos queridos, por tanto espacio de tiempo ausentes; los amores nobles y puros de Don Luis y de Doña Clara; las burlas groseras de la Maritornes y de la hija del ventero; la avariciosa y egoista condicion de éste; las interesadas y positivistas miras de Sancho, y su modo franco y rudo de expresarse; la aventura de los cuadrilleros; y en fin, la grotesta forma con que conducen el cura y sus paniaguados al más esforzado y leal de los caballeros, so pretexto de reducirlo á la tranquilidad y apartarle de la vida peligrosa que, según ellos, seguia, todo, completamente todo, se halla pintado y descrito con magistral gusto, con seductora gracia, con adecuados y perfectos coloridos, con fidelidad, con hermosura indescriptible.

Algunos críticos, demasiado severos, han sostenido que la historia del *Capitan cautivo* y la novela del *Curioso impertinente* están mal intercaladas en el texto de *El Quijote*; pero como detenidamente demostramos en nuestra *Vida de Cervantes* (capítulo XXI) esas dos ingeniosas y bellísimas producciones, sin perjudicar en nada al conjunto admirable de la fábula, la realzan y

hermosean como adornos adecuados, y que ofrecen un dulce atractivo de variedad.

Don Quijote aparece en todos estos capítulos tan noble y digno como siempre. Con engaño le sacan de su áspera y retirada vida, y fuerzan su voluntad, y sirve de risa y pasatiempo en la venta á cuantos en ella se hallaban, desde el cura que pretende curarle llevándole á su aldea, hasta la impudica Maritornes, que se regocija haciéndole sufrir atado de una muñeca.

Ninguno comprende el recto ánimo y el generoso propósito del pondonoso caballero. Sus ideas de regeneración, de bien, de cariño, de justicia, de magnanimitad, las reputan por desvaríos; su energica voz, tronando contra todo lo malo, lo perverso y lo inmoral, sin rodeos y sin contemplaciones, paréceles el complemento de la demencia; su defensa ardorosa de la Institucion de la caballería, causales risa; sus discursos, inspirados en la rectitud y en la alteza de pensamientos, oyéndolos con la sonrisa de la compasión en los labios. Aquel hombre no pensaba como la generalidad de sus contemporáneos, trataba de poner su inteligencia y su brazo al servicio de una idea regeneradora, pero para la mayoría de la sociedad incomprendible, utópica, risible, y sus esfuerzos se estrellaban contra la indiferencia de sus coetáneos, y contra el desden y el despego de sus mismos amigos.

Para hacer notar más perfectamente el autor, la dolorosa y desgarradora antipatía con que eran escuchadas las palabras del hombre íntegro y virtuosísimo por sus contemporáneos, nos lo ofrece en la venta rodeado de individuos que personificaban todas las clases de la sociedad, desde las más ínfimas hasta las más elevadas, desde las más ignorantes hasta las más cultas, desde las más groseras hasta las más atentas. En Don Fernando, la nobleza; en el cura y en el canónigo, el clero; en el Oidor, la magistratura; en Luscinda, Dorotea, D. Luis y D.<sup>a</sup> Clara, la juventud; en el Capitan cautivo, la milicia; en los cuadrilleros, gente de justicia; en Cardenio, la edad experimentada; en el ventero, la clase media; en Sancho y los barberos, la clase pobre y trabajadora; en Maritornes, en fin, la clase baja y abyecta. Y todos, como impulsados por un mismo móvil, como si obedecieran á fin idéntico, ya compadecen al magnánimo hidalgo, y ya se burlan de sus advertencias y palabras: todos le conceptúan por loco rematado, y creen oportunísima la idea de encerrarlo en una jaula, y conducirlo á su casa en una carreta de bueyes.

Preciosa alegoría es ésta en que Cervántes nos enseña lo que en todas las sociedades, y especialmente en las degeneradas ó hipócritas, consigue el hombre de bien y de pundonor que lucha solo contra los egoismos, las maldades ó las tendencias positivistas de sus contemporáneos. Alza su voz en defensa de todo lo justo, de todo lo digno, de todo lo meritorio; pone de manifiesto ante la sociedad sus defectos y sus miserias; ataca denodadamente y de frente el mal; escudo es constante y firme de la virtud; ante nada se intimida; nada le anonada ni abate; toda causa noble le cuenta por su defensor generoso; el bien de todos es su enseña; la caridad su principio; la protección del desvalido y del bueno su magnánima ocupación; y sin embargo, sus actos son rebajados, su noble propósito se reputa como señal de soberbia, su lenguaje leal y claro como muestra de presunción, su desprendimiento como vanidad, y su abnegación como deseo de gloria mundana, hasta que la maldad y el odio le señalan á las muchedumbres como merecedor de que lo persigan y exterminen, ó le tachan de visionario, de utópico y de loco, digno solamente de que se le encierre en una casa de orates.

¡Miserable suerte en verdad que rodea y amarga la existencia de todos los hombres pondonerosos! intachables, como Don Quijote, y cuya única consoladora recompensa se cifra en aquellas palabras por aquel prototipo de los cumplidos caballeros pronunciadas, cuando dijo que «la virtud es tan poderosa, que por sí sola saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el Sol en el Cielo;» sentencia llena de verdad y de filosofía!

## CAPÍTULO XLVIII.

**Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.**

Así es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura, y por esta causa son más dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarlse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la poesía griega y latina. Yo, á lo ménos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y, si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados de esta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que sólo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion. Pero con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver, que es más el número de los simples que de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que más me le quitó de las manos, y áun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas, como las de historia, todas, ó las más, son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vul-

go, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos (1) de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: de este modo vendrá á ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo (2). Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que más gente atraerán, y más fama cobrarán representando comedias que sigan (3) el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y incorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que de él los saque. Acuérdate que un dia dije á uno de estos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que ha pocos años, que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes, ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir vuestra merced por *La Isabela*, *La Filis* y *La Alejandra*. Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que, no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La Ingratitud vengada*, ni le tuvo *La Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas, que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado. Y otras cosas añadi á éstas, con que á mi parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra

(1) Es decir, se quedan sin entender su artificio, no lo comprenden.

(2) Quiere decir que trabajaría sin obtener utilidad alguna, aludiendo al conocido refran del *sastre del cantillo ó del campillo, que cosia de balde y ponía el hilo*.

(3) Que hagan el arte, dice la edición primera, pero la de 1608 corrigió el texto como lo dejamos, que es el generalmente seguido, y cuya corrección fué muy acertada.

merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Túlio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedad, é imágenes de lascivia. Porque, ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Ásia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion que pasa en tiempo del Rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el Emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan, que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullurías (1). ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas! ¡Qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un Santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto, ni consideracion, que parecerles que alli estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun

---

(1) Vale tanto como *gollerías*, es decir, cosas superfluas, ó excesivamente delicadas.

en oprobio de los ingenios españoles, porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no seria bastante disculpa de esto decir, que el principal intento que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretenar la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con cualquier comedia buena, ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretenar, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere de ellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa de esto los poetas que las componen, porque algunos hay de ellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicissimo ingenio de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, despues de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, teme-

rosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linajes. Y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta, que examinase todas las comedias ántes que se representasen: no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna Justicia en su lugar dejase representar comedia alguna. Y de esta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen, mirarian con más cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y de esta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicisimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerias, que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se oscureciesen á la luz de los nuevos que salieran para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando, adelantándose el barbero, llegó á ellos, y dijo al cura: aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno, para que, seseando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura; y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia. Y así por gozar de él, como de la conversacion del cura, de quien ya iba aficionado, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trajesen de ella lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual, uno de sus criados respondió, que la acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia

recaido bastante para no obligar á tomar de la venta más que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podía hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenía por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamiento, y es, que aquestos dos que vienen aquí cubiertos los rostros, son el cura de nuestro lugar y el barbero, é imagino han dado esta tráza de llevarle de esta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embajado (1) y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieras, hijo Sancho, respondió Don Quijote, que yo te satisfaré, y responderé á toda tu voluntad. Y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el cura y el barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos, pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser, que los que me han encantado, habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las de estos nuestros amigos, para darte á tí ocasión de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir de él, aunque tuviesser la soga de Teseo: y tambien lo habrán hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí, que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga, ó piense, sino que la manera de mi encantamiento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo,

---

(1) Ofuscado, engañado.

di, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz, ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falso de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si nō, dígame, así Dios le saque de esta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando mémos se piense. Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta ló que quisieras, que ya te hé dicho que te responderé con toda puntualidad. Éso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir, y la dicen, todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes... Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más, si quieres que te responda de rechamente. ¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? ¡Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello! Pues sepa que quiero decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa. ¡Ya, ya te entiendo, Sancho! ¡Y muchas veces, y áun ahora la tengo: sácame de este peligro, que no anda todo limpio! (1)

---

(1) ¡Qué natural é inimitable gracia la de Cervántes!

**NOTA.**

La enérgica censura que hace Cervántes en este capítulo, en persona del canónigo, de las muchas disparatadas comedias de su tiempo, es tan justa como perfectamente hecha. Ya hemos dicho ántes que pocos escritores, ó ninguno, sabian ejercer la critica literaria en la época de Cervántes, con la perfeccion y buen gusto que él supo hacerlo. En nuestros apéndices á este tomo, quedará más extensamente comprobado así, cuando hablemos de los libros y autores citados por Cervántes en los capítulos que aquel comprende.

En lo que exageró Cervántes fué, sin duda, en decir que los extranjeros con mucha puntualidad guardaban las leyes de la comedia, y nos tenian por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las españolas; pues como ha demostrado, precisamente un ilustre cervantista y critico extranjero, cuando Cervántes escribia, los italianos no tenian más que algunas composiciones dramáticas estimables; la escena francesa estaba todavía en mantillas; la alemana no existia; y aun en la inglesa, el mismo Shakespeare no se preciaba de aquella regularidad clásica que permitia á los extranjeros llamar bárbaros á los autores españoles.

## CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sáncho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de que hacer consecuencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora(1) precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion, seria bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun á sacarle de ella, y probase de nuevo á subir sobre su

---

(1) Es decir, en este momento, en este instante.

buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de melancólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo, á ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero: el cual rogó al cura, que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, é irse donde jamás gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todos, dijo el canónigo, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba esuchando, cuanto más que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que pues esto era así, bien podian soltarle, y más siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle, les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: aún espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo en-

cima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diciendo esto Don Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado, y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Miráballo el canónigo, y admirábbase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondía, mostraba tener bonísimo entendimiento: solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: (1) ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender, que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palfren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarria de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared, y áun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasión que el vulgo ignorante venga á creer y á tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y áun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á

(1) «*El dijo, leeríamos nosotros. El canónigo es el que dice:*» así escribe el Sr. Hartzenbusch en una de sus notas. Sin embargo, el texto se comprende bien, y no creemos oportuno variarlo.

términos, que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ó lleva algún leon, ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él, dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el Cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego García de Paredes Extremadura, un Garci Perez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos pueden entretenir, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta si será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do segun he sabido trae vuestra merced su principio y origen. Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del canónigo, y cuando vió que ya había puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender, que nó ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante, que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grécia, ni todos los otros caballeros, de que las escrituras están llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo. A lo cual respondió Don Quijote: añadió tambien vuestra merced, diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puestome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de lectura leyendo otros más verdaderos, y

que mejor deleitan y enseñan. Así es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecía la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros, cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir, que el Sol no alumbrá, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta; porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrás, con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? ¡Qué voto á tal que es tanta verdad como es ahora de dia! Y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos. Y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan así, que me acuerdo yo, que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¡Pues quién podrá negar, no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los Reyes la clavija conque volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija, está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de donde se infiere, que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, de estos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, diganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso Señor de Charní, llamado Mosen Pierres,

y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama: y las aventurás y desafíos, que tambien acabaron en Borgofia los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo desciendo por linea recta de varon) venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo, que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso, las empresas de Mosen Luis de Falses contra Don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos de estos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que, torno á decir, que el que las negase, carecería de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles, y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer, que hicieron todas aquellas cosas que el Arzobispo Turpin de ellos escribe: porque la verdad de ello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Parés, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo ménos, si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago, ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan, han de ser, ó deben ser, caballeros valerosos, valientes y bien nacidos: y como ahora dicen caballero de San Juan, ó de Alcántara, decian en aquel tiempo: caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuèstra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y por más señas dicen

que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo; pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto. Mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender, que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

---

### NOTA.

---

Se lee en el texto de este capítulo: «En estas pláticas se entrevieron el caballero andanté y el mal andanto escudero, etc.» Y dice el Sr. Hartzenbusch:

«¿Por qué mal andante, cuando caminaria, ó habria caminado como siempre, en su rucio?»

«Quizá seria más propio de la situacion el participio maliciente, ó los adjetivos malignante, maleante ó maldiciente.»

Sentimos disentir en este punto, como en otros muchos, de lo que el Sr. Hartzenbusch opina.

Las palabras *mal andante*, significaban antiguamente, *infeliz, desgraciado*, y es sin duda el sentido en que aquí deben tomarse. Las palabras *mal andante*, para llamar á Sancho *infeliz* escudero, son pues muy oportunas, y no debe introducirse variante alguna en el texto.

---

## CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió Don Quijote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto: si nó, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si nó, dígame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbotones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales ferozes y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: «tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, siquieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los sietes castillos de las siete Fadas, que debajo de esta negregura (1) yacen?» ¿Y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar más en

---

(1) Negrura.

cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y áun sin despajarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios, y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el Cielo es más transparente, y que el Sol luce con claridad más nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta: acá ve otra á lo brutesco adornada(1), adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenado, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimacion su hechura. Y ¿hay más que ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar, ó castillo, y hacerle desnudar, como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, yecharle un manton sobre los hombros, que por lo fménos, ménos, dicen que suele valer una ciudad, y áun más? ¿Qué es ver pues, cuándo

---

(1) Ordenada han puesto sin necesidad casi todas las ediciones, cuando el texto primitivo está tan claro y propio.

nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué, el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué, verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿Qué, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿Cuál será oír la música, que en tanto que come, suena, sin saberse quien la canta, ni adónde suena? Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admirán á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto; pues de ello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere: y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en poccs dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra:-que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: trabaje vuestra

merced, señor Don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir, que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curare de otra cosa: y así haré yo, y no repararé en tanto más cuante, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de atender (1) el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; mas sólo sé, que tan presto tuviese yo el condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey seria yo de mi estado, como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaría contento, y en estando uno contento no tiene más que deseiar, y no teniendo más que deseiar, acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó Don Quijote: yo no sé que haya más que decir: sólo me guio por muchos y diversos ejemplos que podria traer á este propósito, de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades é insulas, y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse Rey. Pero ¿para qué gasto tanto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Iusula Firnie? (2) Y así puedo yo sin es-

(1) Entender, ponen casi todas las ediciones, inclusas las de la Academia, pero está el texto mejor como lo dejamos, que es como está en la edición príncipe.

(2) El texto primitivo dice en esto pasaje: «Sólo me guio por

erúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) (1) que Don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído, y finalmente, le admiraba la necesidad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido. Ya en esto volvían los criados del canónigo, que á la venta habían ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alfombra (2) y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venía un cabrero dándola voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse de ella, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: ¡Ah cerrera, (3) cerrera, manchada, manchada! ¿Y como andais vos estos días de pié cojo? ¿Qué lobos os espantan, hija?

el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula que hizo á su escudero conde de la Insula Firme»; pero adoptamos la adición que hizo Cervantes en la edición de 1608, porque manifestamente es de su pluma. Esta añadidura, sin embargo, no la ponen la mayor parte de las reimpressiones. Oportunamente observa el Sr. Hartzenbusch en una de sus notas que en las palabras añadidas al texto primitivo aludiría Cervantes «á sus servicios militares, á sus patrióticas tentativas en Argel, y á su pretension de un corregimiento en Indias.» «Quizás (añade el referido crítico) escrito este trozo cuando enajenó Cervantes su manuscrito, lo atajaría para la primera impresión, por no indisponerse con personas de quienes aún esperaría favor, y lo repuso en la edición de 1608, porque habría perdido ya toda esperanza de ser colocado, ó por otra razon.»

(1) La primera edición no trae las palabras que están entre paréntesis, pero sí la tercera de Cuesta. Es una adición aceptable, que se haría por indicación del mismo Cervantes.

(2) Palabra anticuada que significa: *alfombra*.

(3) Cerrera, que anda de cerro en cerro.

¿No me direis qué es esto, hermosa? ¿Mas qué puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais? Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, á lo ménos estareis más segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan si guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueís un poco, y no os acucieís (1) en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto, por más que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed un vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo, y agradeciόlo el cabrero, bebió, y sosegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña (2) tan en seso (3) me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rustico soy; pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. A lo méños, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmientados: y para que creáis esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais de ello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad, que acredite la que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió Don Quijote: por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Saco la mia (4), dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta

(1) El verbo anticuado *acuciar* significa, *apresurarse, dar prisa*.

(2) Palabra anticuada que significa: *animal, bestia*.

(3) Es decir, *tan juiciosamente*.

(4) Con las palabras «saco la mia», quiere decir Sancho: Yo

empanada, donde pienso hartarme por tres días, porque he oido decir á mi señor Don Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere, hasta no poder más, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan á salir de ella en seis días, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y sólo me falta dar al alma se refaccion como se la daré escuchando el cuento de este buen hombre. Así la daremos todos á las nuestras, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido había. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenía, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y, mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo; el cual comenzó su historia de esta manera.

## COMENTARIO.

Como en el capítulo XX de la *Vida de Cervántes* hemos demostrado, *El Quijote* no es una invectiva contra los libros de caballerías. La lectura de los tres capítulos precedentes, donde se debate ampliamente por parte del canónigo y Dón Quijote el mérito

---

me retiro, yo no formo parte de los oyentes. Sancho tomaba por un juego aquel relato que iba á hacer el cabrero, y decía lo que los jugadores dicen generalmente al dejar de jugar y levantar su puesta: «saco la mía». Para Sancho no había juego mejor que el de saborear y engullirse una empanada junto al arroyo.

to ó demérito de las referidas producciones, nos corrobora más en nuestra opinion.

El canónigo sostiene que los libros de caballerías eran corruptores de las buenas costumbres, semilleros de males, pervertidores de la juventud, y fomentadores de vicios: Don Quijote los defiende sosteniendo que eran espejos de hidalguía, modelos de buenos ejemplos, dechados de valerosas empresas, y bellos alicientes de la virtud y de los nobles amores. Para el uno eran todos los libros de caballerías complemento de disparates: para el otro, corona de perfecciones.

En el canónigo nos presenta Cervántes á la persona ilustrada y sensata, pero preocupada grandemente contra todos los libros de caballerías, y que juzga y falla por tanto con manifiesta pasion. El hombre que confiesa al cura que, llevado de un falso y ocioso gusto, había leido casi el principio de todos los más libros de caballerías que había impresos, pero que jamás se había podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, condenaba por malos á todos, y proponía remedio para escribir obras de imaginacion más concertadas, verosímiles y propias, sin reflexionar que su censura por demasiado general, perdía de importancia todo lo que le faltaba de razonada y prudente.

En Don Quijote nos presenta Cervántes al hombre de pundonor y de rectitud, si bien aparentemente perturbado por doctrinas que la generalidad conceptúa como locuras y utopias; pero que tiene profundo conocimiento de lo que habla, que defiende con entereza y firme conviccion lo que ocupa un lugar predilecto en su imaginacion y en su alma. Podrá equivocarse ese hombre, cometerá inexactitudes, dirá exageraciones, se formará una idea demasiado perfecta tal vez de los móviles que le impulsan, de los principios á que rinde en su corazon fervoroso y noble culto; mas no se le podrá tachar de ignorante en el asunto que le preocupa, y siempre la deduccion que de sus doctrinas se desprende encierra una verdad ó una demostracion aceptable. Así, pues, están completamente equivocados los críticos que han creido ver en el canónigo, representado á Cervántes, pues ni éste podía en su grandísima capacidad y fino gusto sostener un absurdo, cual es que todos los libros de caballerías eran inmorales y malos, habiendo muchos que pueden pasar por dechados de buen lenguaje y estilo, y por modelos de obras donde el noble amor y la

virtud y la heroicidad y todas las dignas acciones quedan enaltecid as, ni tuvo, en nuestra humilde opinion, otro objeto sino patentizar que hasta las personas más doctas del clero, siguiendo el fallo de ascéticos y moralistas, censuraban sin reflexionar, y sin haberlos leido, tal vez, un género de libros que tenian muy estibles gracias y bellezas.

Las palabras con que Don Quijote termina su discurso en defensa de la andante caballería y de los libros andantescos, si que son aplicables al mismo Cervántes, porque expresan gráficamente sus ideas y sus cualidades. «Despues que soy caballero andante (decia), soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos.» Estas palabras retratan á Cervántes tal cual fué, tal cual en todos los acaecimientos de su heróica vida le hemos visto y estudiado. Caballero andante en realidad fué de su época, así como Don Quijote lo fué en la apariencia. Entrambos pasaron plaza de locos, uno y otro poseyeron las más excelsas cualidades, predicaron el bien, y lo practicaron, y los dos fene cieron á manos de los desengaños é ingratitudes.

Las precedentes observaciones corroboran más y más nuestro aserto de que *El Quijote* no es una invectiva contra los libros andantescos y las ideas caballerescas, como se desprende de la letra misma del texto y de las afirmaciones de muchos críticos, sino una ingeniosa y única apoteosis del hombre intachable, caballeroso y dignísimo, que lucha solo contra todas las miserias, vicios, ruindades, positivismo y perversidad de las sociedades egoísticas, sin temor al ridículo, á los peligros, á los odios, á las persecuciones, á la muerte misma que pueda ocasionarle su regeneradora y sublime empresa.

## CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.

Tres leguas de este valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual había un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia más dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el Cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas: ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imagen de milagros, de todas partes á verla venian? Guardábase su padre, y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fui yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre cohocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no mé-

nos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia, que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir de esta confusión, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica, que en miseria me tiene puesto) advirtiendo, que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija, el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo, que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; sólo sé, que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aún está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un Capitan, que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala, y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones de ellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara, que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenía á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y

otros mil que nombraba, y de todos había salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que, aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y facciones. (1) Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado, al mismo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes; encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados; llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo había referido, y finalmente (que así el diablo lo debia de tener ordenado), ella se vino á enamorar de él, ántes que en él naciese presuncion de solicitarla. Y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella le tenía cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo de esta empresa, que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que de él noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrontados, solicita la Justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre; preguntáronle su desgracia; confesó sin apremio que Vicente de la Rosa la había engañado, y debajo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa

---

(1) Acciones militares.

de su padre; que él la llevaría á la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó tambien, cómo el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué; suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor (1), se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena: pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar, que contento les diese: los mios, en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase, con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar la aldea, y venirnos á este valle, donde, él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el Cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el

---

(1) *Dijo señor hizo de creer*, dice la edicion primera. La tercera de Cuesta corrigió como dejamos el texto, que es el generalmente seguido. Otras reimpressions han puesto: «Duro se nos hizo de creer» &c.

mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmo (1) de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justicia(2) y vitupera: uno celebra su hermosura; otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y más juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y á mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconsistencia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, é intenciones que tienen, y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

(1) Colmado, excesivamente lleno.

(2) El verbo justiciar significaba antigüamente *condenar*, y está aquí muy bien empleado. Sin embargo, la Academia, siguiendo como de costumbre, las malas variantes de la edición de 1608, pone *justifica*, lo cual es completamente diverso de lo que Cervantes quiso expresar.

## CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dijo, que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que más se mostró liberal en esto, fué Don Quijote, que le dijo: por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciérades de ella á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero (1) las leyes de la caballería, que mandan, que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios Nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse y preguntó al barbero que cerca de si tenía: señor, ¿quién es este hombre que tal talle tiene, y de tal

---

(1) La palabra *pero* tiene aquí la acepcion de *sin embargo, no obstante, empero*.

manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil-hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió. Y diciendo y haciendo, (1) arrebató de un pan que junto á si tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas véras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo el canónigo y el cura. Mas el barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, (2) oyeron el son de una trompeta, tan triste, que les hizo volver los rostros hacia donde les pareció que

(1) «Y diciendo y hablando» dice la primera edición; pero en varias se ha puesto acertadamente: «Y diciendo y haciendo.» El gerundio *hablando* es una errata indudable que no debe aceptarse, siendo muy posible que Cervantes escribiría como se ha variado el texto, variante que seguimos y elogiamos.

(2) El verbo anticuado *carpiar* significa *pelear*.

sonaba; pero el que más se alborotó de oírle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y más que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mías, ruégote que hagamos treguas, no más de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes. Era el caso, que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese: y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote que vió los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla: y confirmóle más esta imaginación, pensar que una imagen, que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremitió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y la adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante, y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballería: ahora, digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes. Y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenía, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamás la dice Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes, bien que fueran el cura y el canónigo y barbero á detenerle; mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: ¿adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta, ¡mal haya

yo! que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados, y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban, y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quijote, y es ésta, que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes hecho: y yo que naci en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, (1) que Don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la

---

(1) Así la primera edición, y casi todas. El Sr. Hartzenbusch cree que «se deberia haber escrito: *Con estas razones*». Observación muy oportuna. Sin embargo, tal vez lo que escribiría Cervantes fuera esto: «Con estas razones, cayeron todos los que las oyeron en la cuenta de que Don Quijote», &c. La frase *caer en la cuenta* era muy usada por nuestro autor. El texto, no obstante, lo dejamos tal como está en la edición príncipe, pues, aunque algo alterado, se comprende bien.

mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir la adarga contra villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no había hecho mal á nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia pié, ni mano, y así creyendo que le había muerto, con prisa se alzó la túnica á la cinta y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, (1) temieron algun mal suceso, é hicieron todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse, y aún de ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura, que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los disciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía: ¡oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aún de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses (2) de servicio me tenías dada la mejor Insula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado

---

(1) «Arma para disparar flechas ó saetas», como define la Academia.

(2) A doce días no llegaba el tiempo que servía Sancho á Don Quijote; pero están muy bien en boca del escudero las palabras de ocho meses. Ya se sabe que en esto de decir mentiras y exagerar, nadie iba á la mano á Sancho.

rado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miseras que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía de estos señores que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida, que nos sea de más provecho y fama. Bien dices Sancho, respondió Don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo, y el cura y barbero, le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia: y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro, como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos: los cuadriñeros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia: el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje: en fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quisó, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatriota, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoritas alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de Don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y

así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó, fué que si venia bueno el asno. Sancho respondió, que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora amigo: ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana (1) me traéis á mí? ¿Qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada de eso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de más momento y consideracion. De eso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideracion y más momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una insula, y no de las de por ahí, sino de la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el Cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme: ¿qué es eso de insulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, insulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos. No te acicies, (2) Juana, por saber todo esto tan aprisa: basta que te digo verdad, y cose la boca (3): sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado, escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad, que las más que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar, ofrecido sea al diablo, el maravidi. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Ju-

(1) Especie de basquiña ó saya, que se conoció con el nombre de saboyana, por haberse introducido de Saboya en España.

(2) No te des prisa.

(3) Expresión que vale tanto como «no hables ni una palabra, no despliegues los labios.»

na Panza su mujer, en tanto que el ama y sobrina de Don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al Cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías; allí pidieron al Cielo, que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas, de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría; y así fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor de esta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticias de ellos, á lo ménos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que, segun él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone el fidedigno autor de esta nueva y jamás vista historia. El cual autor, no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos, por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras, que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran éstas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA,  
 LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL  
 VALERO SO DON QUIJOTE DE LA MANCHA,  
 HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,  
 Á LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

## EPITAFIO.

El calvatrueso (1) que adornó á la Mancha  
 De más despojos que Jason de Creta:  
 El juicio que tuvo la veleta,  
 Aguda donde fuera mejor ancha:  
 El brazo que su fuerza tanto ensancha,  
 Quo llegó del Catay hasta Gaeta:  
 La Musa más horrenda y más discreta,  
 Que grabó versos en broncinea plancha:  
 El que á cola dejó los Amadises,  
 Y en muy poquito á Galaores tuvo,  
 Etribando en su amor y bizarria:  
 El que hizo callar los Belianises:  
 Aquel que en Rocinante errando anduvo,  
 Yace debajo de esta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,  
 IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO.

## SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,  
 Alta de pechos y ademán brioso,  
 Es Dulcinea, reina del Toboso,  
 De quien fué el gran Quijote aficionado.  
 Pisó por ella el uno y otro lado  
 De la gran Sierra Negra, y el famoso  
 Campo de Montiel hasta el herboso  
 Llano de Aranjuez, á pié y cansado;  
 Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!  
 Que esta manchega dama, y este invitó  
 Andante caballero, en tiernos años,  
 Ella dejó muriendo de ser bella,  
 Y él, aunque queda en mármoles escrito,  
 No pudo huir de amor, iras y engaños.

---

(1) Alocado, tronera, calavera.

---

**DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO  
DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE,  
CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA.**

## SONETO.

En el soberbio trono (1) diamantino,  
Que con sangrientas plantas huella Marte,  
Frenético el Manchego su estandarte  
Tremola con esfuerzo peregrino:

Cuelga las armas y el acero fino,  
Con que destroza, asuela, raja y parte.  
¡Nuevas proezas! Pero inventa el arte  
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,  
Por cuyos bravos descendientes Grecia  
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,

Hoy á Quijote le corona el Aula  
Do Belona preside, y de él se precia  
Más que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha,  
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,  
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

**DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO,  
Á SANCHO PANZA.**

## SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,  
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!  
Escudero el más simple y sin engaño  
Que tuvo el mundo, os juro y certifíco.

De ser Conde no estuvo en un tantico,  
Si no se conjuraran en su daño  
Insolencias y agravios del tacaño  
Siglo, que aún no perdonan á un borrico.

Sobre él anduvo (con perdon se miente)  
Este manso escudero, tras el manso  
Caballo Rocinante y tras su dueño.  
¡Oh vanas esperanzas de la gente,

Como pasais con prometer descanso,  
Y al fin paraís en sombra, en humo, en sueño!

(1) *Tronco diamantino* ponen casi todas las ediciones, incluyendo las de la Academia, desde la segunda de Cuesta. Pero es alteración, no sólo inútil, sino incomprendible y desatinada. Restablecemos la pureza del texto.

**DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,  
EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.**

**EPITAFIO.**

Aquí yace el caballero  
Bien molido y mal andante,  
A quien llevó Rocinante  
Por uno y otro sendero.  
Sancho Panza el majadero,  
Yace tambien junto á él,  
Escudero el más fiel  
Que vió el trato de escudero.

**DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,  
EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.**

**EPITAFIO.**

Reposa aquí Dulcinea,  
Y aunque de carnes rolliza,  
La volvió en polvo y ceniza  
La muerte espantable y fea.  
Fué de castiza ralea,  
Y tuvo asomos de dama,  
Del gran Quijote fué llama,  
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico, para que por conjeturas los declarase. Tiéñese noticia, que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacarlos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

*Forse altri canterá con miglior plettro. (1)*

(1) Quizá otro cantará con mejor pletro.

Así tradujo perfectísimamente Cervantes este verso de Ariosto. El infatulado Lope de Vega que quiso cantar, encubierto con el pseudónimo de Avellaneda, mejor que Cervantes las aventuras del héroe manchego, sólo dió una muestra de su inferioridad ante el creador del admirable libro, obteniendo en esto cruelísima indiferencia de sus contemporáneos, y la casi unánime censura de la posteridad, como extensamente dejamos demostrado en nuestra *Vida de Cervantes*.

## NOTAS.

Las composiciones que atribuye Cervantes á los imaginarios académicos de Argamasilla, lugar de la Mancha, las han juzgado algunas personas como documentos fehacientes de que Cervantes estuvo en dicha comarca española, y que trató de ridicularizar á determinados individuos. No lo creemos nosotros así. Las poesías á que se alude, las juzgamos solamente como una discreta censura de Cervantes contra las varias Academias particulares de literatos que existían en sus tiempos, así en Madrid como en otras capitales importantes de España. Dábaseles á estas reuniones los nombres más extravagantes, y más extrambóticos eran todavía los apellidos con que se confirmaban sus individuos y las composiciones que leían, ora en prosa, ora en verso. En la Academia de los Nocturnos, de Valencia, por ejemplo, una de las más notables, adoptaron los siguientes nombres, las personas que á continuación se expresan: el canónigo Francisco de Tárrega, *Miedo*; el licenciado Gaspar Escolano, *Luz*; D. Gaspar Mercader, *Relámpago*; D. Tomás Cerdán de Tallada, *Trueno*; D. Guillen de Castro, *Seereto*; el licenciado Lorenzo de Valenzuela, *Tiento*; y otros caballeros, más ó menos acreditados en el cultivo de las letras, otros nombres tan caprichosos. Estas Academias, al principio fundadas con el noble fin de propagar los más útiles conocimientos, degeneraron luego en centros de agudezas y sutilidades, donde hombres graves se entretenían en hablar sobre asuntos de escasísima ó nula importancia. Así es que las dichas Academias estaban muy desconceptuadas entre los verdaderos talentos cuando Cervantes escribía. Por eso finge que existe una Academia en un lugar tan insignificante como Argamasilla, y bautiza con tan extraños nombres á los autores de las poesías que coloca al fin del capítulo LII. Querer sostener todavía que Cervantes estuvo preso en la Mancha, cuando todo demuestra que tal su-

posición está en contradiccion con lo cierto, es aventurado. Cervantes pudo muy bien hacer patria del héroe de su obra á la Mancha, y fingir en un lugar de ella una Academia, para satirizar á la sociedad del primer modo, y ridiculizar del segundo á los maníáticos propagadores de centros de pasatiempos, que perjudicaban á la literatura, sin haber estado preso en Argamasilla, ni viajado tal vez por el país natal de Don Quijote.

•

Un anotador, pareciéndole impropias aquellas palabras de Cervantes en este capítulo, donde dice: «Reventaban de risa el canónigo y el cura,» &c., trata de enmendar la plana al gran autor con estas líneas inoportunas: «Entre gente ordinaria suele suceder así en casos tales; pero en el canónigo y el cura no corresponde la risa ni por su carácter ni por la ilustracion que, segun sus discursos, manifiestan.» Pero no comprendió este dómíne de Cervantes, que el autor de *El Quijote*, tenia que presentar del modo que lo hace, al canónigo y al cura, y no del modo que el crítico quisiera, para ofrecer la enseñanza que se había propuesto, y que hemos demostrado en los comentarios de este tomo y del anterior; á saber, que todas las clases sociales, desde las más ilustradas á las más ignorantes, tomaban por cosa de burla y de pasatiempo cuanto á Don Quijote se referia, porque no comprendían la nobleza de sus pensamientos ni la elevacion de sus miras.

## APÉNDICES.

### PRIMERO.

*La Isabela, La Filis y La Alejandra.* En el capítulo XLVIII se habla de tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos. Alúdese á Lupercio Leonardo de Argensola, quien escribió tres tragedias con los títulos de *La Isabela, La Filis* y *La Alejandra*, todas representadas con grandísimo éxito. Estas obras fueron compuestas por los años de 1585, segun opinan algunos críticos. La primera y tercera se dieron á la estampa en *El Parnaso español* de Sedano, tomo VI, año de 1772, Madrid. *La Isabela* es la tragedia más aceptable, aunque lo mismo ésta que *La Alejandra* están afeadas con muchas imperfecciones. *La Filis* no ha sido publicada hasta ahora, y créese que se haya perdido, pero como dice el docto escritor D. Romualdo Alvarez Espino en su interesantísimo y extenso *Ensayo histórico crítico del Teatro español*: «El exámen de las dos tragedias *La Isabela* y *La Alejandra*, no nos hace lamentar que se haya perdido la tercera intitulada *Filis*; aunque no dejamos de conocer que el autor las escribió muy jóven, y que, apartándose en gran parte de los modelos clásicos, pues que se halló solo y eomo entregado á su propia invencion y á su fecundo ingenio, no es extraño que, careciendo de experiencia escénica y de hábitos dramáticos, se viese enredado en la misma complicacion de los elementos que acumuló en sus obras.»

Teniendo presente esto Cervántes, criticó las obras dramáticas de Argensola con más benevolencia que merecía; pero era cualidad distintiva del autor de *El Quijote* ser excesivamente generoso en juzgar las producciones de sus amigos.

*La Ingratitud vengada.* Esta obra es de Lope de Vega. Elogiándola Cervántes, demuestra que no guiaba la parcialidad su pluma, y que si más adelante, de un modo noble y oportuno censura por boca del canónigo al monstruo de naturaleza, elogia aquellas de sus obras que le parecían buenas.

*La Numancia.* Obra del mismo Cervántes, sobre la que han

sido y son contradictorios los juicios. El nuestro queda expresa-do en *La Vida de Cervántes*, capítulo XXXVI, á donde remitimos al lector.

*El mercader amante.* El autor de esta produccion dramática, que tiene bastante regularidad, y es digna del elogio de Cervántes, fué Gaspar de Aguilar, ingenio valenciano, que, segun el Sr. Don Cayetano Alberto de la Barrera, hubo de nacer por los años de 1568. Aguilar fué secretario del duque de Gandia. Tuvo gran crédito en su época como autor dramático.

*La enemiga favorable.* Escribió esta comedia el insigne poeta valenciano Doctor Francisco de Tárrega. Es una obra que demuestra bastante conocimiento de la escena, y buen gusto. Tárrega fué uno de los autores dramáticos más afamados de sus tiempos. Cervántes elogialo tambien, además de en este capítulo de *El Quijote*, en su prólogo á las comedias y entremeses, mencionando «la discrecion é innumerables conceptos del canónigo Tárrega.»

*Un felicísimo ingenio que tiene lleno el mundo de su fama.* La discretísima censura que hizo Cervántes, de las muchas disparatadas comedias que compuso Lope de Vega, le dolió tanto á este ilustre escritor y envanecido hombre, que desde entonces, y ántes que viese la luz pública *El Quijote*, pero cuando ya tuvo conocimiento del severo juicio de Cervántes, jamás le miró con buenos ojos, y procuró rebajar el mérito de sus trabajos, ó desconceptuarle con los personajes que le eran afectos, y áun tenemos por cierto que él fué el autor de *El Quijote de Avellaneda*, como hemos probado, y probaremos más ampliamente, obra en cuyo prólogo se traslucen las pasiones y los odios más repulsivos. Las censuras de Cervántes fueron, sin embargo, muy justas, y las ha confirmado la posteridad. El que estaba dotado de un ingenio tan rico y de un talento tan envidiable como Lope de Vega, no merece disculpa cuando olvida todas las buenas reglas, por conseguir el aplauso del vulgo, ó un efímero aprecio entre determinadas personas.

## SEGUNDO.

En el capítulo XLVII habla Cervántes de la novela *Rinconete y Cortadillo*, en persona del cura. Esta obra era suya, y la insertó en su colección de novelas ejemplares en 1613. Es una produc-cion bellísima, como hemos visto al examinarla en la *Vida de*

*Cervántes.* Tambien se habla en este capítulo de las *Súmulas* de Villalpando. Era esta una obra escolástica escrita por Gaspar Cardillo de Villalpando, natural de Segovia, Doctor teólogo, y que asistió al Concilio de Trento, demostrando grandes conocimientos y talento, como procurador de D. Alvaro de Mendoza, obispo de Avila. La obra de Villalpando fué muy renombrada en sus tiempos.

### TERCERO.

*Guarino Mesquino.* El título de este disparatado libro de caballerías, que se cita en el capítulo XLIX, es el siguiente: «*Coronica del noble cauallero Guarino Mesquino.* En la qual trata de las hazañas y aventuras que le acontecieron por todas las partes del mundo, y en el purgatorio de Sant Patricio y en el monte de Norca, donde está la Sibila.» Imprimióse este libro en Sevilla en 1548. Créese generalmente que esta obra se escribió primitivamente en italiano, habiéndola traducido al español Alonso Hernandez Aleman. «Es probable, dice el Sr. Gayangos, haya una edición anterior á la de 1548, pues en 1530 el autor del *Diálogo de las lenguas*, le cita ya entre los libros que «siendo mentirosísimos, tienen tan mal estilo, que no hay buen estómago que pueda leerlos.»

*Demand del Santo Grial.* Este es el título de un libro de caballerías que trata de la conquista del precioso vaso ó copa que José de Arimatea llenó con la sangre de Jesus á medida que brotaba de sus heridas, y que habiendo caido en poder del rey Pecheur, quisieron recuperar los caballeros de la Tabla Redonda, dando esto motivo á multitud de proezas. Se publicó en Sevilla en 1535, traducido. «El *Sangreal* en prosa francesa se atribuye, dice el Sr. Gayangos, por algunos á Chretien ó Cristiano de Troyes, que floreció al terminar el siglo XII. De esta lengua se tradujo á la latina en el siglo XIII; y por último Gautier Map, ó Walter Mapes, como le llaman los ingleses, le volvió á poner en prosa francesa.» Sobre el origen de la palabra Sangreal dice muy oportunamente el citado crítico, competente cual ninguno en lo referente á libros de caballerías: «*Sanguis Realis*, y en francés *Sang Real*, de donde se formó más tarde *Sangreal*, y en castellano *Santo Greal* ó *Grial*: esta nos parece etimología más racional de aquella palabra que la propuesta por los que la derivan de *Sang Agreeable*.»

*Historia de Pierres y la linda Magalona.* Fué escrita en francés á fines del siglo XII por Bernardo Treviez. Tradújose al castellano. Se publicó en Toledo, año de 1526.

*Las justas de Suero de Quiñones, del Paso.* El caballero leonés Suero de Quiñones celebró unas renombradas justas en la Puente de Orbigo, que duraron treinta días, en 1434. La minuciosa descripción de este hecho singular la hizo en un libro titulado *El paso honroso* el P. F. Juan de Pineda, y se publicó en Salamanca en 1588, siguiendo lo escrito por Pero Rodríguez Delena.

#### CUARTO.

En el capítulo XXIV se habla de *Amadis de Gaula* y de *Don Rugel de Grecia*. De la historia del primer caballero andante ya hemos hablado en el tomo anterior, pág. 206 y 207. Los hechos de Don Rugel de Grecia se mencionan en un libro titulado así: «Parte tercera de la chronica del muy excelente príncipe Don Florisel de Niquea, en la qual se trata de las grandes hazañas de los excellentíssimos príncipes Don Rogel de Grecia y el segundo Agesilao, hijos de los excellentíssimos príncipes Don Florisel de Niquea y Don Falanges de Astra. La qual fué corregida por Feliciano de Silva de algunos errores que en la trasladacion que se hizo del griego en latín por el gran historiador Falistes campaneo avia.» Sevilla 1536.

#### QUINTO.

En el capítulo XXXII se habla de tres libros: *Don Cirongilio de Tracia*, obra caballeresca, compuesta por Bernardo de Vargas, é impresa en Sevilla el año de 1545; *Felix Marte de Hircania*, de que ya se habló en los apéndices al anterior tomo; é *Historia del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba con la Vida de Diego García de Paredes*, publicada en Zaragoza en 1559.

*Las lágrimas de San Pedro*, obra del famoso poeta napolitano Luis Tansilo, que se menciona en el capítulo XXXIII, se publicó el año de 1585, siendo varias las traducciones que de ella se hicieron al castellano.



Date Due

JUL 24 1955  
~~NOV 26 1946~~

~~DEC 13 1948~~

~~JAN 1 9 1950~~

~~FEB 6 1950~~

~~MAY 7 1956~~

~~AUG 22 1957~~

~~JUL 27 1958~~

80-  
12301-  
V

HUMANITIES

PQ

6337

L3

18782

t.3

